

Sección: Literatura

Gerald Durrell:

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: *The Whispering Land*
Traductora: Marta Sansigre Vidal

Primera edición en «El Libro de Bolsillo»: 1983
Cuarta reimposición en «El Libro de Bolsillo»: 1995

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

Gerald Durrell, 1961 - All rights reserved
Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 1984, 1988, 1992, 1995
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 741 6600
ISBN: 84-206-9989-6
Depósito legal: M. 4.225-1995
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)
Printed in Spain

Para BEBITA

Que al marcharse de Argentina me ha dejado sin el mejor pretexto para volver.

Cuando recuerdo imágenes del pasado, las llanuras de Patagonia pasan frecuentemente ante mis ojos, y, sin embargo, todos afirman que esas llanuras son miserables e inútiles. Sólo pueden describirse por sus características negativas; carentes de habitantes, de agua, de árboles, de montañas, sólo producen unas cuantas plantas enanas. ¿Por qué, entonces, y esto no me ocurre sólo a mí, esas áridas llanuras han quedado tan fuertemente grabadas en mi memoria?

Charles Darwin, *El viaje del Beagle*

Unas palabras previas.....	4
Capítulo 1 Tierras de murmullos	13
Capítulo 2 Un océano de camareros.....	20
Capítulo 3 Un enjambre de oro	26
Capítulo 4 Los animales bulbosos	34
Segunda parte.....	40
Capítulo 5.....	45
Capítulo 6 Una ciudad de <i>bichos</i> ".....	53
Capítulo 7 Vampiros y vino	63
Capítulo 8 Un vagón lleno de <i>bichos</i> *	71
Capítulo 9 Las costumbres del país.....	81
Avance	86
Agradecimientos	87

Unas palabras previas

Hace algún tiempo escribí un libro (titulado *A Zoo in My Luggage*, «Un zoo en mi equipaje») en el que explicaba cómo después de viajar durante varios años a diferentes partes del mundo, reuniendo animales vivos para diversos zoos, acabé hartándome.

No me harté, me apresuro a añadir, de las expediciones, y menos todavía de los animales que encontré. Me harté de tener que separarme de esos animales al volver a Inglaterra. La única solución era iniciar mi propio zoo, y en *A Zoo in My Luggage* relato cómo me fui a África Occidental a reunir el núcleo de este proyecto, cómo traje los animales a casa y cómo, finalmente, fundé mi propio zoológico en la isla de Jersey, en las Islas del Canal.

Esto es, pues, en cierto modo, una continuación de aquel libro, porque en éste describo cómo mi mujer y yo, acompañados por nuestra infatigable secretaria, Sophie, pasamos ocho meses en Argentina, para llevarnos una bonita colección sudamericana al Zoo de Jersey, y cómo, a pesar de mil reveses, lo conseguimos. Si la colección merece elogio, es a Sophie a quien se le debe, porque, aunque no figura mucho en estas páginas, ella soportó, quizá, la carga más pesada del viaje. Permaneció sin quejarse en Buenos Aires y cuidó de la riada incesante de animales con los que yo aparecía constantemente procedente de diversos lugares, y cuidó de ellos, además, de una forma digna de un experto. Por ésta, y por otras muchas razones, estoy profundamente endeudado con ella.

Primera parte

LAS COSTUMBRES DEL PAÍS

Buenos Aires, engalanado para la primavera, presentaba su mejor aspecto. Los edificios, altos y elegantes, parecían brillar como témpanos al sol, y las anchas avenidas estaban bordeadas de árboles de Jacaranda cubiertos con una nube de flores azul violeta, o de *palo borrachos* * con sus troncos en forma de botella y sus largas ramas salpicadas de flores amarillas y blancas. La atmósfera primaveral parecía haber contagiado a los peatones, que cruzaban la calzada corriendo entre el tráfico con menos cuidado aún que de costumbre, mientras los conductores de los tranvías, autobuses y coches rivalizaban entre sí en el tradicional juego bonaerense de ver cuánto podían acercarse unos a otros a toda velocidad sin llegar a chocar.

Como no hay en mí una vena suicida, me había negado a conducir por la ciudad, así que nos lanzamos desafiando a la muerte en nuestro Land-Rover con Josefina al volante. Bajita, con el pelo moreno rizado y grandes ojos castaños, Josefina tenía una sonrisa como un faro, capaz de paralizar al hombre más insensible a veinte pasos. A mi lado iba sentada Mercedes, alta, delgada, rubia con ojos azules; normalmente tenía una expresión como si no hubiera roto nunca un plato, con la que conseguía ocultar una voluntad de hierro y una tenacidad inflexible y obstinada. Estas dos chicas formaban parte del ejército privado de encanto femenino que empleaba para enfrentarme con los funcionarios públicos argentinos. En aquel momento nos dirigíamos hacia el enorme edificio que parecía un cruce entre el Partenón y el Reichstag, en cuyo enorme interior acechaba el enemigo más formidable de la cordura y de la libertad en Argentina: la Aduana. A mi llegada, unas tres semanas antes, habían dejado entrar en el país, sin rechistar, todo mi equipo de objetos sujetos a elevados derechos de aduana, como máquinas de fotos, de cine, el Land-Rover, y demás. Pero, por alguna razón conocida sólo por el Todopoderoso y por las lúcidas mentes de la Aduana, me habían confiscado todas las redes, las trampas, las delanteras de las jaulas, y otros objetos sin valor, pero necesarios para capturar animales. Así que, durante las tres semanas anteriores, Mercedes, Josefina y yo habíamos pasado todos los días en las entrañas de la enorme casa de Aduanas, donde nos habían enviado de oficina en oficina con una especie de regularidad de relojería, tan monótona y tan frustrante que uno empezaba a preguntarse realmente si su cerebro lo resistiría. Mercedes me miraba con angustia mientras Josefina viraba, de una manera que me hacía dar un vuelco al estómago, entre peatones que huían.

— ¿Cómo te encuentras hoy, Gerry?—, me preguntó.

— De maravilla, sencillamente de maravilla —dije amargamente—; no hay nada que me guste tanto como levantarme en una espléndida mañana como la de hoy y sentir que tengo todo un soleado día por delante para intimar más profundamente con la Aduana.

— Por favor, no digas eso —me dijo—, me prometiste no volver a enojarte. No sirve de nada.

— Puede que no sirva de nada, pero me alivia. Te juro que si nos tienen media hora esperando fuera de una oficina para que el ocupante del fondo nos diga que no es su departamento, y que vayamos a la sala setecientos cuatro, no respondo de mis actos.

—Pero hoy vamos a ver al Sr. García—, dijo Mercedes, con el aire de quien promete un caramelo a un niño.

Gruñí.

—Que yo sepa hemos visto por lo menos a catorce Sres. García en ese edificio, durante las últimas tres semanas. La tribu de los García trata la Aduana como si fuese una antigua empresa familiar. Me imagino que todos los bebés García nacen con un sello de goma diminuto en la mano —dije, cada vez más animado—. Como regalo de bautizo, reciben retratos descoloridos de San Martín, para que los cuelguen en sus despachos de mayores.

— ¡Ay mi madre! Me parece que será mejor que te quedes en el coche —dijo Mercedes.

— ¿Cómo? ¿Y privarme del placer de continuar mi investigación genealógica de la familia García?

—Bueno, prométeme que no dirás nada —dijo volviendo hacia mí, suplicante, sus ojos color azul alción—. Por favor, Gerry, ni una palabra.

— Pero si nunca digo nada —protesté—. Si de verdad dijera lo que pienso ardería todo el edificio.

— ¿Y el otro¹ día, cuando dijiste que con la dictadura metías y sacabas tus cosas del país sin problemas, y que ahora que hay democracia, te tratan como a un contrabandista?

— Bueno, es la pura verdad. Supongo que uno puede expresar sus pensamientos, aunque sea en una democracia, ¿no? Durante las últimas tres semanas no hemos hecho más que luchar con estos tipos imbéciles de la Aduana, ninguno de los cuales parece capaz de decir nada, si no es recomendarte que vayas a ver al Sr. García al

¹ En español, en el original

final del pasillo. He perdido tres preciosas semanas en que podría haber estado filmando y recogiendo animales.

—La mano... La mano... —dijo Josefina de repente, gritando. Saqué la mano por la ventanilla y la fila de coches que nos seguía a toda velocidad chirrió con un frenazo estremecedor, mientras Josefina inclinaba el Land-Rover al doblar. Los gritos de rabia llamándola *¡animal!** se apagaron detrás de nosotros.

—Josefina, te agradecería que nos avisaras cuando vas a girar —dije. Josefina volvió hacia mí su brillante sonrisa.

—¿Por qué? —preguntó sencillamente.

—Bueno, ayuda, ¿sabes? Nos da la oportunidad de prepararnos para comparecer ante nuestro Hacedor.

—Hasta ahora no choqué nunca ¿no? —preguntó.

—No, pero me parece que es sólo cuestión de tiempo.

Cruzamos una intersección, majestuosamente, a cuarenta millas por hora, y un taxi que venía de frente tuvo que frenar en seco para no chocar con nosotros.

—*¡Blurry Bastard!* —dijo Josefina tranquilamente.

—¿Josefina! No debes decir esas cosas —la reñí.

—¿Por qué no? —preguntó Josefina inocentemente. —Tú las dices.

—Eso no* tiene que ver —dije severamente.

—Pero suena bien, ¿no? —dijo con satisfacción—. Y he aprendido más cosas; se decir *Blurry Bastard*/y...

—Bueno, bueno —dije apresuradamente—, te creo. Pero por todos los santos, no las digas delante de tu madre, o no te dejará conducir conmigo nunca más.

Tenía ciertas desventajas, reflexioné, el tener mujeres jóvenes y guapas ayudándome en el trabajo. Es verdad que con su encanto podían convencer hasta a los pájaros de que abandonasen los árboles, pero descubrí que también tenían memorias tenaces cuando se trataba de las breves y tajantes imprecaciones anglosajonas que me veía impelido a usar en momentos de tensión.

—La mano... La mano... —volvió a decir Josefina. Cruzamos al otro lado de la calzada, dejando atrás un embrollo de tráfico enfurecido, y nos detuvimos ante la enorme y lóbrega fachada de la Aduana.

Tres horas más tarde reaparecimos, con el cerebro aturdido y los pies doloridos, y nos lanzamos al interior del Land-Rover.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Josefina con desgana.

—A un bar —dije—, a un bar donde pueda tomarme un coñac y un par de aspirinas.

—De acuerdo —dijo Josefina, soltando el embrague.

—Creo que mañana lo conseguiremos —dijo Mercedes, en un esfuerzo por revivir nuestros débiles ánimos.

—Mira —dije algo ásperamente—, el Sr. García, Dios bendiga su barbilla azul y su frente empapada en colonia, nos ha servido de tanto como un escarabajo en un frasco. Y tú lo sabes.

—No, no, Gerry. Me prometió llevarme mañana a ver a uno de los altos cargos de la Aduana.

—¿Cómo se llama... García?

—No, un tal Sr. Dante.

—¿Qué apropiado! Sólo un hombre con ese apellido podría sobrevivir en ese infierno de Garcías.

— Y casi lo arruinas todo —dijo Mercedes con reproche—, cuando le preguntaste si el tipo del retrato era su padre. Sabías que era San Martín.

— Sí, lo sé, pero pensé que si no decía alguna tontería, mi cerebro iba a partirse en dos como un par de botas de go-ma viejas.

Josefina paró ante un bar. Nos sentamos en una mesa al borde de la acera y tomamos nuestras bebidas deprimidos y en silencio. Pronto logré sacudirme el atontamiento que la Aduana siempre me producía y pensar en otros problemas.

— Préstame cincuenta centavos, por favor, —pedí a Mercedes—. Voy a llamar a Marie.

— ¿Para qué? —preguntó Mercedes.

— Para que lo sepas, me ha prometido encontrar un sitio donde dejar el tapir. En el hotel no me dejan tenerlo en la azotea.

— ¿Qué es un tapir? —preguntó Josefina con interés.

— Es una especie de animal, del tamaño de un pony, con una nariz muy larga. Parece un elefante que salió mal.

— No me extraña que no te lo dejen tener en la terraza —dijo Mercedes.

— Pero si es sólo un cachorrito... más o menos del tamaño de un cerdo.

— Bueno, toma los cincuenta centavos.

Encontré el teléfono, vencí los embrollos del sistema telefónico argentino y marqué el número de Marie.

— ¿Marie? Soy Gerry. ¿Qué hay del tapir?

— Mis amigos están fuera, así que no puedes llevarlo allí. Pero mamá dice que por qué no lo traes y lo tendremos en el jardín.

— ¿Estás segura de que puedo?

— Bueno, fue idea de mamá.

— Pero ¿estás segura de que sabe lo que es un tapir?

— Sí. Le dije que era un animal pequeño y peludo.

— Eso no es exactamente una descripción zoológica. ¿Qué dirá cuando aparezca yo con un bicho casi calvo y del tamaño de un cerdo?

— Una vez que esté aquí, estará aquí —dijo Marie con mucha lógica. Suspiré.

— Bueno. Lo llevaré esta tarde, ¿de acuerdo?

— De acuerdo. Y no te olvides de traerle comida.

Volví a donde esperaban Josefina y Mercedes con aspecto de estar muertas de curiosidad.

— ¿Qué dijo Marie? —preguntó Mercedes al fin.

— Ponemos la Operación Tapir en marcha esta tarde a las cuatro en punto.

— ¿Dónde lo llevamos?

— A casa de Marie. Su madre se ofreció a tenerlo en el jardín.

— ¡Dios mío, no! —dijo Mercedes con considerable efecto dramático.

— ¿Por qué no? —pregunté.

— No lo puedes llevar allí, Gerry. El jardín es pequeño, y además la Sra. Rodríguez cuida mucho sus flores.

— ¿Y qué tiene eso que ver con el tapir? Estará atado. De todas formas, a alguna parte tiene que ir, y hasta ahora ése es el único ofrecimiento que me han hecho.

— Bueno, llévalo —dijo Mercedes con el aire de satisfacción mal disimulado del que sabe que tiene razón—, pero luego no digas que no te lo advertí.

— Bueno, bueno. Ahora vamos a comer, porque tengo que recoger a Jackie a las dos para ir a hablar con los de la agencia sobre nuestros pasajes de vuelta. Después podemos ir a recoger a Claudio.

— ¿Quién es Claudio? —preguntó sorprendida Mercedes.

— El tapir. Le he bautizado así porque con ese hocico romano que tiene se parece a uno de los emperadores antiguos.

— ¡Claudio! —dijo Josefina riéndose. — ¡Qué divertido!

Así que aquella tarde a las cuatro recogimos al tapir, que se mostraba algo reacio, y nos fuimos a casa de Marie. En el camino compramos una larga correa de perro y un collar tan grande como para un gran danés. El jardín era, como había dicho Mercedes, muy pequeño. Medía unos cincuenta por cincuenta pies y era una especie de agujero cuadrado rodeado en tres de los lados por las paredes negras de las casas vecinas, y en el cuarto por una diminuta terraza con puertas de cristales que llevaban a la casa de los Rodríguez. A causa de la altura de los edificios que lo rodeaban, era un jardín húmedo y bastante tristón, pero la Sra. Rodríguez había hecho maravillas para mejorarlo plantando las flotes y los arbustos que mejor se dan en lugares con poca luz. Tuvimos que llevar a Claudio, pateando furiosamente, a través de la casa, sacarlo por una puerta de cristales y, ya fuera, le atamos al pie de las escaleras. Claudio arrugó su trompa roma apreciando los aromas de tierra mojada y flores que flotaban en el aire y exhaló un profundo suspiro de satisfacción. Coloqué a su lado un cuenco con agua y un enorme montón de verduras y frutas cortadas, y lo dejé. Marie prometió llamarme al hotel a primera hora de la mañana y decirme que tal se había adaptado Claudio. Y así lo hizo concienzudamente.

— ¿Gerry? Buenos días.

— Buenos días. ¿Cómo está Claudio?

— Verás, me parece que será mejor que vengas —dijo con el tono de quien está intentando dar una mala noticia con tacto.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa? ¿No estará enfermo, verdad? —pregunté alarmado.

— ¡No, por Dios! ¡No está enfermo —dijo Marie con tono sepulcral—. Pero anoche rompió la correa y cuando lo descubrimos ya se había comido la mitad de las begonias de mamá. Lo tengo encerrado en la carbonera y mamá está arriba con dolor de cabeza. Creo que deberías venir y traer otra correa.

Maldiciendo a los animales en general y a los tapires en particular, cogí un taxi y fui disparado a casa de Marie, parando en el camino para comprar catorce macetas de las mejores begonias que pude conseguir. Encontré a Claudio cubierto de polvillo de carbón y mordisqueando pensativo una hoja. Le reñí, le puse la nueva correa (lo bastante fuerte, al parecer, para sujetar a un dinosaurio), escribí una nota pidiendo disculpas a la Sra. Rodríguez, y me fui, después de que Marie prometiese llamarme si volvía a ocurrir algo. A la mañana siguiente volvió a telefonarme.

— ¿Gerry? Buen día.

— Buenos días. ¿Todo va bien?

— No —dijo Marie tristemente—. Lo volvió a hacer. Mamá ya no tiene ni una begonia, y el resto del jardín está como si hubiera pasado por él una aplanadora. Creo que tendrás que ponerle una cadena, ¿sabes?

— ¡Dios mío! —gemí—, entre la Aduana y ese maldito tapir acabaré por darme a la bebida. Bueno, iré y llevaré una cadena.

Una vez más llegué a casa de los Rodríguez, llevando una cadena que podría haber servido para anclar el *Queen*

Mary, y esta vez con macetas suficientes para formar un seto. A Claudio le encantó la cadena. Encontró que sabía muy bien si la chupaba ruidosamente, y aún más, que producía un cascabeleo muy alto y musical cuando sacudía la cabeza arriba y abajo, un ruido que producía la sensación de que había un pequeño taller de fundición en el jardín de los Rodríguez. Salí corriendo antes de que la Sra. Rodríguez bajase a ver qué era ese ruido. Marie me llamó a la mañana siguiente.

— ¿Gerry? Buen día.

— Buenos días —contesté con la premonición de que aquél iba a ser cualquier cosa menos un buen día.

— Me temo que mamá quiere que te lleves a Claudio —dijo Marie.

— ¿Qué ha hecho *ahora**? —pregunté exasperado.

— Bueno —dijo Marie con un ligerísimo temblor de regocijo en la voz—, mamá tuvo invitados a cenar anoche. Cuando acabábamos de sentarnos, se oyó un ruido terrible en el jardín. Claudio se las había arreglado para soltar la cadena no sé cómo. El caso es que antes de que pudiéramos hacer algo sensato, se lanzó a través de las puertas de vidrio arrastrando la cadena.

— ¡Dios mío! —dije asustado.

— Sí —dijo María empezando a reír nerviosamente sin poder contenerse—, fue divertidísimo... Todos los invitados saltando aterrizados, mientras Claudio daba vueltas corriendo alrededor de la mesa haciendo resonar la cadena como un fantasma. Después se asustó con tanto ruido e hizo un... ya sabes... un «adorno» en el suelo.

— ¡Santo cielo! —gemí, porque sabía lo que Claudio podía hacer a modo de «adorno» cuando se lo proponía.

— Así que la cena de mamá fue un desastre, y dice que lo lamenta, pero que hagas el favor de llevártelo. Opina que Claudio no está contento en el jardín, y que, de todas formas, no es un animal muy *simpático* *.

— Tu madre, supongo que estará arriba con dolor de cabeza...

— Creo que es algo más que un dolor de cabeza —dijo Marie sensatamente.

— Bueno —suspiré—. Déjalo de mi cuenta. Ya pensaré algo.

Esta, sin embargo, fue la última de la serie de complicaciones que tuvimos, porque de repente todo empezó a marchar bien. La Aduana me devolvió el equipo y, lo que fue aún más importante, encontré una casa no sólo para Claudio, sino también para todos los demás animales: una casita en las afueras de Buenos Aires que nos dejaron temporalmente para guardar nuestra colección.

Así que, con nuestros problemas resueltos, al menos temporalmente, nos hicimos con mapas y planeamos la ruta hacia el sur, hacia la costa patagónica donde los elefantes marinos y los osos marinos australes retozan en las aguas heladas.

A primera vista todo parecía bastante sencillo. Marie había conseguido un permiso en su trabajo e iba a venir con nosotros de intérprete. Planeamos nuestra ruta hasta en los menores detalles, como sólo se permiten hacerlo los que nunca han estado en una región. El equipo fue comprobado, recomprobado y empaquetado cuidadosamente. Después de las semanas de frustración y aburrimiento en Buenos Aires, empezábamos a tener la impresión de que por fin íbamos a hacer algo. Entonces, en el último consejo de guerra (en el cafetito de la esquina), Marie salió con un argumento que obviamente había estado rumiando desde hacía tiempo.

— Me parece que sería buena idea llevar a alguien que conozca las carreteras, Gerry —dijo, engulléndose lo que parecía una gran barra de pan rellena de una lengua de buey gigante, combinación que en Argentina pasa por bocadillo.

— ¿Y para qué? —pregunté—. Tenemos mapas ¿no?

— Sí, pero tú no conoces las carreteras de la Patagonia, y son bastante distintas de las de cualquier otra parte del mundo, ¿sabes?

— ¿Cómo distintas? —inquirí.

— Peores —dijo Marie que no era partidaria de desperdiciar palabras.

— Yo también me inclino a pensar como Marie —dijo Jacquie—. Hemos oído las cosas más horribles sobre esas carreteras por todas partes.

— Querida, sabes tan bien como yo que *siempre* * oyes esas cosas sobre las carreteras, los mosquitos, o las tribus salvajes de cualquier parte del mundo a la que vayas, y que generalmente son tonterías.

— De todas formas creo que la de Marie es una buena sugerencia. Si pudiéramos conseguir alguien que conociera las carreteras y nos llevara hasta allí, sabríamos qué nos espera a la vuelta.

— Pero es que no *hay* nadie —dijo irritado—. Rafael está en la universidad, Carlos en el norte, Brian estudiando...

— Está Dicky—dijo Marie.
La miré fijamente. *

— ¿Quién es Dicky? —pregunté al fin.

— Un amigo mío —dijo descuidadamente—. Es muy buen conductor, conoce la Patagonia y es una persona muy agradable. Está muy acostumbrado a ir de caza, así que no le importa sufrir.

— ¿Por «sufrir» entiendes pasar penalidades, o quieres decir que nuestra compañía puede herir su delicada naturaleza?

— Vamos, deja de hacerte el chistoso —dijo Jacquie— ¿querrá ese tipo venir con nosotros, Marie.

— Sí, claro —afirmó Marie—, dijo que le encantaría.

— Muy bien —dijo Jacquie—, ¿cuándo puede venir a vernos?

— Le dije que viniera aquí como dentro de diez minutos —respondió Marie—. Pensé que Gerry lo querría conocer, por si no le gustaba.

Las miré enmudecido.

— Creo que es una buena idea, ¿no te parece? —dijo Jacquie.

— ¿Me pides mi opinión? —pregunté—. Creí que ya habían decidido todo ustedes.

— Estoy segura de que Dicky te gustará... —empezó Marie, y en ese momento apareció Dicky.

A primera vista decidí que no me gustaba nada. No me pareció la clase de persona que ha sufrido nunca, ni que es capaz de sufrir. Iba vestido con un gusto exquisito, demasiado exquisito. Tenía una cara redonda y regordeta con ojos como botones de batín, un bigotillo ralo como una polilla marrón decoraba su labio superior, y llevaba el pelo pegado a la cabeza con tanto cuidado que parecía pintado en el cráneo.

— Te presento a Dicky de Sola —dijo Marie con cierta ansiedad.

Dicky me sonrió con una sonrisa que transformó toda

— ¿Marie decirle? —dijo, quitando meticulosamente el polvo de la silla con el pañuelo antes de sentarse a la mesa—. Yo encanto de ir con ustedes si son contentos. Yo encanto de ir a Patagonia, quien me gusta muchísimo.

Empecé a tomarle simpatía.

—Si yo no útil, no voy, pero puedo aconsejar, si permiten, pues conozco las carreteras. ¿Tienen mapa? Ah, bueno, ahora déjenme explicación.

Juntos miramos el mapa y en media hora Dicky me había conquistado por completo. No sólo conocía a fondo la región por la que íbamos a pasar, sino que su peculiar inglés, su encanto y su humor contagioso me convencieron.

—Bien —dije a la vez que doblábamos los mapas—, si de verdad tienes tiempo, nos gustaría mucho que vinieras.

—Abrumadoramente —dijo tendiéndome la mano.

Y con esta misteriosa expresión, cerramos el trato.

Capítulo 1 Tierras de murmullos

Las llanuras de la Patagonia, por ser apenas transitables, son ilimitadas, y, por lo tanto, desconocidas. Llevan la impronta de haber sido durante mucho tiempo tal como son ahora, y no parece que haya límite a su duración en el futuro.

Charles Darwin, *El viaje del Beagle*

Salimos hacia el sur a la luz gris perla del amanecer del que prometía ser un día perfecto. Las calles estaban tan vacías que tenían eco, y en los bordes de los parques y plazas empapados con rocío, los montones de flores caídas de las Jacarandas y de los *paloborrachos* * formaban como una orla de espuma, montañas de relucientes flores azules, amarillas y rosas.

A las afueras de la ciudad doblamos una esquina y tropezamos con el primer signo de vida desde que habíamos salido, un grupo de barrenderos entregados al ballet de cada mañana. El espectáculo era tan extraordinario, que condujimos lentamente detrás de ellos durante un rato para verlo. El carretón de la basura avanzaba retumbando por el centro de la calle a una velocidad constante de cinco millas por hora, y de pie en la parte trasera, con basura hasta las rodillas, iba el vaciador. Otros cuatro hombres galopaban a los lados de la carretera como lobos, lanzándose repentinamente a los oscuros portales, de los que salían llevando cubos llenos de basura en equilibrio sobre los hombros. Luego corrían al lado del carretón y tiraban sin esfuerzo el cubo al aire. El hombre del carro lo cogía, lo vaciaba y lo volvía a tirar, todo en un solo movimiento fluido. El ritmo era soberbio, pues a la vez que un cubo vacío se precipitaba hacia abajo, uno lleno volaba hacia el carro. Se cruzaban en mitad del aire, y el cubo lleno era recogido y vaciado. A veces había cuatro cubos a la vez en el aire. Todo se realizaba en silencio y a increíble velocidad.

Pronto dejamos las afueras de la ciudad, que empezaba a despertar, y corrimos hacia el campo abierto, dorado al sol naciente. El aire de la mañana era helador, y Dicky se había vestido a propósito. Llevaba un largo abrigo de lana y guantes blancos, y sus insulsos ojos negros y su cuidado bigote en forma de mariposa asomaban debajo de una ridícula gorra de cazador que se había puesto, según me dijo, para «mantener las orejas calentadas». Sqphie y Marie iban agazapadas en una extraña postura fetal en la parte de atrás del Land-Rover, sobre nuestras montañas de pertrechos, que, insistían ellas, habían sido empaquetados en cajas de aristas afiladas como cuchillos. Jackie y yo íbamos al lado de Dicky en el asiento delantero, con un mapa extendido sobre las rodillas, y las cabezas inclinadas, tratando de planear nuestro camino. Algunos de los lugares por los que teníamos que pasar eran deliciosos: Chascomús, Dolores, Necochea, Tres Arroyos, y otros nombres igualmente encantadores, que se deslizaban de la lengua tentadoramente. En un momento pasamos por dos pueblos, uno llamado El Cristiano Muerto, y otro El Indio Rico. La explicación que dio Marie de esta extraña nomenclatura fue que el indio era rico porque había matado al cristiano y le había robado todo su dinero, pero por muy atractiva que fuese la historia, no me pareció que pudiera ser verdad.

Durante dos días avanzamos a gran velocidad por entre un paisaje típico de la Pampa, tierras llenas de hierba dorada donde el ganado pacía hundido hasta las rodillas; de vez en cuando surgían grupos de eucaliptus con sus troncos blanquecinos y pelados como miembros leprosos, o pequeñas *estancias* cuidadas, blancas y relucientes, a la sombra de enormes *ombúes* carunculados que se levantaban, macizos y sombríos, sobre la mole de sus troncos chaparros. En algunos lugares, las cuidadas vallas que bordeaban la carretera estaban casi ocultas bajo una espesa capa de convólulos de los que colgaban flores azul eléctrico del tamaño de un platillo de café y sobre uno de cada tres o cuatro postes de las vallas había, en equilibrio, el extraño nido, como una pelota de fútbol, de un hornero. Era un paisaje frondoso, próspero y bien nutrido que escapaba por poco de ser monótono. Con el tiempo, el tercer día por la tarde, nos perdimos, así que nos paramos al lado de la carretera y discutimos alrededor del mapa. Nuestro destino era una ciudad llamada Carmen de Patagones, situada en la orilla norte del río Negro. Yo tenía especial interés en pernoctar allí, porque era una ciudad en la que Darwin había pasado cierto tiempo durante el viaje del *Beagle*, y quería ver cuánto había cambiado en los últimos cien años. De modo que, a pesar de que casi se amotinó el resto de la expedición, que quería parar en el primer sitio adecuado que viéramos, continuamos viajando. Resultó que no hubiéramos podido hacer otra cosa en cualquier caso, porque no pasamos ni un solo lugar habitado hasta que vimos centellear a los lejos un grupito de débiles luces. A los diez minutos conducíamos con precaución por las calles adoquinadas de Carmen de Patagones, alumbradas por faroles pálidos y temblorosos. Eran las dos de la

madrugada, y todas las casas estaban cerradas a cal y canto. Nuestras probabilidades de encontrar a alguien que nos indicase una fonda eran remotas, y desde luego necesitábamos ayuda, porque cada casa era exactamente igual a la de al lado, y no había ningún signo de si eran hoteles o casas particulares. Paramos en la plaza principal de la ciudad y estábamos discutiendo el problema, cansados e irritados, cuando de pronto apareció un ángel de misericordia en forma de policía alto y delgado con un uniforme immaculado, y cinturón y botas relucientes. Nos saludó con elegancia, hizo una inclinación de cabeza a las mujeres del grupo, y con una cortesía propia de otros tiempos nos dirigió hacia unas calles laterales donde dijo que encontraríamos un hotel. Llegamos a una gran casa, sombría, completamente cerrada, con una puerta maciza, que hubiera hecho justicia a una catedral. Golpeamos con un tamboreo estridente en su superficie gastada y esperamos pacientemente el resultado. Al cabo de diez minutos no había habido respuesta, así que Dicky, presa de desesperación, lanzó un ataque a la puerta, que, si hubiera tenido éxito, hubiera despertado a los muertos. Pero en el momento en que Dicky se lanzaba sobre la puerta, ésta se abrió misteriosamente dejando ver un largo pasillo débilmente iluminado, con puertas a cada lado, y una escalera de mármol que subía a los pisos altos. Muertos de hambre y de cansancio, no estábamos de humor para examinar con detalle la propiedad ajena, así que entramos en el vestíbulo resonante como un ejército invasor. Allí nos paramos gritando « ¡Hola!»* hasta llenar el hotel con nuestros gritos, pero nadie respondió.

— Pienso, Gerry, que mucho tiempo todos están fallecidos —observó Dicky gravemente.

— Bueno, si es así, sugiero que nos despleguemos en busca de camas —dije.

De modo que subimos la escalera de mármol y hallamos tres dormitorios con las camas hechas (por el sencillo procedimiento de abrir todas las puertas que vimos). Finalmente, habiendo encontrado donde dormir, Dicky y yo bajamos a ver si el hotel ostentaba algún tipo de instalación sanitaria. La primera puerta que abrimos en nuestra búsqueda nos introdujo en un oscuro dormitorio en el que había una enorme cama de matrimonio con un dosel a la antigua. Antes de que pudiéramos salir de la habitación, una enorme figura surgió de la cama como una ballena emergiendo a la superficie, y avanzó patosamente hacia nosotros. Resultó ser una mujer colosal, que debía pesar unas doscientas libras y vestía un ondeante camisón de franela. Salió al vestíbulo parpadeando, a la vez que se ponía un kimono ondeante verde brillante con enormes rosas rosas. Era como si una de las más exóticas exposiciones de la Muestra Floral de Chelsea hubiese cobrado vida súbitamente. Sobre sus grandes pechos se extendían dos largos mechones de pelo gris, que se echó hábilmente hacia atrás mientras se abrochaba el kimono, sonriéndonos con adormilada amabilidad.

—*Buenas noches** —dijo cortésmente.

—*Buenas noches, señora** —contestamos, dispuestos a no dejarnos vencer en cuestión de modales a esas horas de la madrugada.

— *¿Hablo con la patrona?** —preguntó Dicky.

—*Sí, sí, señor**, —dijo sonriendo ampliamente—, *¿qué querés?*"

Dicky se disculpó por la hora de nuestra llegada, pero la patrona sacudió la mano rechazando nuestras disculpas. ¿Podríamos, preguntó Dicky, tomar unos sandwiches y café? ¿Por qué no? preguntó la patrona. Además, dijo Dicky, necesitamos ir al cuarto de baño urgentemente, ¿sería tan amable de indicarnos dónde está? Ella, de muy buen humor, nos llevó a una pequeña habitación con azulejos, nos enseñó cómo tirar de la cadena y se quedó charlando amigablemente mientras Dicky y yo aliviábamos las punzadas de la naturaleza. Luego, la patrona, re-soplando y haciendo ondear su ropa, nos llevó a la cocina, donde nos preparó una enorme pila de bocadillos e hizo una jarra de humeante café. Después de asegurarse de que no podía hacer nada más por nosotros, se marchó contoneándose a la cama.

A la mañana siguiente, después de desayunar, dimos una vuelta rápida por la ciudad. Por lo que pude ver, aparte de la introducción de la electricidad, había cambiado poco desde los tiempos de Darwin, así que salimos de ella, descendimos a toda velocidad una colina y cruzamos el ancho puente de hierro tendido sobre las aguas rojo ocre del Río Negro. Pasamos, traqueteando por el puente, de la provincia de Buenos Aires a la de Chubut, y por el mero hecho de cruzar un río, entramos en un mundo diferente.

Lejos quedaban las exuberantes llanuras verdes de la Pampa y, en su lugar, un árido desierto se extendía hasta donde alcanzaba la vista a cada lado de la polvorienta carretera, con una cobertura uniforme de matorral verde grisáceo compuesto de plantas de unos tres pies de altura, todas ellas armadas de una formidable colección de espinas y púas. Nada parecía vivir en esa maleza seca, porque cuando paramos no se oía el canto de pájaro ni de insecto alguno; sólo el murmullo del viento entre las espinas de los matorrales sonaba en este paisaje marciano monocromático, y lo único que se movía, aparte de nosotros, era el gigantesco penacho de polvo que se arrastraba detrás de nuestro vehículo. Esta era una región muy pesada para conducir. La carretera, llena de rodadas y baches, se desplegaba en línea recta hacia el horizonte, y, al cabo de unas horas, la monotonía de la escena atontaba el cerebro

y uno se quedaba dormido de repente para despertar con el perverso chasquido de las ruedas cuando el Land-Rover se salía del camino a la frágil ma-leza.

La tarde anterior al día en que teníamos que llegar a Deseado, esto ocurrió en un tramo de la carretera sobre el que, desgraciadamente, había llovido recientemente, de modo que la superficie se había convertido en algo parecido a la cola de buena calidad. Dicky, que había estado conduciendo durante mucho tiempo, cabeceó de pronto detrás del volante, y antes de que ninguno pudiéramos hacer nada sensato, el Land-Rover y el remolque se habían deslizado violentamente al barro removido de la cuneta y ahí se quedaron encajados con las ruedas girando como locas. A regañadientes salimos al intenso frío del viento vespertino, y, a la tenue luz del atardecer, nos dispusimos a soltar el remolque para luego empujar por separado el remolque y el Land-Rover hasta sacarlos del barro. Después, con los pies y las manos heladas, nos acurrucamos los cinco en el refugio del Land-Rover y contemplamos la puesta de sol mientras pasábamos de mano en mano una botella de whisky que yo había reservado para una emergencia como aquella.

A cada lado de donde estábamos se extendía la tierra de matorral, oscura y llana, de modo que teníamos la impresión de estar en el centro de una gigantesca placa. El cielo se había ido cubriendo de verde al ponerse el sol, y luego, inesperadamente, se volvió de un azul verdoso muy pálido. Una masa de nubes deshilachadas al oeste, en el horizonte, se volvieron negras de repente, con un delicado reborde rojo vivo. Parecían una gran armada de galeones españoles empeñados en feroz batalla naval, a través del cielo, arrastrados unos hacia otros, convertidos en siluetas negras por las violentas ráfagas de sus cañones. Al hundirse el sol más y más en el horizonte, el negro de las nubes quedó vetado y jaspeado de gris y el cielo detrás de ellas quedó rayado de verde, azul y rojo pálido. De repente desapareció la flota de galeones y en su lugar quedó un archipiélago de islas extendidas en hilera por el cielo que parecía un plácido mar a la puesta del sol. La ilusión era perfecta: se podían discernir las diminutas ensenadas bordeadas de blanco en la costa rocosa y recortada, y de vez en cuando, una larga playa blanca; el peligroso bajío de rocas, formado por un jirón de nube, a la entrada de un fondeadero seguro; tierra adentro las montañas de formas curiosas, cubiertas con la desgarrada piel de un bosque oscuro como la tarde. Estábamos allí, sentados, con el whisky calentando nuestros cuerpos, contemplando cómo se desplegaba la geografía del archipiélago. Cada uno de nosotros escogió la isla que más le atraía, en la que le gustaría pasar unas vacaciones, y estipulamos lo que el hotel de cada una de nuestras islas debería proporcionarnos en cuanto a comodidades de la civilización.

— Una bañera *muy* muy grande y muy profunda —dijo Marie.

— No, una buena ducha caliente y un sillón cómodo —dijo Sophie.

— Simplemente una cama —dijo Jackie—, una gran cama con colchón de plumas.

— Un bar que tenga hielo de verdad para las bebidas —dije yo, soñador.

Dicky se quedó callado un momento. Entonces se miró a los pies, cubiertos de un espeso barro que se secaba rápidamente.

— Necesito tener un hombre que limpiarme los pieses —dijo con firmeza.

— Bueno, dudo mucho que encontremos nada de eso en Deseado —dije sombríamente—, pero más vale que nos demos prisa.

Cuando llegamos a Deseado a las diez de la mañana siguiente, enseguida quedó claro que no podíamos esperar lujos como colchones de plumas, hielo en las bebidas, ni siquiera un hombre que nos limpiara «los pieses». Era la ciudad más extraordinariamente muerta que había visto en mi vida. Se parecía al decorado de una mala película de vaqueros de Hollywood, y daba la impresión de que sus habitantes (dos mil, según la guía turística) habían hecho las maletas y la habían dejado que se enfrentara sola con sus vientos cortantes y su ardiente sol. Las calles vacías y llenas de ro-dadas, entre las fachadas lisas de las casas, eran sacudidas de vez en cuando por el viento que producía indiferentes re-molinos de polvo que giraban por un momento y luego se dejaban caer cansamente al suelo. Mientras conducíamos lentamente hacia lo que imaginábamos que sería el centro de la ciudad, sólo vimos un perro, trotando enérgicamente ocupado en sus cosas, y a un niño en cuclillas en mitad de una carretera, absorto en algún misterioso juego infantil. Entonces, mientras el Land-Rover se inclinaba para doblar una esquina, nos sobresaltamos al ver a un hombre a caballo que avanzaba lentamente por la carretera con un golpear de cascos, alicaído, como si fuese el único superviviente de una catástrofe. Cuando nos paramos, se detuvo, nos saludó cortésmente, pero sin interés, y nos indicó los dos únicos hoteles del lugar. Como resultó que estaban uno enfrente del otro y que los dos eran igualmente poco atractivos vistos desde fuera, escogimos echando a suertes con una moneda, y entramos en uno de ellos.

En el bar encontramos al dueño, que, con el aspecto de quien acaba de sufrir una terrible desgracia, admitió de mala gana que tenía alojamiento, y nos llevó por pasillos siniestros a tres habitaciones pequeñas y mugrientas.

Dicky, con su gorra de cazador echada hacia atrás en la cabeza, se paró en el centro de su habitación quitándose los guantes blancos e inspeccionando la cama hundida y la ropa gris con meticulosidad gatuna.

— ¿Sabes qué, Gerry? —me dijo con convicción—. Este hotel es másapestoso que yo nunca soñar.

— Espero que nunca sueñes con uno peor—, le animé.

Pronto nos reunimos todos en el bar para tomar algo y esperar la llegada de un tal capitán Giri, un hombre que sabía todo sobre las colonias de pingüinos de Puerto Deseado, y para quien yo tenía una carta de presentación. Nos sentamos alrededor de una mesa pequeña, tomando nuestras bebidas y mirando con interés a los otros ocupantes del bar. Parecían ser, en su mayoría, hombres muy viejos, con largos y anchos bigotes, y caras agrietadas y cosidas por el viento. Estaban sentados en grupos pequeños, agachados sobre sus diminutos vasos de coñac o de vino con aspecto de muertos, como si estuviesen hibernando en ese mugriendo bar, mirando el fondo de sus vasos, sin esperanza, preguntándose cuándo amainaría el viento, y sabiendo que nunca ocurriría. Dicky, fumando un cigarrillo con delicadeza, inspeccionaba las paredes ennegrecidas de humo, las hileras de botellas polvorientas y el suelo con veinte años de polvo bien apisonado en su superficie.

— Qué bar, ¿eh? —me dijo.

— No muy alegre, ¿verdad?

— Es tan viejo... tiene pinta viejo, —dijo mirando a su alrededor—. Sabes, Gerry, apuesto que es tan viejo que hasta las moscas tienen barba.

De pronto se abrió la puerta, una ráfaga de aire frío entró en el bar, los viejos levantaron sus ojos apagados que recordaban los de los reptiles, y entró el capitán Giri. Era un hombre alto, de buena complexión, rubio, con una cara hermosa, bastante estética, y los ojos azules más francos y vivos que he visto nunca. Después de presentarse, se sentó a nuestra mesa y nos miró a todos con tanta cordialidad y buen humor en sus ojos infantiles, que desapareció la atmosfera de aburrimiento del bar y de repente nos sentimos vivos y entusiastas otra vez. Tomamos una copa y luego el Capitán Giri sacó un gran rollo de mapas, los extendió sobre la mesa, y los examinamos con atención.

— Pingüinos —dijo el Capitán pensativo, paseando el dedo índice por el mapa—. Aquí, aquí está la mejor colonia... la mejor y la más grande con mucho, pero creo que esto está demasiado lejos para ustedes, ¿no?

— Bueno, sí, un poco —admití—. No querríamos ir tan al sur si pudiéramos evitarlo. Es por cuestión de tiempo, en realidad. Yo esperaba encontrar una colonia razonablemente buena a la que se pudiera llegar fácilmente desde De-seado.

— La hay, la hay —dijo el Capitán barajando los mapas como un nigromante, y sacando otro del montón—. Vamos a ver. Aquí, ve Vd., en este punto... está a unas cuatro horas de coche de Deseado... a lo largo de esta bahía.

— Estupendo —dije entusiasmado—, es la distancia justa.

— Sólo hay una cosa que me preocupa —dijo el Capitán volviendo sus ojos azules y preocupados hacia mí—, ¿habrá bastantes aves allí para lo que usted quiere... para sus fotografías?

— Bueno —dije dudando—, necesito un buen número. ¿Cuántos hay en esa colonia?

— Calculando por encima, yo diría que un millón— dijo el Capitán Giri—. ¿Será bastante?

Le miré con la boca abierta. El hombre no bromeaba. Realmente le preocupaba que un millón de pingüinos pudiera ser una cantidad escasa para mis propósitos.

— Creo que puedo arreglármelas con un millón de pingüinos —dije—. Supongo que podré encontrar uno o dos fotogénicos entre ellos. Dígame, ¿están todos juntos, o esparcidos por los alrededores?

— Bueno, la mitad o las tres cuartas partes están concentrados *aquí* —dijo hundiendo el dedo en el mapa—. Y el resto están repartidos a lo largo de la bahía... por *aquí*.

— Me parece perfecto. Y ¿hay algún sitio para acampar?

— ¡Ah! —dijo el Capitán Giri—. Esa es la dificultad. Justo aquí está la *estancia** de un amigo mío, el señor Hui-chi. No está en la *estancia** en este momento. Pero si fuésemos a verlo, quizá les deje alojarse allí. ¿Ve? Está a

unos dos kilómetros de la colonia principal, así que sería un buen lugar para ustedes.

— Eso sería estupendo —dijo entusiasmado—. ¿Cuándo podemos ver al Sr. Huichi?

El Capitán consultó su reloj y calculó.

— Podemos ir ahora, si quieren —dijo.

— ¡De acuerdo! —dije apurando mi bebida—. Vamos.

La casa de Huichi estaba en las afueras de Deseado, y el propio Huichi, cuando el Capitán Giri nos presentó, me gustó al instante. Bajo, ancho, con la cara curtida por el aire, tenía el pecho muy oscuro, cejas y bigote muy negros y tupidos, y unos ojos castaño oscuro amables y llenos de humor, con patas de gallo en los extremos. Sus movimientos y su forma de hablar tenían un aire de confianza sencilla y sosegada muy tranquilizador. Escuchó en silencio mientras Giri le explicaba nuestra misión, mirándome de vez en cuando, como si me estuviera compendiando. Luego hizo un par de preguntas, y finalmente, con gran alivio mío, levantó la mano y sonrió ampliamente.

— El Sr. Huichi está de acuerdo en que usen su *estancia** —dijo Giri— y él mismo va a acompañarlos con el fin de enseñarles los mejores sitios para ver pingüinos.

— El Sr. Huichi es muy amable... le estamos muy agradecidos —dije—. ¿Podríamos salir mañana por la tarde, después de despedir a nuestro amigo en el avión?

— *Sí, sí, como no** —dijo Huichi cuando se lo tradujeron. Así que quedamos en encontrarnos con él al día siguiente, después de una comida temprana, una vez que hubiéramos dejado a Dicky en el avión de vuelta a Buenos Aires.

Aquella tarde permanecimos sentados en el deprimente bar de nuestro hotel, tomando lentamente nuestras bebidas y meditando sobre el hecho desolador de que Dicky nos abandonaría al día siguiente. Había sido un compañero de viaje encantador y divertido, que había resistido las incomodidades sin una queja, y había animado nuestros decaídos espíritus a lo largo de todo el recorrido con bromas, observaciones expresadas de forma fantástica y melodiosas canciones argentinas. Íbamos a echarle de menos, y él estaba también deprimido pensando en que iba a dejarnos justo cuando el viaje empezaba a ser interesante. En un osado ataque de alegría, el dueño del hotel había encendido una pequeña radio estratégicamente situada en una estantería entre dos botellas de coñac. En ese momento emitía a todo volumen un dolorido tango de lo más cacofónico. Escuchamos en silencio hasta que los últimos lamentos desesperados se hubieron apagado.

— ¿Cuál es la traducción de esta festiva cancioncilla? —pregunté a Marie.

— Es un hombre que descubre que su mujer está tuberculosa —explicó Marie—. Ha perdido el empleo, sus hijos se mueren de hambre y su mujer está agonizando. Está muy triste y se pregunta qué sentido tiene la vida.

La radio lanzó otro aire quejumbroso que sonaba casi idéntico al anterior. Cuando terminó, levanté inquisitivamente las cejas, mirando a Marie.

—Este es de un hombre que acaba de descubrir que su mujer le es infiel —tradujo Marie de mal humor—. La ha apuñalado. Ahora lo van a colgar, y sus hijos se quedarán sin padre ni madre. Está muy triste y se pregunta qué sentido tiene la vida.

Un tercer estribillo desgarró el aire. Miré a Marie. Escuchó un momento y luego se encogió de hombros.

—Lo mismo —dijo lacónicamente.

Nos pusimos de pie como un solo hombre y nos fuimos a la cama.

Por la mañana temprano, Marie y yo llevamos a Dicky a la pista de despegue, mientras Sophie y Jackie se fueron a las tres tiendas de Deseado a comprar las provisiones necesarias para el viaje a la *estancia* de Huichi. La pista de despegue consistía en una pista de tierra más o menos llana situada en las afueras de la ciudad y dominada por un hangar que parecía carcomido por la polilla y cuyas planchas de madera sueltas, golpeaban y chirriaban con el viento. Los únicos seres vivos eran tres ponies, que pacían solitarios. Veinte minutos después de la hora en que el avión tenía que llegar, no había ni rastro de él, y empezamos a pensar que, después de todo, Dicky tendría que quedarse con nosotros. Entonces, por la polvorienta carretera de la ciudad, vimos venir a toda prisa una pequeña furgoneta. Se paró junto al hangar y de ella bajaron dos hombres con un aspecto muy oficial vestidos con largos abrigos de color caqui. Examinaron la manga de viento con un excelente aire de concentración, miraron hacia el

cielo y consultaron entre sí con el ceño fruncido. Después miraron sus relojes y pasearon de arriba a abajo.

— Tienen que ser de motor —dijo Dicky.

— Desde luego tienen un aspecto muy oficial—, admití.

— ¡Eh, escucha! —dijo Dicky al dejarse oír un débil zumbido—. El está llegado.

El avión apareció como una manchita diminuta en el horizonte, y fue creciendo rápidamente. Los dos hombres con abrigo caquí entraron ahora en funciones. Con gritos agudos procedieron a espantar a los tres ponies, que hasta entonces habían estado paciéndose plácidamente en el centro de lo que ahora resultaba ser la pista de aterrizaje. Hubo un momento de suspense, justo cuando el avión tocó tierra, en que pensamos que unos de los ponies iba a escapar pero uno de los hombres vestidos de caquí se lanzó hacia adelante y le agarró por la crin en el último instante. El avión, botando y estremeciéndose, se paró, y los dos hombres dejaron a sus protegidos equinos y sacaron, de las profundidades del hangar, una endeble escalera de ruedas que colocaron contra el costado del avión.

Aparentemente, Dicky era el único pasajero que había que recoger en Deseado. Dicky me estrujó la mano.

— Gerry —me dijo—, ¿tú harás un favor para mí, sí?

— ¡Pues claro, Dicky! —le dije—. Lo que sea.

— Fíjate que no hay malditos caballos en nuestro camino cuando subimos ¿eh? —dijo muy serio, y luego se dirigió hacia el avión con las orejas de su gorra de cazador agitándose al viento.

El avión despegó rugiendo, los ponies volvieron cansinamente a la pista y nosotros hicimos girar el morro chato del Land-Rover hacia la ciudad.

Recogimos a Huichi poco después de las doce, y se puso al volante del Land-Rover. Me alegré enormemente, porque sólo habíamos recorrido dos millas desde Deseado cuando salimos de la carretera a algo tan impreciso que difícilmente podía ser dignificado con el nombre de sendero. De vez en cuando desaparecía por completo, y si me hubieran dejado so-lo, me habría perdido del todo, pero Huichi dirigía el Land-Rover hacia lo que parecía una espesura impenetrable de arbustos espinosos, y pasábamos desgarrándolos, las espinas chirriando contra los lados del vehículo como fantasmas, y allí, al otro extremo, el débil vestigio de sendero recomenzaba. En otros lugares, el camino se convertía en lo que parecía ser el lecho seco de un río de unos tres pies de profundidad, de exactamente la misma anchura que el Land-Rover, así que íbamos cautelosamente con dos ruedas en una orilla —por así decirlo— y dos ruedas en la otra. El más mínimo error de cálculo y se habría quedado atascado sin remedio.

Poco a poco, según nos íbamos acercando al mar, el paisaje sufrió un cambio. En lugar de llano, se hizo suavemente ondulado, y aquí y allá el viento se había llevado la capa de mantillo, dejando al descubierto amplias áreas de grava amarilla y rojo ocre, como llagas en la piel peluda de la tierra. Esas pequeñas zonas desérticas parecían ser las favoritas de ese curioso animal, la mara, porque era siempre en esas brillantes extensiones de grava donde las encontrábamos, a veces por pares, a veces en pequeños grupos de tres o cuatro. Eran extrañas criaturas que parecían haber sido formadas bastante descuidadamente. Tenían la cara roma, bastante parecida a la de una liebre, orejas de conejo pequeñas y bonitas, unos cuartos delanteros bonitos y con las patas delanteras delgadas. Pero los cuartos traseros eran grandes y musculosos en comparación, y tenían poderosas patas traseras. La parte más atractiva de su anatomía eran los ojos, que eran grandes, oscuros y brillantes, con una espesa franja de pestañas. Se tumbaban en la grava, tomando el sol, mirando aristocráticamente por encima de sus narices, y parecían miniaturas de los leones de Trafalgar Square. Nos dejaban acercarnos bastante, y entonces, de repente, sus largas pestañas se dejaban caer sobre los ojos seductoramente, y con sorprendente rapidez saltaban a la posición de sentadas. Volvían las cabezas y nos miraban por un instante y luego se lanzaban hacia el horizonte resplandeciente con el calor, en una especie de brincos gigantescos, como si fuesen sobre muelles, con el dibujo blanco y negro de sus traseros destacándose como un blanco en retirada.

Pronto, hacia el atardecer, el sol se hundió más y con los rayos oblicuos el paisaje adquirió nuevos colores. La baja maleza espinosa tomó un color morado, purpúreo y marrón y las zonas arenosas quedaron salpicadas de es-carlata, ocre rojizo, blanco y amarillo. Mientras cruzábamos entre crujidos una de aquellas zonas multicolores de arena, vimos un bulto negro en el centro exacto de ella, y acercándonos, descubrimos que era un enorme galápagos que se desplazaba por el ardiente terreno con la tenaz resolución de un glaciar. Paramos y lo cogimos, y el reptil, espantado por un encuentro tan inesperado, orinó copiosamente. De dónde podía haber sacado, en aquella tierra reseca, humedad suficiente para producir su ostentoso despliegue defensivo era un misterio. De todas formas, le pusimos Ethelbert de nombre, lo colocamos en la parte de atrás del Land-Rover, y seguimos adelante.

Pronto, con el sol poniente, el paisaje se levantó en una serie de suaves ondulaciones. Como en una montaña rusa

su-bimos y bajamos por las últimas colinas hasta llegar a lo que al principio parecía el lecho llano de un antiguo lago. Estaba rodeado por un anillo de colinas bajas y era, en realidad, una especie de pequeña zona de polvaredas creada por el viento, que había llevado la arena desde la costa situada al otro lado de las colinas, y la había depositado allí en una espesa capa que había asfixiado la vegetación. Mientras cruzábamos aquella zona llana con gran estruendo del motor, extendiendo un abanico de polvo blanco detrás de nosotros, vimos, al abrigo de las montañas más lejanas, un grupito de árboles verdes, los primeros que veíamos desde que habíamos salido de Deseado. Al acercarnos pudimos ver que ese pequeño oasis estaba rodeado por una pulcra valla blanca y en el centro, protegida por los árboles, había una bonita casa de madera, alegremente pintada de blanco y azul brillantes.

Los dos peones de Huichi salieron a recibirnos, dos personajes de aspecto rudo, vestidos con *bombachas** y camisas raídas, con el pelo largo y negro, y centelleantes ojos negros. Nos ayudaron a descargar nuestros pertrechos y a llevarlos a la casa, y luego, mientras deshacíamos las maletas y nos lavábamos, se fueron con Huichi a matar una oveja para preparar un *asado** en nuestro honor. Al pie de la ladera donde estaba la casa, Huichi había preparado una zona especial para hacer *asado**. Un *asado** requiere un fuego muy vivo, y con el viento que sopla, continuo y cortante, en Patagonia, había que tener cuidado si uno no quería ver todo el fuego levantarse repentinamente en el aire y extenderse, prendiendo el matorral seco, como una mecha, en varias millas a la redonda. Para impedir que esto sucediera, Huichi había plantado, al pie de la colina, un gran cuadro de cipreses. Los había dejado crecer hasta una altura de unos doce pies, y luego les habían podado la parte de arriba con lo cual se habían hecho muy tupidos. Los habían plantado tan cerca unos de otros, al principio, que ahora sus ramas se entrelazaban y formaban una valla casi impenetrable. Luego Huichi había cortado un paso hasta el centro de esta caja de cipreses y allí había construido una habitación de unos veinte por doce pies. Este era el cuarto de los *asados** porque allí, protegido por las espesas paredes de ciprés, uno podía encender un fuego sin peligro.

Cuando terminamos de lavarnos y cambiarnos, y habían matado y desollado la oveja, era de noche. Bajamos al cuarto de los asados, donde uno de los peones había encendido ya una inmensa hoguera. Al lado de ella habían clavado una estaca derecha en el suelo, y en ella habían ensartado una oveja entera, abierta por la mitad como una ostra. Nos echamos en el suelo alrededor del fuego y bebimos vino tinto mientras se hacía nuestra comida.

He asistido a muchos *asados** en Argentina, pero aquel primero en la *estancia** de Huichi quedará para siempre en mi memoria como el más perfecto. El maravilloso olor de las ramas secas ardiendo, mezclado con el olor de la carne asándose, las lenguas rosas y anaranjadas de la llama alumbrando las paredes verdes, hechas de cipreses, del refugio, y el ruido del viento golpeando ferozmente contra esas paredes, para apagarse luego en un suave suspiro al enredarse y debilitarse su fuerza en la red de ramas, y sobre nosotros el cielo de la noche, con un temblor de estrellas, iluminado por una frágil brizna de luna. Beber un trago de vino tinto, suave y tibio, inclinarte luego hacia adelante para cortar un bocado de carne aromática de la res burbujeante que tenías enfrente, mojarlo en la salsa picante de vinagre, ajo y pimentón, y metértela, dulce y jugosa, en la boca, me pareció uno de los actos más satisfactorios de mi vida.

Pronto, cuando nuestros ataques a la res se hicieron más esporádicos, Huichi tomó un trago de vino, se limpió la boca con el dorso de la mano y me miró desde el otro lado de las ascuas rojas y palpitantes, tendidas como una espléndida puesta de sol en el suelo.

— *¿Mañana**, —dijo sonriendo—, vamos a los *pingüinos*?

— *Sí, sí** —contesté soñoliento, inclinándome hacia adelante, por pura avaricia para cortar otra tira de piel cru-jiente de los restos de oveja que se enfriaban—, *mañana* los *pingüinos*.

Capítulo 2 Un océano de camareros

Era un ave muy valiente; hasta que llegó al mar no dejó de enfrentarse conmigo obligándome a retroceder.

Charles Darwin, *El viaje del Beagle*

A la mañana siguiente, temprano, cuando el cielo estaba aún oscuro, me despertó Huichi moviéndose por la cocina, silbando suavemente para sí, y haciendo entrecocar la cafetera y las tazas tratando de interrumpir nuestro sueño suavemente. Mi reacción inmediata fue arrojarme aún más bajo el montón de suaves y tibias pieles de guanaco de color tostado que cubrían la enorme cama de matrimonio en la que Jacquie y yo nos resguardábamos. Luego, tras un momento de meditación, decidí que si Huichi estaba levantado yo también debía estarlo; de todas formas sabía que tendría que levantarme para sacar a los demás de la cama. Así que, respirando profundamente, retiré la ropa y salté ágilmente de la cama. Pocas veces me he arrepentido tanto de una acción: fue como salir directamente de un cuarto de calderas y tirarse a un río de montaña. Con los dientes castañeteándome, me puse toda la ropa que encontré y entré renqueando en la cocina. Huichi sonrió y me saludó con la cabeza y luego, muy comprensivo, vertió dos dedos de coñac en una taza grande, la llenó de café humeante y me la tendió. Pronto, resplandeciendo de calor, me quité uno de los tres jerseys y me dediqué, con perversa satisfacción, a hacer salir de la cama al resto del grupo.

Finalmente, a la pálida luz del amanecer, amarilla como el narciso, emprendimos la marcha, llenos de coñac y café, hacia el lugar donde se encontraban los pingüinos. Grupos de ovejas inexpressivas huían precipitadamente por delante del Land-Rover, con el vellón bamboleándose al correr. Una vez pasamos por una charca larga y poco profunda, atrapada en una grieta entre las suaves ondulaciones de las colinas, y en su borde se alimentaban seis flamencos, rosas como capullos de ciclamen. Seguimos adelante como un cuarto de hora más y entonces Huichi apartó el Land-Rover del camino principal y lo dirigió a campo traviesa hacia una suave ladera. Cuando estábamos llegando a la cima de la elevación, volvió la cabeza y me sonrió.

— Ahora —dijo—, *ahora los pingüinos**.

Entonces, llegamos a la cima de la ladera y allí estaba la colonia de pingüinos.

Delante de nosotros la maleza, oscura y baja, desaparecía lentamente y en su lugar quedaba un gran desierto de arena resquebrajada por el sol y separada del mar, que estaba más allá, por una cresta en forma de media luna de dunas de arena blanca, muy empinada y como de unos doscientos pies de altura. En esta zona desierta, protegidos del viento marino por los brazos envolventes de las dunas, los pingüinos habían construido su ciudad. Hasta donde alcanzaba la vista, a cada lado, el terreno estaba como picado de viruelas, lleno de nidos, algunos de ellos un débil rasguño en la arena, otros de varios pies de profundidad. Esos cráteres hacían que el lugar pareciera una pequeña porción de la superficie lunar vista a través de un poderoso telescopio. Por entre esos cráteres, andaba la mayor colección de pingüinos que yo había visto nunca, como un océano de camareros enanos, arrastrando los pies solemnemente de un lado a otro como si tuvieran las espaldas arqueadas por haber estado llevando bandejas demasiado pesadas durante toda su vida. Su número era prodigioso, extendiéndose hasta el horizonte más lejano, donde centelleaban, blancos y negros, en medio de la calina. Era una vista impresionante. Condujimos lentamente entre la maleza hasta llegar al borde de esta gigantesca criba de nidos y allí paramos y salimos del Land-Rover.

Nos quedamos mirando a los pingüinos y ellos se quedaron mirándonos a nosotros con inmenso respeto e interés. Mientras permanecíamos cerca del vehículo no daban muestras de miedo. La mayor parte de las aves eran, por supuesto, adultas, pero en cada nido había uno o dos polluelos, todavía con sus abrigos de plumón de bebé, que nos miraban con grandes ojos oscuros y tiernos con aspecto de jovencitas gorditas y tímidas vestidas con pieles demasiado grandes de zorro plateado para su presentación en sociedad. Los adultos, elegantes y pulcros en sus trajes blancos y negros, tenían barbas rojas alrededor de la base del pico y ojos brillantes, rapaces, de vendador

ambulante. Cuando te acercabas a ellos, retrocedían hacia sus escondrijos, torciendo sus cabezas de lado a lado como advertencia, hasta que algunas veces nos miraban completamente cabeza abajo. Si te acercabas demasiado, andaban de espaldas hasta sus escondrijos y desaparecían poco a poco, sin dejar de torcer la cabeza vigorosamente. Los polluelos, en cambio, te dejaban llegar a unos cuatro pies de ellos, y entonces perdían la calma, se daban la vuelta y se tiraban de cabeza al nido, así que lo único que se veía eran sus grandes traseros cubiertos de plumón, y sus patas batiendo el aire frenéticamente.

Al principio, el ruido y el movimiento de la vasta colonia eran desconcertantes. Como telón de fondo al murmullo continuo del viento estaba el piar constante de los jóvenes, y el rebuzno alto y prolongado, parecido al de un burro, de los adultos, que, de pie, rígidos y derechos, con las aletas extendidas y el pico apuntando al cielo azul, rebuznaban con alegría y regocijo. Al principio no sabías a donde mirar primero, y el movimiento constante de jóvenes y adultos parecía inconexo y sin propósito. Luego, al cabo de unas horas acostumbrándote a estar en medio de un grupo tan enorme de aves, se hacían evidentes unas ciertas pautas. Lo primero que se vio claro fue que la mayor parte del movimiento se debía a las aves adultas. Muchas estaban de pie junto a los nidos, evidentemente haciendo guardia junto a las crías, mientras que otras muchas deambulaban, unas camino del mar, y otras de vuelta de él. A lo lejos, las dunas estaban salpicadas de diminutas figuras de pingüinos que caminaban pausadamente, trepando por las empinadas pendientes, o deslizándose por ellas. Esta caminata constante de vaivén entre el mar y los nidos ocupaba gran parte de la jornada de los pingüinos, y era una hazaña tan tremenda que merece ser descrita con detalle. Mirando atentamente la colonia, día a día durante las tres semanas que vivimos en ella, descubrimos que lo que ocurría era esto:

Por la mañana temprano, uno de los pingüinos padres (el macho o la hembra) salía hacia el mar, dejando a su pareja al cuidado de los polluelos. Para llegar al mar, el ave tenía que recorrer alrededor de milla y media por un terreno de lo más difícil y agotador que se pueda imaginar. Primero tenían que avanzar cuidadosamente a través de la maraña de nidos que constituían la colonia, y cuando llegaban al borde de ésta —los suburbios, por así decirlo—, se encontraban en la zona desértica, donde la arena, cocida y resquebrajada por el sol, parecía un gigantesco rompecabezas. En esa zona, desde por la mañana temprano, la arena se ponía tan caliente que quemaba al tocarla, y, sin embargo, los concienzudos pingüinos la atravesaban lentamente, parándose a descansar frecuentemente, como si estuviesen en trance. Esto solía llevarles una media hora. Pero cuando llegaban al otro lado del desierto, se encontraban otro obstáculo más, las dunas, que se alzaban sobre las diminutas figuras de los pingüinos como una cadena de montañas del Himalaya, blancas como la nieve, de doscientos pies de altura y con las empinadas pendientes compuestas de arena fina, suelta y deslizante. Nosotros mismos encontrábamos difícil salvar aquellas dunas, así que mucho peor debía ser para unas aves tan mal equipadas para ello como son los pingüinos.

Cuando llegaban al pie de las dunas, generalmente se detenían unos diez minutos a descansar. Algunos simplemente se sentaban allí, cavilando, mientras que otros se dejaban caer hacia delante, sobre el estómago y se quedaban así jadeando. Luego, cuando ya habían descansado, se ponían de pie con firmeza y corrían hacia la pendiente, evidentemente con la esperanza de pasar la peor parte de la subida lo antes posible. Pero su rapidez desaparecía cuando habían subido una cuarta parte de la pendiente más o menos; el avance era más lento y se paraban más a menudo a descansar. Como la inclinación se iba haciendo más y más fuerte, finalmente se veían obligados a dejarse caer sobre la barriga y luchar contra la pendiente de esa forma, ayudándose en la subida con las aletas. Luego, en un furioso arranque final de velocidad, llegaban triunfales a la cresta, donde se quedaban de pie, derechos, batían sus aletas con deleite, y luego se dejaban caer sobre el estómago para descansar unos diez minutos. Habían llegado a mitad del camino y echados allí, en la afilada cresta de la duna, veían el mar a media milla de distancia, centelleando fresco y tentador. Pero todavía tenían que bajar el otro lado de la duna, cruzar un cuarto de milla de matorral y luego varios cientos de yardas de playa de guijarros antes de alcanzar el mar.

La bajada de la duna, naturalmente, no era ningún problema para ellos, y lo hacían de dos formas igualmente divertidas de ver. O bien bajaban andando, empezando con mucha calma y yendo más y más deprisa según se iba haciendo más pendiente la bajada, hasta que acababan galopando de la forma más indigna, o bien se deslizaban sobre sus panzas usando las alas y las patas para darse impulso por la arena, exactamente igual que si estuviesen nadando. Con cualquiera de los métodos llegaban al pie de la duna en medio de una pequeña avalancha de arena fina, se ponían de pie, se sacudían e iniciaban tenazmente el camino hacia la playa a través de la maleza. Pero eran las últimas cien yardas de playa las que más parecían hacerles sufrir. Allí estaba el mar azul, rutilante, siseando seductoramente en la orilla, y para llegar hasta él tenían que arrastrar sus cuerpos cansados por la playa pedregosa, donde los cantos crujían y se tambaleaban bajo sus patas, haciéndoles perder el equilibrio. Pero al fin, corrían el último trecho hasta el borde de las olas agachados en una curiosa postura, luego se estiraban repentinamente y se lanzaban al agua fresca. Durante unos diez minutos giraban y se zambullían en la superficie rizada y resplandeciente, lavándose el polvo de las alas y la cabeza, agitando las patas calientes y doloridas en el agua, como en éxtasis, remolineando y surgiendo de repente, desapareciendo bajo el agua y saliendo de nuevo a flote como corchos. Luego, completamente refrescados, se aplicaban a la tarea, más seria, de pescar, impertérritos ante el hecho de que tendrían que afrontar el arduo viaje de vuelta antes de poder dar a sus hambrientas crías el alimento que capturasen.

Una vez que habían recorrido trabajosamente el camino de la vuelta a la colonia, llenos de pescado, por el terreno ardiendo, los pingüinos empezaban el agitado trabajo de alimentar a sus voraces crías. Esta proeza se asemejaba a un cruce entre un combate de boxeo y uno de lucha libre, y era muy entretenido y fascinante contemplarla. Había una familia que vivía en un nido cerca del lugar donde aparcábamos el Land-Rover todos los días, y tanto los padres como las crías se habían acostumbrado tanto a nosotros que nos dejaban sentarnos y filmarles a una distancia de unos veinte pies, de forma que podíamos ver todos los detalles del proceso muy claramente. Una vez que el pingüino padre llegaba al borde de la colonia, tenía que evitar los ataques de varios miles de crías antes de llegar a su propio nido y a sus crías. Todos aquellos polluelos estaban convencidos de que, lanzándose contra el pingüino adulto en una especie de abordaje, podían conseguir que regurgitase el alimento que llevaba. Así que el adulto tenía que evitar los asaltos de esos polluelos gordos y peludos, esquivando de acá para allá como un hábil delantero centro en un campo de fútbol. Generalmente, el padre terminaba en su nido todavía acosado por dos o tres polluelos ajenos, tenazmente decididos a hacerle sacar la comida. Cuando llegaba a casa, el adulto perdía repentinamente la paciencia con sus perseguidores, y, volviéndose hacia ellos, procedía a darles una paliza sin ningún género de vacilaciones, pico-teándoles con tanta perversidad que arrancaba a los polluelos gran cantidad de plumas, que flotaban como el vilano por toda la colonia.

Después de poner en retirada a los polluelos ajenos, el pingüino volvía su atención hacia los suyos, que le atacaban ahora de la misma forma que lo habían hecho los otros, lanzando gritos agudos y jadeantes de hambre e impaciencia. El padre (o madre) se acuclillaba a la entrada del nido, mirando pensativamente sus patas y haciendo movimientos como si estuviera tratando de contener un fuerte ataque de hipo. Al verlo, las crías se ponían en un estado de frenesí y de deleitada expectación, profiriendo gritos jadeantes y salvajes, agitando frenéticamente las alas, apretándose contra el cuerpo del padre y estirando el pico y haciéndolo chocar con el del adulto. Esto continuaba unos treinta segundos más, hasta que el padre, —con expresión de ali-vio— regurgitaba de pronto violentamente, metiendo el pico tan dentro de las bocas abiertas de las crías, que costaba imaginar que pudiera volver a sacar la cabeza. Los polluelos, satisfechos, y sin haber sido, al parecer, atravesados de punta a cabo con la entrega del primer plato, se sentaban sobre sus gorditos traseros a cavilar un rato, y el padre aprovechaba la oportunidad para lavarse y cepillarse rápidamente, limpiando y componiendo cuidadosamente las plumas del pecho, quitándose diminutas motas de polvo de las patas y pasándose el pico por las alas con un movimiento de cortauñas. Después bostezaba y se doblaba hacia adelante como si quisiera tocarse las puntas de las patas, con las alas estiradas hacia atrás y el pico muy abierto. Luego se sumergía en el estado de trance que los polluelos habían alcanzado momentos antes. Todo quedaba tranquilo durante unos cinco minutos, hasta que, de repente, el padre volvía a empezar sus extraños movimientos de hipo e inmediatamente volvía a estallar el tumulto. Los polluelos se despertaban de su sopor digestivo y se lanzaban contra el adulto, tratando cada uno de que su pico estuviera en el primer puesto. Una vez más todos eran aparentemente apuñalados hasta el corazón por el pico del padre, por turno, y luego, una vez más, volvían a adormecerse.

Los padres y las crías que ocupaban el nido donde filmamos el proceso de alimentar a las crías, eran conocidos, como forma conveniente de referencia, con el nombre de «los Jones». Bastante cerca del establecimiento de los Jones había otro nido donde vivía un polluelo solo, pequeño y subalimentado, a quien bautizamos Henrietta Vacantum. Henrietta era el producto de un hogar desgraciado. Sus padres eran, sospecho, o cortos de luces o simplemente vagos, porque les llevaba el doble de tiempo que a los otros pingüinos el sacar la comida de Henrietta, y cuando lo hacían era en unas cantidades tan minúsculas que ella estaba siempre hambrienta. Prueba de los hábitos de los padres era el desaliño del nido, una simple raspadura, apenas suficientemente profunda como para proteger a Henrietta de las inclemencias del tiempo, totalmente distinta a la villa, profunda y cuidadosamente excavada, de la familia Jones. Así que no es de extrañar que Henrietta nos produjera mucha lástima, con sus grandes ojos, y su apariencia de mal-cuidada y medio muerta de hambre. Siempre estaba al acecho de la comida, y como los Jones tenían que pasar por delante de su puerta camino de su pulcro nido, Henrietta siempre hacía valientes intentos para obligarles a regurgitar antes de llegar a su casa.

Esos esfuerzos eran generalmente en vano, y todo lo que lograba Henrietta con sus trabajos eran unos fuertes picotazos que desprendían sus plumas en grandes nubes. Se retiraba, descontenta, y miraba an-gustiada cómo los dos polluelos Jones, repulsivamente gordos, devoraban su comida. Pero un día, accidentalmente, Henrietta descubrió una forma de pellizcar algo de la comida de la familia Jones sin repercusiones desagradables. Esperaba hasta que Jones-padre empezaba los movimientos de hipo preliminares de la regurgitación y hasta que los polluelos Jones estaban girando frenéticamente alrededor, agitando sus alas y resollando, y entonces, en el momento crucial, se unía al grupo, acercándose al padre cuidadosamente por detrás. Resollando fuertemente y abriendo mucho el pico, metía la cabeza, bien por encima del hombro del padre, por decirlo así, o bajo su ala, pero siempre manteniendo cuidadosamente su posición detrás del padre para no ser reconocida. Jones-padre, con su prole acosándole con la boca abierta y la mente totalmente ocupada en la tarea de regurgitar una pinta de gambas, no parecía darse cuenta de la aparición de una tercera cabeza en la confusión general que le rodeaba, y, llegado el momento final, introducía la cabeza en el primer pico abierto que se le presentaba, con el aire ligeramente desesperado del pasajero de avión que agarra su bolsita de papel marrón al principio de la quincuagésima bolsa de aire. Sólo cuando se había desvanecido el último espasmo, y podía concentrarse en cuestiones externas, se daba cuenta Jones-padre de que había estado alimentando a un vastago ajeno, y entonces Henrietta tenía que andar

muy lista sobre sus grandes patas planas para escapar a sus iras. Pero incluso si no se movía con la suficiente rapidez, y recibía una paliza por su iniquidad, la complacida mirada de su rostro parecía argüir que habría valido la pena.

En los tiempos en que Darwin visitó esta región todavía quedaban restos de las tribus de indios patagones, empeñados en una inútil batalla contra su exterminio por parte de colonos y soldados. Se describía a estos indios como toscos e incivilizados y generalmente carentes de toda cualidad que les hiciera merecedores de un poco de caridad cristiana. Por lo tanto desaparecieron, como sucede con tantas especies animales cuando entran en contacto con las benéficas influencias de la civilización, y nadie, aparentemente, sintió su desaparición. En varios museos de distintos lugares de Argentina se ven unos pocos restos de su artesanía (lanzas, flechas, y demás) e, inevitablemente, un gran cuadro, bastante macabro, que trataba de reflejar el aspecto más desagradable del carácter de los indios, su lascivia. En todos esos cuadros aparece un grupo de indios, melencolios y salvajes, montando indómitos corceles haciendo cabriolas, mientras que el jefe del grupo estrecha inevitablemente, en su silla, a una mujer blanca vestida con ropas diáfanas y cuyo desarrollo pectoral daría que pensar a las actrices modernas de cine. En todos los museos el cuadro era casi igual, variando solo el número de indios y la expansión torácica de su víctima. Aunque esos cuadros eran fascinantes, lo que me sorprendía era que nunca había una obra similar que representara a un grupo de hombres blancos civilizados galopando con una voluptuosa mu-chacha india, y, sin embargo, esto había ocurrido con igual frecuencia —si no más— que el rapto de mujeres blancas. Este era un aspecto secundario de la historia, interesante y curioso. De todas formas, esas ingeniosas, aunque mal pintadas, escenas de rapto tenían un rasgo interesante. Estaban destinadas claramente a dar la peor impresión posible de los indios, y, sin embargo, lo que conseguían era dar la impresión de un pueblo bravo y bello y llevarle a uno a lamentar que ya no existiera. Así que cuando bajamos a la Patagonia busqué con avidez restos de esos indios, y pregunté a todo el mundo sobre ellos. Los relatos, desgraciadamente eran abundantes en exceso, y no me explicaban nada, pero en cuanto a los restos, resultó que no podía haber encontrado un sitio mejor que la metrópolis de los pingüinos.

Una tarde, al volver a la *estancia** después de una ardua jornada filmando, cuando estábamos bebiendo *mate* * alrededor del fuego, le pregunté al Sr. Huichi —por medio de María— si había habido muchas tribus indias en aquella región. Hice mis preguntas con delicadeza, porque me habían dicho que Huichi tenía sangre india y no estaba seguro de si estaba orgulloso de ello o no. El sonrió con su sonrisa lenta y suave y dijo que en sus *estancias** y en los alrededores de ellas había una de las mayores concentraciones de indios de Patagonia; de hecho, continuó, el lugar donde vivían los pingüinos todavía conservaba evidencia de su existencia. Pregunté con avidez qué clase de evidencia, Huichi sonrió de nuevo, y poniéndose de pie desapareció en la oscuridad de su habitación. Le oí sacar una caja de debajo de la cama; volvió con ella en las manos y la colocó sobre la mesa. Quitó la tapa, volvió el contenido sobre el mantel blanco y yo me quedé boquiabierto.

Había visto, como he dicho, restos distintos en los museos, pero nada comparable a esto. Porque Huichi volcó sobre la mesa un arco iris de objetos de piedra soberbios por su colorido y su belleza. Había puntas de flechas, desde las delicadas y frágiles del tamaño de la uña del meñique hasta las que tenían el tamaño de un huevo. Había cucharas hechas partiendo por la mitad grandes conchas marinas y limándolas cuidadosamente; había cacillos curvos de piedra para sacar los moluscos comestibles de sus conchas; había puntas de lanzas afiladas como cuchillas de afeitar; había bolas para las *boleadoras**, redondas como bolas de billar, con un canalillo alrededor de sus ecuadores, por así decirlo, por donde iba la correa de la que colgaban; eran tan perfectas que apenas podía creerse que una precisión así pudiera lograrse sin una máquina. Luego estaban los artículos puramente decorativos: las conchas pulcramente agujereadas para pendientes, el collar hecho de una piedra verde, lechosa, parecida al jade, bellamente combinada, el hueso de foca cincelado y tallado en forma de cuchillo, que, evidentemente, era más ornamental que útil. Su dibujo consistía simplemente en unas series de líneas, pero talladas con gran precisión.

Contemplé aquellos objetos con deleite. Algunas de las puntas de flecha eran tan pequeñas que parecía imposible que nadie pudiera haberlas hecho cincelándolas toscamente, pero si se las veía a plena luz se podía ver cómo se habían separado las delicadas esquirlas de piedra. Lo que era aún más increíble era que todas esas puntas de flecha, por pequeñas que fueran, tenían un borde minuciosamente dentado para hacerlas penetrantes y afiladas. Mientras examinaba los objetos, me chocó de repente su color. En las playas cercanas adonde estaban los pingüinos casi todas las piedras eran marrones o negras; para encontrarlas de colores atractivos había que buscar mucho. Y sin embargo, cada punta de flecha, por pequeña que fuera, cada punta de lanza, cada piedra en realidad, que se había usado, había sido claramente escogida por su belleza. Coloqué todas las puntas de flecha y lanza en hileras sobre el mantel y allí brillaron como las delicadas hojas de un árbol fabuloso. Las había rojas con una veta de un rojo más oscuro, como sangre seca; las había verdes, cubiertas con una fina tracería de blanco; las había de color blanco azulado, como nácar, y amarillas y blancas, cubiertas con manchitas de dibujos semiborrados, azules o negros, allá donde los jugos de la tierra habían manchado la piedra. Cada pieza era una obra de arte, de bella forma, tallada, afilada y pulida cuidada y minuciosamente, hecha con los guijarros más bellos que el artesano había encontrado. Se veía que estaban hechas con cariño. Y todo aquello, me recordé a mí mismo, lo habían hecho aquellos indios bárbaros, toscos, salvajes y totalmente incivilizados cuya extinción no parecía provocar el mínimo remordimiento en nadie.

Huichi parecía encantado de que yo mostrase un interés y una admiración tan claros por aquellos restos y fue a su cuarto y desenterró otra caja. Esta contenía un arma extraordinaria, de piedra tallada: era como una pequeña pesa. La barra central que conectaba las dos bolas de piedra, grandes y mal formadas, cabía fácilmente en la palma de la mano, de forma que, luego, una gran bola de piedra quedaba encima del puño y otra debajo. Como todo ello pesaba unas tres libras, era un arma temible, capaz de partir un cráneo humano como si fuese un bejín. Lo siguiente que salió de la caja —que Huichi desenvolvió reverentemente de una hoja de papel de seda— parecía como si realmente hubiese sido tratado con la maza de piedra. Era la calavera de un indio, blanca como el marfil, con un gran agujero con los bordes astillados abierto en la parte superior del cráneo.

Huichi me explicó que a lo largo de los años, siempre que su trabajo le había llevado al rincón de la *estancia* * donde vivían los pingüinos, había buscado restos indios. Dijo que, al parecer, los indios habían utilizado mucho aquella zona, pero nadie sabía seguro con qué propósito determinado. Su teoría era que habían utilizado aquella gran zona llana donde ahora anidaban los pingüinos como una especie de «are-na» en la que los jóvenes de la tribu practicaban el tiro con arco y flechas, el lanzamiento de la lanza y el arte de enredar las patas de sus presas con las *boleadoras*. Al otro lado de las grandes dunas, dijo, se encontraban grandes montones de conchas vacías. Yo había reparado en aquellos grandes y blancos montones de conchas, algunos de los cuales abarcaban un área de un cuarto de acre con un espesor de unos tres pies, pero estaba tan absorto filmando a los pingüinos que no me había fijado en ellos más que de pasada. La teoría de Huichi era que esa zona había sido un lugar al que venían de vacaciones, una especie de Márgate de los indios, por decirlo así. Que iban allí a alimentarse de los abundantes y succulentos mariscos, a buscar, en la playa de guijarros, piedras con las que hacer sus armas y una agradable zona llana en la que practicar con ellas. ¿Qué otra explicación podía tener que se encontrasen allí esos grandes montones de conchas vacías, y, esparcidas por las dunas y por los guijarros, una cantidad tan grande de puntas de flecha y de lanza, collares rotos y, de vez en cuando, una calavera aplastada? Debo decir que la idea de Huichi me pareció sensata, aunque supongo que un arqueólogo profesional habría encontrado alguna forma de refutarla. Me horrorizó pensar en la cantidad de preciosas y delicadas puntas de flecha que debían haberse aplastado y hecho astillas bajo las ruedas del Land-Rover mientras conducíamos alegremente de acá para allá por la ciudad de los pingüinos. Decidí que al día siguiente, cuando terminásemos de filmar, buscaríamos puntas de flecha.

Resultó que al día siguiente tuvimos solamente unas horas de luz decente para filmar, así que dedicamos el resto del tiempo a gatear por las dunas, en curiosas posturas fetales, buscando puntas de flecha y otros restos indios. Pronto descubrí que no era ni remotamente tan fácil como parecía. Huichi, después de años de práctica, podía descubrir cosas con misteriosa exactitud desde una gran distancia.

— *Esto, una* —decía sonriendo, mientras señalaba con la punta del zapato un montón de guijarros. Yo miraba en el sitio indicado, pero no veía nada más que pedacitos de piedra sin trabajar.

— *Esto**, decía otra vez, e inclinándose cogía una bella punta de flecha con forma de hoja que había estado a cinco pulgadas de mi mano. Una vez que te la habían señalado, naturalmente, resultaba tan patente que te preguntabas cómo podías no haberla visto. Poco a poco, a lo largo del día, mejoramos, y nuestro montón de hallazgos empezó a aumentar, pero Huichi seguía experimentando un malvado placer en pasear erguido detrás de mí, mientras yo gateaba laboriosamente por las dunas, y tan pronto como yo consideraba que había registrado una zona minuciosamente, se agachaba y encontraba tres puntas de flechas que yo, por alguna razón, no había visto. Esto ocurría con una regularidad tan monótona que empecé a preguntarme, bajo la influencia de una espalda dolorida y unos ojos llenos de arena, si no estaría sacándose puntas de flecha de la manga, como un prestidigitador, y fingiendo que las encontraba sólo para tomarme el pelo. Pero luego mis poco amables dudas se disiparon, porque de repente Huichi se inclinó hacia adelante y señaló una zona de guijarros en que yo estaba trabajando.

—*Esto**, —dijo, e inclinándose me señaló una esquinita diminuta de piedra amarilla sobresaliendo bajo un montón de guijarros. La miré incrédulo. Luego la cogí suavemente entre los dedos y saqué de debajo de los guijarros una soberbia punta de flecha con un filo meticulosamente serrado. Había estado a la vista aproximadamente un cuarto de pulgada de la punta de flecha y aún así Huichi la había descubierto.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que yo me tomase la revancha. Avanzaba por una duna hacia la siguiente zona de guijarros, cuando mi pie tocó algo blanco y resplandeciente. Me agaché, y lo cogí, y vi con asombro que era una preciosa punta de arpón de unas seis pulgadas de largo, magníficamente tallada en hueso de oso marino austral. Llamé a Huichi y cuando vio lo que yo había encontrado se quedó atónito. Lo cogió con suavidad, lo limpió de arena, y luego le dio vueltas y vueltas en sus manos, sonriendo encantado. Explicó que una punta de arpón como ésa era una de las cosas más difíciles de hallar. El sólo había encontrado una y estaba tan aplastada que no había merecido la pena guardarla. Desde entonces había estado buscando, sin éxito, una en buen estado para añadirla a su colección.

Pronto se empezó a hacer tarde, y estábamos todos desperdigados por las dunas, encorvados y absortos en nuestra tarea. Yo rodeé un montículo de arena y me encontré en un diminuto valle entre las elevadas dunas, un

valle decorado con dos o tres árboles marchitos y carunculados. Me paré a encender un cigarrillo y a descansar mi espalda dolorida. El cielo se estaba poniendo rosa y verde como solía ponerse al atardecer, y, aparte del débil murmullo del mar y el viento, todo estaba en paz y en silencio. Caminé lentamente por el vallecito y de repente noté un ligero movimiento delante de mí. Un armadillo pequeño y muy peludo se escurría por las cimas de las dunas como un juguete mecánico, dedicado a la búsqueda vespertina de alimento. Lo estuve mirando hasta que desapareció al otro lado de las dunas y luego continué. Bajo uno de los matorrales me sorprendió ver a un par de pingüinos, porque generalmente no escogían esa arena fina para excavar sus nidos. Pero esta pareja había elegido este valle por quién sabe qué razones, y había escarbado y raspado un tosco agujero en el que se acurrucaba un único polluelo cubierto de piel. Los padres castañearon sus picos como advertencia y torcieron ja cabeza hasta mirarme de abajo arriba, muy indignados de que perturbase su soledad. Les miré un momento y entonces noté algo medio escondido en el montón de arena que habían escarbado para hacer su nido. Era algo liso y blanco. Me adelanté y, a pesar de la casi histeria de los pingüinos, arañé la arena. Allí, delante de mí había una calavera de indio perfecta que los pingüinos debían haber desenterrado.

Me senté con la calavera en las rodillas y fumé otro cigarrillo mientras la contemplaba. Me pregunté qué clase de hombre habría sido este indio desaparecido. Podía imaginármelo, en cuclillas en la orilla del mar, arrancando cuidadosa y hábilmente diminutas esquirlas de un trozo de piedra para hacer una de las preciosas puntas de flecha que ahora chirriaban y cloqueaban en mi bolsillo. Podía imaginármelo con su cara morena de finas facciones, y sus ojos negros, la melena hasta los hombros, su rica capa de piel de guanaco marrón ceñida, mientras se mantenía muy derecho en su caballo desherrado y salvaje. Miré las cuencas vacías de los ojos y deseé ardientemente haber conocido al hombre que había hecho algo tan bello como aquellas puntas de flecha. Me pregunté si debía llevarme la calavera a Inglaterra y ponerla en el lugar de honor de mi estudio, rodeada de sus obras de arte. Pero entonces miré en torno mío y decidí no hacerlo. El cielo tenía ahora el azul intenso del crepúsculo, con borrones rosas y verdes de nubes. El viento hacía escurrirse la arena en diminutos riachuelos que siseaban suavemente. Los extraños matorrales con formas de brujas crujían agradable y musicalmente. Pensé que al indio no le importaría compartir su última morada con los animales de la que antaño fuera su tierra, los pingüinos y los armadillos. Así que excavé un agujero en la arena, coloqué en él la calavera y la cubrí con cuidado. Cuando me puse de pie, mientras las sombras se extendían con rapidez, el lugar parecía impregnado de tristeza, y la presencia de los indios desaparecidos parecía muy cercana. Casi podía creer que si miraba rápidamente por encima del hombro, podría ver a uno a caballo, su silueta recortada sobre el color del cielo. Me sacudí esa sensación por fantástica, y regresé al Land-Rover.

Mientras volvíamos a la *estancia**, traqueteando con estrépito en el atardecer, Huichi, dirigiéndose a Marie, dijo en voz baja:

—Sabe, *señorita**, ese lugar siempre parece triste. Se siente mucho la presencia de los indios allí. Están alrededor de uno, sus espíritus, y a uno le dan lástima porque no parecen espíritus felices.

Esa había sido exactamente mi sensación.

Al día siguiente, antes de irnos, di a Huichi la punta de arpón que había encontrado. Me partió el corazón dársela, pero Huichi había hecho tanto por nosotros, que parecía un pago muy pequeño por su amabilidad. Se puso muy contento, y sé que esa punta de arpón estará ahora reverentemente envuelta en papel de seda en la caja que tiene bajo su cama, no muy lejos de donde debería estar, enterrada en las grandes dunas resplandecientes, sintiendo sólo la arena moverse cuando los pingüinos andan pesadamente por encima.

Capítulo 3 Un enjambre de oro

Parecían ser de disposición cariñosa, y se tendían todos apiñados, profundamente dormidos, como si fueran cerdos.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*.

La colonia de pingüinos cercana a la *estancia** de Huichi había sido nuestro objetivo más meridional. Dejando atrás Deseado, nos dirigíamos ahora al norte, a través de la tierra llana de matorral violáceo, hacia la Península de Valdés, donde, me habían asegurado, encontraría grandes colonias de osos marinos australes, y la única colonia de elefantes marinos que quedaba en Argentina.

La Península de Valdés, está en la costa de la provincia de Chubut. Es una masa de tierra de forma parecida a un hacha, de unas ochenta millas de largo por treinta de ancho. La península es casi como una isla, conectada con el continente por un istmo tan estrecho que, al atravesarlo en coche, se ve el mar a los dos lados de la carretera. Entrar en la península fue como llegar a una tierra distinta. Durante días habíamos avanzado a través del paisaje monótono y monocromático de la Patagonia, liso como una mesa de billar y aparentemente desprovisto de vida. Pero al llegar al estrecho istmo, al otro lado del cual se encontraba la península, de pronto el paisaje cambió. En lugar de los matorrales pequeños y espinosos que se extendían, morados, hacia el horizonte, llegamos a un paisaje amarillo botón de oro, porque los arbustos eran más grandes, más verdes y estaban cubiertos de una masa de florecillas pequeñísimas. El campo ya no era llano, sino suavemente ondulado, extendiéndose hasta el horizonte como un mar amarillo brillando al sol.

No sólo había cambiado el paisaje de colorido y de talante, sino que además había vuelto súbitamente a la vida. Avanzábamos por la carretera de tierra roja, salpicada con liberalidad de baches que nos partían la espalda, cuando, de pronto, percibí un rápido movimiento en el monte bajo al lado de la carretera. Arrancando la mirada de los baches, dirigí la vista hacia la derecha e inmediatamente apliqué los frenos con tanta fuerza que hubo protestas indignadas de todos los miembros femeninos de la expedición. Pero me limité a señalar, y se callaron.

A un lado de la carretera, hundidos hasta la rodilla en los arbustos amarillos, había una manada de seis guanacos, mirándonos con aire de inteligente interés. Los guanacos son los parientes salvajes de las llamas, y yo había esperado ver un animal más o menos rechoncho como ellas, y con una piel de color marrón sucio. Al menos, recordaba que era así el que había visto en un zoo hacía muchos años. Pero, o mi memoria me había engañado, o el que yo había visto era un ejemplar extraordinariamente alicaído. Realmente, no me había preparado en absoluto para el magnífico espectáculo que ofrecían esos guanacos salvajes.

El que consideré que sería el macho de la manada estaba ligeramente adelantado a los otros, y a unos treinta pies de nosotros. Tenía las patas largas y delgadas, de caballo de carreras, un cuerpo estilizado y un cuello largo y gracioso que recordaba al de las jirafas. La cara era más larga y fina que la de la llama, pero tenía la misma expresión arrogante. Sus ojos eran oscuros y enormes. Sacudía las orejas, pequeñas y bien formadas, mientras levantaba la barbilla como si nos mirara a través de unos impertinentes imaginarios. Detrás de él, formando un grupo compacto y tímido, estaban sus tres esposas y dos bebés, del tamaño de un terrier, y con unos ojos tan grandes e inocentes que provocaron suspiros de admiración y gorjeos extrañamente antropomórficos, entre los miembros femeninos de la expedición. En lugar del deslustrado marrón que yo esperaba, esos animales casi relucían. El cuello y las patas eran de un brillante color amarillento, del color del sol reflejándose en la arena, mientras que sus cuerpos estaban cubiertos de un espeso vellón de rico color tostado. Pensando que quizá no volviéramos a encontrar otra oportunidad, decidí bajar del Land-Rover y filmarlos. Cogiendo la cámara, abrí la puerta con mucho cuidado. El guanaco macho adelantó las dos orejas y miró mi maniobra con mani-fiesta sospecha. Lentamente cerré la puerta del Land-Rover y empecé a levantar la cámara. Pero eso fue suficiente. No les había preocupado que saliese del vehículo, pero cuando empecé a levantar un objeto negro sospechosamente parecido a una escopeta— hasta mi hombro, no pudieron

aguantar más. El macho profirió un gruñido ronco, giró y echó a correr al galope, empujando a las hembras y a los cachorros. Los cachorros se inclinaban a pensar que se trataba de una broma y empezaron a dar cabriolas en círculo, hasta que su padre les llamó al orden con unas cuantas patadas bien dirigidas. Cuando llegaron a cierta distancia de nosotros, disminuyeron la velocidad del enloquecido galope del principio y cambiaron a un medio galope más sosegado y ceremonioso. Parecían, con sus pieles castañas y amarillas, unos extraños animales de pan de jengibre, montados sobre balancines, subiendo y bajando a través de la maleza dorada.

Mientras atravesábamos la península vimos muchos más grupos de guanacos, generalmente en grupitos de tres o cuatro, pero una vez vimos un grupo en lo alto de una colina, con sus siluetas dibujadas contra el cielo azul, y conté ocho individuos en la manada. Noté que las manadas eran más frecuentes hacia el centro de la península e iban escaseando conforme nos dirigíamos a la costa. Pero dondequiera que se encontrasen eran animales precavidos, nerviosos, dispuestos a salir al galope a la mínima sospecha de algo raro, porque los ganaderos del lugar les persiguen y han aprendido por amarga experiencia que la sensatez es preferible al valor.

Avanzada la tarde, nos encontrábamos cerca de Punta del Norte, en la costa oriental de la península, y la carretera se había desvanecido transformándose en un par de débiles huellas de ruedas que avanzaban a través de la maleza con tantos recovecos y tan confusamente que me hacían dudar de que realmente llevasen a algún sitio. Pero, precisamente, cuando ya estaba empezando a pensar que nos habíamos equivocado de camino, vi no muy lejos una pequeña "estancia" blanca, con las contraventanas, completamente cerradas, y, a su izquierda, un amplio granero holandés, o *galpón**. Sabía que el *galpón*" era generalmente el centro de toda actividad en una *estancia**, así que llegué hasta él y me detuve. Tres perros, grandes y gordos aparecieron de inmediato, ladrándonos vigorosamente, y luego, convencidos de haber cumplido con su deber, se dedicaron a la fascinante tarea de regar las ruedas del Land-Rover. Tres peones salieron del granero, morenos, flacos y con aspecto bastante rudo, con anchas sonrisas de complacencia. Era evidente que estaban encantados de vernos, porque era raro ver a extraños. Insistieron en que entrásemos en el granero, trajeron sillas para que nos sentásemos y en media hora habían matado una oveja y estaban preparando un *asado**, mientras nosotros, sentados, bebíamos vino y les contábamos a qué habíamos ido.

Estaban fascinados con la idea de que yo hubiera ido desde Inglaterra sólo para atrapar y filmar *bichos**, y, sin duda, pensaban que yo estaba poco menos que loco, aunque eran demasiado educados para decirlo. Respecto a los osos y los elefantes marinos, nos fueron de gran ayuda y nos informaron bien. Los elefantes marinos, nos explicaron, habían tenido y criado ya a sus bebés. Eso significaba que ya no se les encontraba en un punto de la playa cercano al lugar donde estaban los osos marinos, un lugar que hacía las veces, por así decirlo, de clínica de maternidad. Ahora se movían por la costa según les apetecía, y eran difíciles de encontrar, aunque había uno o dos sitios que les gustaban especialmente y donde quizá podrían ser localizados. A esas guaridas preferidas las llamaban, con mucha gracia, *elefanterías**. Los peones marcaron en el mapa las zonas en las que se encontraban las *elefanterías**, y luego me enseñaron dónde vivía la mayor concentración de osos marinos. Esos, dijeron, serían más fáciles de encontrar, porque todavía tenían crías y, por lo tanto, estaban aún apiñados en la playa y era fácil llegar hasta ellos. Además, prosiguieron los peones, había una buena zona llana y con hierba, protegida del viento por todos lados por una suave elevación del terreno. Animados por estas noticias, bebimos más vino, comimos grandes cantidades de oveja asada y luego nos encaramamos otra vez al Land-Rover y salimos en busca de un sitio en que acampar.

Lo encontramos sin grandes dificultades, y era tan bueno como habían asegurado los peones, una pequeña llanura cubierta de hierba áspera y con algunos grupos de matas retorcidas y secas. Por tres lados, la llanura estaba protegida por un reborde curvo de colinas bajas, cubiertas de matorrales amarillos y en el cuarto lado había una alta pared de guijarros que la separaba del mar. Esto nos proporcionaba cierto cobijo, pero aún así había un viento fuerte y persistente que soplaba desde el mar y que ahora, avanzada ya la tarde, era muy frío. Se decidió que los tres miembros femeninos de la expedición dormirían dentro del Land-Rover y que yo dormiría debajo de él. Luego hicimos un agujero en la tierra, recogimos ramas secas y encendimos un fuego para hacer té. Había que tener mucho cuidado con el fuego porque estábamos rodeados por acres y acres de maleza seca como la yesca, y si no se tenía cuidado, el viento podía levantar la hoguera entera en el aire y dejarla caer entre los matorrales. Me aterrorizaba pensar en lo que sería el incendio resultante.

El sol se instaló en un nido de nubes rosas, escarlata y negras y hubo un breve crepúsculo verde. Después oscureció y una enorme luna amarilla apareció y nos miró agazapados en torno al fuego, apiñados y con toda la ropa que podíamos ponernos encima, porque el viento era ahora cortante. Pronto el grupo del Land-Rover trepó al interior del vehículo, con mucho refunfuño y discusión sobre donde debían ir los pies de cada una, y yo cogí mis tres mantas, eché tierra al fuego, y me organicé una cama debajo del eje posterior del Land-Rover. A pesar de llevar tres jerseys, dos pares de pantalones, una trenka y un gorro de lana, y a pesar de estar envuelto en tres mantas, todavía tenía frío y me quedé medio dormido temblando, mientras tomaba nota mentalmente de que al día siguiente reorganizaría la forma en que dormiríamos.

Me desperté en ese silencio suavemente iluminado que precede al alba, cuando hasta el sonido del mar parece amortiguado. El viento había cambiado de dirección durante la noche, y las ruedas del Land-Rover ya no me protegían de él. Las colinas de alrededor se recortaban negras contra el cielo azul verdoso del amanecer y no había más ruido que el silbido del viento y el débil ronquido del oleaje. Me estremecí de frío, tumbado en mi capullo de ropas y mantas, y debatí si debía o no levantarme y encender el fuego para hacer algo de té. Por mucho frío que tuviera bajo mis ropas, todavía estaba unos grados más caliente que andando por ahí recogiendo ramas, así que decidí quedarme donde estaba. Precisamente estaba intentando introducir la mano en el bolsillo de la trenca para coger un cigarrillo sin que entrase en mi capullo semicaliente el viento que aullaba, cuando me di cuenta de que teníamos visita.

De pronto, como por encanto, tenía un guanaco delante de mí. Estaba a unos veinte pies de distancia, bastante quieto, y me vigilaba con aire de sorpresa y disgusto mientras sacudía las bonitas orejas hacia adelante y hacia atrás. Volvió la cabeza olfateando la brisa y vi su perfil contra el cielo. Tenía la expresión arrogante de su raza, el gesto ligeramente despectivo de un aristócrata, como si supiera que yo había dormido vestido las tres últimas noches. Levantó delicadamente una de las patas delanteras y me escudriñó atentamente. No sé si en ese momento la brisa le llevó mi olor, pero de pronto se puso rígido y, después de un momento de meditación, eructó.

No fue un eructo accidental, esa momentánea falta de buenos modales a la que todos estamos expuestos en ocasiones. Fue un eructo premeditado, rico y prolongado, con todo el fervor del Oriente. Se detuvo un momento, mirándome para asegurarse de que su comentario sobre mí me había hecho sentirme debidamente humilde; luego se dio la vuelta, desapareció tan deprisa como había llegado, y pude oír el débil susurro de sus patas rozando los matorrales. Esperé un poco a ver si volvía, pero, naturalmente, se había ido a ocuparse de sus cosas, así que encendí mi cigarrillo y seguí echado, tiritando y fumando hasta que salió el sol.

Una vez que desayunamos y todo el mundo estuvo más o menos consciente, desenganchamos el remolque, sacamos todo el equipo del Land-Rover, lo amontonamos en el suelo y lo cubrimos con telas enceradas, revisamos el equipo fotográfico, hicimos bocadillos y café y luego salimos en busca de los osos marinos. Los peones nos habían dicho que si conducíamos como a media milla o así por el sendero y luego nos desviábamos, a campo través, hacia el mar, encontraríamos fácilmente la colonia. Lo que, desde luego, no nos dijeron, fue que conducir a campo través era una experiencia que destrozaba los nervios y la columna, porque el terreno era extraordinariamente rugoso y estaba cubierto de hoyos, y la mayoría de esas trampas mortales estaba bajo las matas de modo que no te dabas cuenta de que había una hasta que ya te habías estrellado contra ella, mientras los matorrales chirriaban contra los lados del Land-Rover produciendo un sonido parecido al ataque de risa estridente de un loco. Por fin decidí que, a menos que quisiéramos tener un pinchazo o romper un amortiguador, era preferible seguir la búsqueda a pie, así que cuando encontré un trozo de tierra más o menos llano, aparqué el Land-Rover y salimos. Al momento percibí un extraño sonido, como el rugido frenético de una multitud de espectadores de fútbol que se oyera desde lejos. Anduvimos hundidos hasta la cintura entre los arbustos dorados hasta que llegamos al borde de un pequeño acan tilado, y allí a nuestros pies, en la playa de guijarros, al borde de las olas espumantes, estaba la colonia de osos marinos.

Cuando llegamos a esa ventajosa posesión, el ruido de los animales nos golpeó —rugido, balido, gorjeo y tos—, una ondulación constante de sonidos, como el hervor de un enorme caldero de gachas. La colonia constaba de unos setecientos animales que yacían alineados a lo largo de la playa en una franja de unos diez o doce en fondo, tan apretujados los unos contra los otros que, al girar y al moverse al sol, resplandecían como el oro, como un inquieto enjambre de abejas. Olvidando que quería filmar me senté en el borde del acantilado, mirando completamente extasiado ese magnífico grupo de animales.

Al principio —como había pasado en el caso de la colonia de pingüinos—, ocurrían tantas cosas a la vez, había tal confusión y tal ruido, que nos quedamos perplejos, moviendo los ojos constantemente de un lado a otro de esta enorme placa viviente, esforzándonos por captar e interpretar cada movimiento, hasta que empezamos a sentirnos mareados. Pero, pasada la primera hora, cuando se nos pasó un poco la sorpresa de ver una masa tan magnífica de animales desde tan cerca, pudimos concentrarnos.

Los primeros en capturar y retener nuestra atención fueron, por su volumen, los machos adultos. Eran los animales más extraordinarios e imponentes que he visto en mi vida. Estaban sentados con la cara dirigida hacia el cielo, con el áspero cuello inclinado hacia detrás de modo que la grasa quedaba plegada formando como festones, escudriñando el cielo, con sus caras gordas y abotargadas y sus narices respingonas, con la pomposa arrogancia del Humpty Dumpty de Tenniel. Tenían un físico de boxeadores, sus tremendos hombros musculosos disminuían gradualmente hasta los delgados cuartos traseros y terminaban, incongruentemente, en un par de miembros bastante ridículos. Los pies tenían dedos largos y delgados cuidadosamente unidos por una membrana, así que la impresión era que la foca llevaba, por razones sólo conocidas por ella misma, un par de aletas de hombre-rana muy elegantes. Algunas veces veías un viejo macho durmiendo extendido en la arena llorando a

lágrima viva y roncando para sí, mientras que al otro extremo de su cuerpo agitaba sus grandes aletas de un lado a otro, poniendo los dedos en punta con la gracia y la delicadeza de una bailarina de Bali. Cuando andaban, las enormes aletas de rana sobresalían a cada lado, y, como el movimiento del cuerpo del animal se parecía mucho a una rumba, el efecto era extremadamente divertido. El color de los machos iba desde el chocolate hasta un rico marrón tostado, apagándose hasta un castaño bermejo en la piel áspera del cuello y los hombros. Esto formaba un bonito contraste con las hembras que eran mucho más pequeñas e iban ataviadas con pieles doradas o plateadas. Mientras los maridos eran animales enormes y torpes como tanques, las esposas eran delgadas, sinuosas y eróticas, con sus caras bonitas y puntiagudas y sus grandes ojos tiernos. Eran la personificación de la feminidad, gráciles en sumo grado, bellas, coquetas y, al mismo tiempo, cariñosas. Eran criaturas deliciosas y decidí que si tenía la oportunidad de ser animal alguna vez en esta vida, escogería ser un oso marino para disfrutar de una esposa tan maravillosa.

Aunque disponían de unas seis millas de playa, la colonia prefería estar en apretada conglomeración, cubriendo un área de aproximadamente un cuarto de milla de longitud. Me daba la impresión de que si se hubieran separado una pizca más, la colonia habría tenido la mitad de problemas, porque apiñados como estaban, cada macho estaba en un estado constante de nervios respecto a su grupito de hembras, y por toda la colonia estallaban peleas constantemente. Mucha de la culpa era, me temo, de las hembras que —tan pronto como creían que su marido no las vigilaba— ondulaban grácilmente por la arena hasta el grupo más cercano y allí se sentaban mirando al macho con ojos lánguidos. Solo un fiel oso marino presbiteriano habría podido resistir el atractivo de aquellos tiernos ojos suplicantes. Pero antes de que ocurriera infidelidad alguna, el marido contaba rápidamente sus esposas y descubría que le faltaba una. Tan pronto como la localizaba, se lanzaba en su busca esparciendo con su enorme mole una ducha de guijarros mientras que de su boca, provista de grandes colmillos blancos, salía un prolongado rugido gutural, como el de un león. Al alcanzarla, la cogía por el cogote y la sacudía salvajemente de lado a lado. Luego, dando un tirón con la cabeza, la lanzaba rodando por la arena hasta su harén.

Para entonces, el otro macho tenía ya los nervios de punta. Le parecía que el marido estaba demasiado cerca de sus esposas para sentirse tranquilo, así que arremetía con la boca abierta, profiriendo unos aterradores gritos guturales, y los dos trababan batalla. La mayor parte de esas peleas eran combates simulados, y después de mucho abrir la boca, rugir, y arremeter, el honor quedaba satisfecho. De vez en cuando, sin embargo, los dos machos perdían el control, y entonces era un espectáculo increíble y aterrador ver como dos criaturas tan voluminosas y con un aspecto tan de hidrópicos podían convertirse en unos luchadores tan ligeros, diestros e implacables. Los guijarros se agitaban mientras las dos colosales criaturas se lanzaban dentelladas y embestían, la una contra el cuello de la otra, mientras la sangre salpicaba a un fascinado público de hembras y crías. Una de las estratagemas favoritas en esas peleas consistía en avanzar ondulado por los guijarros hacia el oponente, sacudiendo la cabeza de lado a lado, como un boxeador amagando. Luego, cuando uno llegaba suficientemente cerca, arremetía hacia adelante y, con un mordisco de lado y hacia abajo, trataba de rasgar la espesa piel del cuello de su adversario. La mayoría de los machos viejos de la playa tenían heridas recientes o cicatrices blancas decorando sus cuellos, y uno que vi parecía que le hubiesen hecho un corte con un sable, porque la herida tenía unas dieciocho pulgadas de longitud y, al parecer, unas seis pulgadas de profundidad.

Cuando un macho volvía contoneándose a donde estaban sus esposas, después de una de esas batallas, ellas le rodeaban, llenas de admiración y amor, alargando sus cuellos sinuosos tratando de llegar a frotar sus hocicos contra su cara y besarle, frotando sus cuerpos de oro y plata contra el barril de su pecho, mientras él miraba arrogante al cielo, condescendiendo de vez en cuando a inclinar su cabeza y morder suavemente a una de sus hembras en el cuello.

Mucha de la tensión nerviosa que sufrían los machos con esposas, y muchas de las peleas, se debían a los machos solteros. Esos eran alegres machos jóvenes, mucho más delgados y menos musculosos que los viejos, que habían sido incapaces de conseguirse una o varias hembras al principio de la estación reproductiva, cuando tienen lugar las batallas para el apareamiento. Esos machos jóvenes pasan la mayor parte del tiempo durmiendo al sol, o nadando en el agua poco profunda de la orilla del mar. Pero de vez en cuando se ven impelidos por un endiablado deseo de irritar a los mayores, superiores a ellos. Paseaban contoneándose por toda la colonia, con sus grandes pies de rana sobresaliendo a los lados, mirando a su alrededor con un aire de benévola inocencia como si no cupiera un mal pensamiento en sus cabezas. Entonces, al pasar junto a un grupo familiar en cuyo centro estaba sentado un macho viejo mirando las estrellas, el joven soltero viraba bruscamente y comenzaba a correr ondulantemente, ganando velocidad según se iba acercando al grupo. Las hembras se desperdigaban corriendo como locas cuando él se lanzaba a través de su círculo, él se arrojaba contra el macho viejo, le daba un mordisco rápido en el cuello, y se alejaba ondulado rápidamente antes de que el macho viejo se diese cuenta de qué era lo que estaba pasando. Entonces con un rugido de rabia, el macho viejo se lanzaba a perseguirle, pero para entonces el alegre soltero había llegado al mar y se había zambullido en el agua, así que el viejo macho, gruñendo para sí volvía a recoger a sus hembras diseminadas, y se colocaba en medio de ellas preparándose para otro período de investigación astronómica.

Los que parecían llevar una vida más descuidada y placentera eran los machos jóvenes, pero completamente adultos, que habían conseguido sólo una hembra. Generalmente estaban un poco apartados del núcleo de la colonia, con su hembra y su cachorro, y pasaban mucho tiempo durmiendo. Podían permitirse ese lujo porque, evidentemente, era más fácil controlar a una de esas fogosas hembras que intentar arreglárselas con los caprichos de seis o siete. Tuve la suerte de ver una de esas parejas de recién casados consumando su matrimonio, por así decirlo, y nunca he visto un juego amoroso tan bonito y delicado entre dos animales.

El joven macho había escarbado el equivalente de una casita de luna de miel para osos marinos en la zona de guijarros cercana al pie del acantilado desde donde yo filmaba. Esta casita consistía en un agujero amplio y profundo, escarbado con sus aletas delanteras, de forma que la capa superior de guijarros calientes había sido levantada dejando a la vista la capa fresca y húmeda de debajo. Estaba tumbado en este agujero con su esposa en una postura muy típica, con su gran cabeza reposando en la espalda de ella, que dormía en ángulo recto con él. Habían estado acostados así, casi inmóviles, durante toda la mañana. Ahora, al mediodía, con el sol ardiendo directamente sobre sus cabezas, empezaban a mostrarse inquietos. El macho empezó a agitar su aleta posterior de un lado a otro en el aire, a mover su cuerpo con desasosiego, a coger paletadas de guijarros con la aleta y a echársela en la espalda, en un esfuerzo por refrescarse. La hembra, molesta con sus movimientos, se despertó, miró a su alrededor, bostezó ampliamente y luego se volvió a echar con un suspiro profundo de satisfacción, mirando plácidamente alrededor con sus grandes ojos oscuros. Después de unos minutos de contemplación, giró en redondo de forma que se puso al lado del macho, privándole de su almohada. El gruñó roncamente, protestando, y levantándose con esfuerzo, se echó sobre la espalda de ella, dejándola medio oculta con su cuerpo. Luego cerró los ojos y se dispuso a dormir. Pero su esposa, con la mole de su cónyuge medio cubriéndola, tuvo otra idea. Se dio vuelta de lado, de forma que el cuerpo de barril del macho se deslizó de su espalda y cayó con un crujido sobre los guijarros. Entonces ella se inclinó hacia él y empezó a morderle la boca y la barbilla, con mucha delicadeza, lenta y lánguidamente. El macho continuó con los ojos bien cerrados, y soportó aquellas caricias, sólo lanzando algún ronquido como si estuviese muy molesto. Pero al fin le sedujo el juego amoroso de la hembra y abrió los ojos y empezó a morder la nuca satinada de ella. Con esos signos de afecto de su señor, la hembra empezó a jugar como un cachorro, rodando y escabullándose bajo su enorme cabeza, mientras él la mordía, mordisqueándole el pecho de palomo y profiriendo suaves resoplidos por la nariz, de forma que sus largos bigotes se ponían de punta como abanicos de hilo de cristal alrededor de su bonito hocico. Mientras ella se contorsionaba sobre los guijarros, él inclinó la cabeza y olisqueó con delicadeza sus cuartos traseros como un orondo y viejo *gourmet* saboreando el aroma de un exquisito coñac. Luego se arrastró despacio y pesadamente sobre ella y la penetró. Ahora ella estiraba su cara hacia la de él, de forma que sus bigotes se entrelazaban, le mordía la nariz y la garganta y él a su vez le absorbía el cuello y la garganta con mordiscos salvajemente controlados. Sus cuartos traseros ondulaban juntos, no con rapidez, urgente y crudamente como en la mayoría de los animales, sino con cuidado, con movimientos suaves y precisos como la miel que se vierte de un frasco. Pronto, estrechamente entrelazados, alcanzaron el estremecimiento del clímax y descansaron. El macho se arrastró hasta dejarse caer al lado de la hembra, y así se quedaron, mordisqueándose suavemente las bocas y las caras con una ternura admirable. Todo el acto había sido muy bello de contemplar, y era una lección de control en el acto amoroso de la que muchos seres humanos deberían tomar ejemplo.

Hasta ahora no he mencionado a los cachorros, que constituían una parte importante y divertida de la colonia. Había cientos de ellos y se movían constantemente como borrones vivientes de tinta negra entre la masa de adultos que dormían, hacían el amor o se peleaban. Dormían tumbados en los guijarros en las posturas más extraordinariamente abandonadas, como si en realidad fuesen globos medio desinflados. De repente uno se despertaba y descubría que su madre no estaba allí, y entonces se levantaba sobre sus aletas y avanzaba teazadamente por la playa, con el extraño movimiento de rumba de las focas adultas. Plantando sus aletas en los guijarros con gran decisión, se paraba cada pocas yardas, abría de par en par su boca rosa, y balaba con desesperación como un corderito. Luego, después de vagar un rato en busca de sus padres, su jactancia y su fuerza le abandonaban, se dejaba caer sobre la barriga y se sumía casi de inmediato en un profundo sueño reparador.

Parecía funcionar una especie de sistema de guarderías para algunos cachorros, porque en algunos sitios había grupos de ellos, quizá diez o veinte juntos, que parecían montoncitos de carbón de formas curiosas. Solía haber un macho adulto o un par de hembras durmiendo cerca, aparentemente a cargo de la guardería, porque si uno de los bebés se salía de la zona invisible que formaba la guardería, uno de los adultos se levantaba, iba ondulando tras él, le cogía con su bocaza, le daba un buen meneo y le tiraba otra vez a la guardería. A pesar de observarlos con detenimiento, no fui capaz de decidir satisfactoriamente si esos grupos de bebés eran la prole de una familia de focas o si eran una mezcla de varias familias. Si venían de varias familias entonces esos grupos de bebés formaban, efectivamente, una especie de escuela maternal o jardín de infancia, donde los adultos aparcaban a los cachorros mientras se iban al mar a nadar o a comer. Yo quería filmar el comportamiento diario de aquellos cachorros pero, para hacerlo, tenía que escoger a uno determinado, y como todos eran idénticos en tamaño y en color, resultaba muy difícil. Precisamente cuando ya había empezado a desesperar, encontré un cachorro reconocible. Era evidente que había nacido más tarde que los otros porque era la mitad de grande que ellos, pero lo que le faltaba en tamaño lo compensaba con creces con su firmeza y su personalidad.

Cuando me fijé por primera vez en Oswald (así fue como le bautizamos) estaba ocupadísimo merodeando en torno a una larga cinta de alga verde brillante que había sobre los guijarros y que él claramente tomaba por una especie de serpiente marina monstruosa que amenazaba a la colonia. El cachorro se acercaba lentamente a ella, con la vista nublada, y se paraba a una yarda más o menos, a husmear. Un ligero viento sacudió el extremo de alga y, ante este despliegue claramente amenazador, Oswald se dio la vuelta y se alejó brincando tan lejos como sus aletas pudieron llevarle. Se detuvo a una distancia prudencial y escudriñó por encima del hombro, pero el viento se había apagado y el alga estaba quieta. Volvió a acercarse con precaución, parándose a olfatear a unos seis pies de distancia, temblando y con el cuerpecito rechoncho en tensión preparado para echar a correr al menor movimiento. Pero el alga estaba quieta al sol, reluciendo como una cinta de jade. Se acercó a ella despacito y con cuidado, dando casi la impresión de que iba de puntillas sobre sus grandes aletas planas, y contuvo la respiración por lo que pudiera ocurrir. Pero el alga seguía sin hacer ningún movimiento. Animado por esa muestra de cobardía, Oswald decidió que era su deber salvar a la colonia de aquel enemigo visiblemente peligroso, que podía cogerles por sorpresa. Movi6 su trasero de un lado a otro ridiculamente hasta que sus aletas posteriores estuvieron bien agarradas a los guijarros y se lanzó contra el alga. En su entusiasmo se excedió, y acabó aterrizando con la nariz, haciendo saltar los guijarros, pero agarrando firmemente con la boca un gran trozo de alga. Se sentó, con el alga colgando de ambos lados de su boca como un gran bi-gote verde, muy complacido de haber dejado a su enemigo totalmente inutilizado, al parecer, con su primer mordisco. Sacudió la cabeza de lado a lado, haciendo que el alga se agitase, y luego se levantó torpemente y salió al galope por la playa, arrastrando el alga a cada lado y sacudiendo vigorosamente la cabeza de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que su víctima estaba realmente muerta. Estuvo jugando con el alga durante un cuarto de hora, hasta que no quedaron de ella más que unos restos deshilachados. Entonces se echó al suelo sobre los guijarros, exhausto, con los restos del alga enrollados en torno a su est6mago como una faja y se sumió en un profundo sueño.

Al cabo de un rato se despertó y se acordó de que al principio, antes de que el alga le distrajera, estaba buscando a su madre. Así que se puso lentamente de pie y se marchó por la playa balando con mucho sentimiento. De pronto, en medio de su pena, vio una gaviota sobre los guijarros, cerca de él. Olvidándose de su madre, decidió dar una lección a la gaviota, así que se encorvó indignado y avanzó ferozmente, a paso de rumba, hacia ella. La gaviota, con cara de pocos amigos, le miraba acercarse con el rabillo del ojo. Oswald anduvo ondulando por los guijarros, jadeando un poco, como quien ha tomado una decisión irreversible, mientras la gaviota le miraba sardónicamente. Cada vez que Oswald atacaba, la gaviota se movía de lado limpiamente, dando unos pasitos ligeros con sus patas palmeadas, con el aire de un torero profesional eludiendo a un toro inexperto. Esto ocurrió cuatro veces y luego la gaviota se aburrió. A la siguiente carga de Oswald, abrió las alas, las agitó perezosamente un par de veces y planeó suavemente por la playa hacia un lugar más tranquilo.

Oswald, desaparecido el objeto de su ira, se acordó de repente de su madre y se lanzó en su busca, balando fuertemente. Se dirigió hacia la parte más concurrida de la colonia, una masa embarullada de machos y hembras que disfrutaban de una siesta. Oswald avanzó trabajosamente por encima de ellos, pasando con total imparcialidad por encima de machos y hembras, gateando sobre sus espaldas, pisándoles la cola y plantándoles las aletas en los ojos. Dejó tras de sí una estela de adultos enfurecidos, despertados de su sueño reparador por una gran aleta llena de guijarros plantada en la parte más vulnerable de su anatomía. En un momento determinado, Oswald descubrió una hembra tumbada boca arriba, con las tetas expuestas a los rayos del sol, y decidió que aquella era una buena oportunidad para tomar un refrigerio. Acababa de agarrar firmemente uno de los pezones y se disponía a beber del alimento vivificante, cuando la hembra se despertó y le miró. Por un momento le contempló con ternura, porque todavía estaba medio dormida, pero de pronto se dio cuenta de que no era su hijo sino un miserable intruso sirviéndose un refresco gratis. Con un gruñido de cólera, la hembra se inclinó, metió la nariz debajo de su redonda barriguita, y con una rápida sacudida de la cabeza, mandó a Oswald dando volteretas por el aire a aterrizar en la cabeza de un macho que dormía. Al macho no le hizo ninguna gracia, y Oswald tuvo que andar listo sobre sus aletas para escapar al castigo. Siguió caminando con tenacidad sobre las cordilleras de focas dormidas y finalmente resbaló, mientras trataba de salvar una hembra particularmente rotunda, y se cayó sobre un joven macho que dormía a su lado. El macho se sentó, gruñó indignado, y agarró a Oswald con su gran boca antes de que el cachorro pudiera escapar. Oswald quedó allí colgando, por el cogote sin moverse, mientras el macho decidía qué era lo mejor que podía hacerse con él. Por fin decidió que una leccioncita de natación no le perjudicaría, así que se dirigió torpemente hacia la orilla del mar con Oswald colgando de su boca lacio como un guante.

Yo había visto a menudo cómo los machos daban lecciones de natación a los cachorros, y era un espectáculo aterrador. Sentí pena por Oswald. El macho se detuvo a la orilla de las olas y empezó a sacudir a Oswald de acá para allá, hasta que parecía que el cachorrito tenía el cuello roto, y entonces le lanzó a las olas a unos veinte pies. Después de una inmersión prolongada, Oswald salió a flote, sacudiendo las aletas desesperadamente, farfullando y tosiendo, y nadó hacia la playa. Pero el macho se echó pesadamente al agua y volvió a cogerle por el cuello, antes de que hiciera pie, y se dedicó a tenerle bajo el agua cinco o diez segundos seguidos, soltándole al final de forma que Oswald surgía como un corcho, con la boca abierta, tratando de respirar. Después de que esto ocurriera tres o cuatro veces, Oswald estaba tan asustado y tan cansado que intentó atacar a la mole de macho con la boca

abierta, farfullando y profiriendo gritos estridentes, lo cual naturalmente, producía tanto efecto como si un pequinés atacara a un elefante. El macho cogió a Oswald, sencillamente, y repitió todo el proceso. Al fin, cuando era obvio que Oswald estaba exhausto y que apenas podía nadar, el macho le llevó a la parte menos profunda y le dejó descansar un ratito, pero se quedó cuidando de que no escapase. Cuando ya había descansado, le cogió y le tiró al mar de nuevo, y toda la lección se repitió. Esto continuó durante media hora y habría durado más, pero otro macho llegó buscando camarra con el profesor de Oswald, y, mientras peleaban en las aguas poco profundas, éste huyó a la playa gateando lo más aprisa posible, mojado, manchado y totalmente disciplinado.

Esas lecciones de natación, como digo, se veían muy frecuentemente, y era una agonía el contemplarlas, no sólo porque el terror de los cachorros era lastimoso, sino porque además yo estaba convencido de que los machos podían ir demasiado lejos y ahogar a unos de ellos. Pero los bebés parecían tener una elasticidad de mente y cuerpo que les permitía sobrevivir a aquellas salvajes lecciones de natación, y ninguno de ellos parecía salir perjudicado.

Los adultos pasaban el noventa por ciento del día durmiendo, y sólo ocasionalmente se aventuraban los jóvenes, machos y hembras, a meterse en el agua, y hasta bien avanzada la tarde no iba a nadar toda la colonia. Cuando el sol se hundía más y más en el horizonte una especie de intranquilidad recorría la colonia, y pronto las hembras marchaban apresuradamente hacia el borde del agua donde empezaba el ballet. Primero entraban en la parte poco honda dos o tres hembras y empezaban a nadar de arriba a abajo, lenta y metódicamente. Durante cierto tiempo el macho las miraba con altivez, y luego levantaba su enorme mole y se dirigía hacia las olas con el aire de un boxeador entrando en el cuadrilátero. Allí se paraba a inspeccionar las formas sinuosas de sus esposas, mientras la espuma le rodeaba el grueso cuello de una golilla blanca al estilo isabelino. Sus esposas, tratando desesperadamente de que se les uniera en sus juegos, daban vueltas y describían curvas en el agua frente a él, con sus pieles brillantes y negras por efecto del agua del mar. Luego el macho se sumergía de repente y su forma corpulenta desaparecía bajo el agua con una rapidez y una gracia sorprendentes. Su cabeza roma, de nariz chata, aparecía en medio de los cuerpos de sus hembras, y el panorama cambiaba por completo. Mientras que antes los movimientos de éstas habían consistido en un curvarse lento y suave del cuerpo, en la superficie y debajo del agua, ahora el ritmo del juego se hacía más rápido y las hembras se cerraban en torno al macho, haciéndole el centro de sus juegos. Con movimientos tan suaves como el fluir del aceite, describían curvas sobre él y por debajo de él, de forma que quedaba como un robusto poste de mayo, con la cinta delgada y ligera de focas hembras flotando y revoloteando a su alrededor. El permanecía allí sentado, con la enorme cabeza y el cuello fuera del agua y escrutando el cielo con suprema vanidad, mientras sus esposas formaban un remolino a su alrededor trenzándose y deslizándose cada vez más deprisa, exigiendo su atención. De pronto cedía e, inclinando la cabeza, abría la boca y mordía, jugueteón, un cuerpo al pasar. Esa era la señal para que empezase el ballet propiamente dicho.

Los cuerpos, ligeros como flechas, de las hembras y la mole del macho se entrelazaban como una brillante trenza negra, girando y retorciéndose en el agua y adoptando las formas más graciosas y complicadas, como un gallardete sacudido por el viento. Mientras giraban y describían curvas en el agua, dejando tras ellos una estela como un tizón de espuma, se les podía ver morderse unos a otros con una especie de cariño lánguido, con suaves mordiscos de afecto, posesión y sumisión. La marea subía tan suavemente que apenas había movimiento en el mar, pero las focas creaban un paisaje marino en miniatura: a veces se deslizaban, fuera del agua, sin dejar ni un rizo en la superficie, y otras veces surgían de las profundidades entre una rosa blanca de espuma, con sus cuerpos relucientes curvándose en el aire como *boomerangs* negros, antes de girar y zambullirse en el agua de nuevo tan limpiamente que apenas perturbaban la superficie lisa.

De vez en cuando, uno de los machos jóvenes no comprometidos intentaba unirse a la diversión de uno de esos grupos familiares, e inmediatamente el macho viejo olvidaba el juego. Se sumergía y reaparecía de pronto, en un desmoronamiento de espuma, al lado del macho joven, profiriendo una especie de rugido, como gárgaras, que se había iniciado debajo del agua. Si el macho joven era rápido, se lanzaba de lado al agua, y el salto del viejo resultaba frustrado y aterrizaba en la superficie del agua con un crujido como un cañón que se dispara, y el ruido se extendía y producía eco en la costa. Entonces era cuestión de quién se recobraba antes, si el joven macho de su extraño salto de lado o el viejo de su ataque, que podía haberle partido el vientre. Si el viejo se recuperaba antes, cogía al joven por el cuello y rodaban y forcejeaban en el agua, rugiendo y mordiéndose entre una marejada de espuma, mientras las hembras se deslizaban a su alrededor mirando amorosamente el desarrollo de la batalla. Finalmente, el macho joven se liberaba de la salvaje tenaza de su adversario y se zambullía bajo el agua con el viejo en encarnizada persecución. Pero nadando bajo el agua, el joven tenía la ligera ventaja de no ser tan voluminoso y, por lo tanto, de ser algo más rápido, por lo que generalmente conseguía escapar. El viejo macho nadaba pomposamente hacia sus esposas y se sentaba en el agua, mirando solemnemente al cielo mientras ellas nadaban a su alrededor, alzando sus caras puntiagudas fuera del agua para besarle, mirándole con sus enormes ojos enternecidos en un éxtasis de admiración y amor.

Para entonces el sol se había hundido en un crepúsculo rosa, verde y oro, y nosotros recorriamos el camino de vuelta al campamento, para acurrucarnos tiritando junto al fuego mientras en la distancia, traídos por el

frío viento de la noche, continuo y cortante, oíamos los ruidos de las focas, eructando y rugiendo y salpicando en las negras aguas heladas a lo largo de la costa vacía.

Capítulo 4 Los animales bulbosos

No permanecían mucho tiempo bajo el agua, sino que emergían y nos seguían con el cuello estirado, expresando gran extrañeza y curiosidad.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*,

Después de pasar unos diez días filmando a los osos marinos, decidí que, aunque me costaba dejar a esos preciosos y fascinantes bichos, debíamos seguir adelante e intentar encontrar a los elefantes marinos antes de que dejaran la península en su emigración hacia el sur. Así que en los cuatro días siguientes recorrimos la península de un lado a otro buscando la *elefantería**, y vimos una gran variedad de animales salvajes, pero ningún elefante marino.

Me quedé sorprendido y encantado ante la cantidad de seres vivientes que vimos en la península de Valdés. Cuando pensaba que sólo a unas cuantas millas, al otro lado del istmo, se extendían cientos de millas de tierra cubierta de maleza que habíamos atravesado sin ver ni una sola criatura viviente, y que, sin embargo, la vida abundaba en la península, se me antojaba increíble. Casi parecía que la península, con su angosto istmo, fuese un callejón sin salida al que hubiese ido a parar toda la vida salvaje de Chubut y del que ya no pudiese salir. Ojalá fuera posible que el gobierno de Argentina convirtiese toda la península en un santuario, para lo que parece haber sido destinada por la propia naturaleza. En primer lugar, hay una muestra representativa de toda la fauna de la Patagonia concentrada en un área limitada y, en su mayor parte, fácilmente visible. En segundo lugar, toda la zona podría controlarse fácil y eficazmente gracias a la estrechez del istmo que la conecta con el continente; un punto de vigilancia en el istmo podría servir para controlar adecuadamente a la gente que entrase y saliese de la zona y para dedicar especial atención a esa clase de «deportistas» (que hay en todos los países del mundo) capaces de divertirse persiguiendo guanacos con sus veloces coches, o acribillando a los osos marinos con perdigones. No creo que el hecho de que la península esté dividida en grandes *estancias** de ovejas sea de gran importancia. Es verdad que se caza al guanaco y al zorro, al primero por que se cree que se come un pasto que tendría mayor utilidad como alimento para las ovejas, y al segundo por que es suficientemente grande como para llevarse corderos y pollos. Sin embargo, a pesar de tener a las *estancias** en contra de ellos, esos dos animales, cuando estuvimos allí, parecían abundantes. Si los ganaderos dedicados a la cría de ovejas fuesen razonables, creo que se podría mantener un equilibrio entre los animales salvajes y los domésticos. Si se hiciera de la península ahora un santuario de animales salvajes, en el futuro, cuando el sur de Argentina se colonice aún más (lo que parece inevitable), y cuando una serie de carreteras decentes hagan la península menos inaccesible, ésta podría muy bien convertirse en una atracción turística de considerable valor.

Buscando la *elefantería**, recorrimos gran parte de la península y el pájaro que más vimos fue, sin duda, la *martineta*** , una especie de tinamú. Es un ave pequeña y rolliza, parecida a la perdiz, del tamaño de un gallo bantam. Su plumaje es un rico atavío de marrones otoñales, salpicados y veteados de dorados, amarillos y cremas en un precioso e intrincado dibujo. Tiene las mejillas de un crema pálido, con dos rayas negras que se destacan sobre el fondo, una que va desde el rabillo del ojo hasta el cuello y la otra desde el borde del pico hasta el cuello. En la cabeza tiene una cresta alargada de plumas oscuras, que se curva como una media luna sobre su cabeza. Tiene los ojos grandes y oscuros, y un aire general de histeria inocente.

Se veían martinetas por todas partes a lo largo de las rugosas carreteras, en grupitos de cinco o diez. Ridículamente mansas, se quedaban en medio de la carretera mirando con los ojos muy abiertos cómo se acercaba el Land-Rover, sacudiendo la cabeza de modo que sus tontas crestas se agitaban y ondeaban, y no se molestaban en apartarse hasta que no frenabas a unos pocos pies de ellas y tocabas la bocina. Entonces, estirando el cuello y manteniendo la cabeza baja como si buscasen algo perdido en el suelo, escapaban a la maleza. Eran de lo más reacias a volar, y para obligarlas, tenía que perseguirlas a través de las matas, a lo largo de distancias considerables. Cuando pensaban que te acercabas demasiado, se lanzaban al cielo con aire de desesperación. Era un vuelo

curioso, laborioso, como el del pájaro que nunca ha aprendido a usar las alas como es debido. Daban cuatro o cinco aletazos fuertes, se deslizaban en el aire hasta que sus cuerpos regordetes las arrastraban casi hasta el suelo otra vez, y luego, con otra serie de alocados aletazos, se deslizaban un poco más allá. Mientras volaban, el viento que pasaba entre sus plumas producía un sonido curiosamente quejumbroso, que subía y bajaba como el de una flauta conforme aleteaban y planeaban. Su afición a estar en mitad de la carretera se debía al hecho, creo yo, de que sólo en esas superficies de tierra desnuda podían construir sus mejores baños de polvo. En algunos sitios habían hecho unos hoyos bastante grandes en la tierra roja, y se podía ver a tres o cuatro de ellas esperando pacientemente su turno, mientras un miembro de la bandada rodaba y pataleaba absurdamente en el baño agitando las alas para echarse el polvo sobre el cuerpo.

Esas aves preciosas y ligeramente imbéciles hacen el nido en la tierra, naturalmente, y creo que tanto ellas como sus huevos y polluelos constituyen un elemento importante de la dieta de los mamíferos carnívoros de la península, especialmente del zorro de las pampas, un predador corriente en esa zona. Los zorros de las pampas son animalitos delgados, grises y delicados con una patas que parecen increíblemente esbeltas y frágiles. Parecían cazar tanto de día como de noche y se les veía generalmente en parejas. De repente cruzaban por delante de nosotros en la carretera cuando íbamos en el Land-Rover, con sus espesas colas brotando tras ellos como bocanadas de humo gris, y, al llegar al otro lado de la carretera, paraban dando un resbalón y, en cuclillas sobre las ancas, nos examinaban con astucia.

En uno de los sitios en que acampamos, nos visitó un par de esos Zorritos, los únicos animales que lo hicieron aparte del guanaco. Eran más o menos las cinco de la mañana y, desde mi cama, situada bajo el eje posterior del Land-Rover, miraba yo cómo se volvía verde el cielo al amanecer, mientras, como de costumbre, trataba de reunir el valor necesario para abandonar la tibieza de mis mantas y encender el fuego para el desayuno. De pronto, saliendo de los matorrales amarillos que nos rodeaban, aparecieron los dos zorros tan inesperada y silenciosamente como fantasmas. Se acercaron al campamento con cautela, con el aire de conspiradores de dos colegiales en una redada por un huerto de frutales, haciendo muchas paradas para olfatear la brisa del amanecer. Fue una suerte que en ese preciso momento no hubiera nadie roncando. Puedo dejar constancia de que no hay nada tan efectivo para espantar a los animales salvajes como tres mujeres en la parte de atrás de un Land-Rover, todas ellas roncando en diferentes tonos.

Habiendo rodeado el campamento sin contratiempo, los dos zorros se envalentonaron. Se acercaron a las cenizas del fuego, las olfatearon profundamente y luego se asustaron mutuamente al estornudar con violencia. Recobrados del susto, continuaron la inspección y encontraron una lata de sardinas vacía que, después de un corto y silencioso forcejeo, comenzaron a lamer hasta dejarla limpia. El siguiente descubrimiento fue un gran rollo de papel higiénico de color rosa chillón, uno de los pocos artículos de lujo de nuestro equipaje. Después de ver que no era comestible, descubrieron que si lo golpeaban enérgicamente con la pata, se desenrollaba de una forma muy satisfactoria. Así que, durante los diez minutos siguientes, bailaron y giraron lanzando el rollo de acá para allá con sus esbeltas patas, cogiendo de vez en cuando tiras de él en la boca y saltando delicadamente en el aire, y volviendo a tierra con el papel envuelto intrincadamente en el cuello y las patas. El juego se llevaba a cabo en tal silencio y con tanta gracia que era una delicia contemplarlo, y sus ágiles cuerpos se destacaban contra el cielo verde, los matorrales de flores amarillas y el papel rosa. El campamento comenzaba a tomar un alegre aire de carnaval, cuando alguien bostezó dentro del Land-Rover. Los zorros se quedaron inmóviles al instante, uno de ellos con un trozo de papel higiénico colgando de la boca. Se repitió el bostezo y los zorros desaparecieron tan silenciosamente como habían venido, dejando —como recuerdo de su visita— unos ciento veinte pies de papel rosa flotando en la brisa.

Otro animal que vimos con frecuencia fue el ñandú de Darwin, el equivalente sudamericano del avestruz africano. Son aves menores que los ñandúes del norte de Argentina, más delicadas de constitución y de un color gris más perla. Iban generalmente en bandadas pequeñas, de cinco o seis, y los vimos, en muchas ocasiones, moviéndose entre las matas junto a una manada de guanacos. Creo que uno de los espectáculos más bonitos que vimos en la península fue un grupo de seis guanacos con tres graciosas crías de color canela trotando lentamente entre los dorados matorrales, acompañados de cuatro ñandúes de Darwin que escoltaban a un enjambre de doce polluelos con sus plumajes de bebés a rayas, de forma que parecían una línea de minúsculas avispas regordetas corriendo cerca de las grandes patas de sus padres. Mientras que los polluelos de ñandú iban muy sosegados y en orden, como una fila de parvulitos, los cachorros de los guanacos eran más exuberantes e indómitos y bailoteaban alrededor de los adultos con cabriolas animadas, atrevidas y complicadas. Uno de ellos hizo una cabriola tan complicada que chocó con uno de los adultos, y recibió en castigo una fuerte patada en el estómago, después de lo cual se volvió muy sumiso y trotó tranquilamente detrás de su madre.

Si no se les molestaba, los ñandúes andaban de una forma muy majestuosa. Pero de vez en cuando los encontramos cuando iban por la carretera y al instante les dominaba el pánico. En lugar de desviarse había la maleza, salían disparados en un desordenado grupo por la carretera, corriendo con la gracia ligeramente afeminada de los jugadores profesionales de fútbol. Según nos íbamos acercando a ellos en el Land-Rover, aumentaban la velocidad, bajando el cuello hacia el suelo y levantando tanto las patas a cada paso que casi se tocaban con ellas lo

que en el ñandú equivale a la barbilla. Uno, al que le medí la velocidad de esta forma, corrió a seis pies del morro del Land-Rover a lo largo de una distancia de media milla a unas veinticinco a treinta millas por hora. Finalmente, cuando les había seguido así durante un tiempo considerable, se les ocurría de pronto que estarían más a salvo entre la maleza. Entonces, en un súbito arranque de velocidad, abrían sus pálidas alas en un gracioso gesto, se desviaban de la carretera con gracia de bailarina y desaparecían saltando en la lejanía.

Estos ñandúes, como el ñandú común del norte, tienen nidos comunitarios, es decir que varias hembras ponen sus huevos en un mismo nido. Este no es más que un simple rasguño en el suelo, forrado con algo de hierba seca o unas pocas ramitas, y pueden encontrarse hasta cincuenta huevos en un solo nido. Como en el caso del ñandú común, el macho del ñandú de Darwin hace la parte más pesada de incubar los huevos y de criar a los polluelos cuando salen del cascarón. Los huevos recién puestos son muy brillantes de un suave color verde, pero el lado expuesto al sol se decolora enseguida, pasando primero a un verde apagado y moteado, luego a un color amarillento, después a azul pálido y finalmente a blanco. Los ñandúes son tan prolíficos que sus huevos, y, en gran medida, sus polluelos, constituyen un elemento importante de la dieta de los predadores de la península.

Otro animal muy corriente, que encontrábamos con frecuencia en las carreteras, era el *pinche* *, o armadillo peludo. Los veíamos tanto de día como de noche, pero más frecuentemente hacia el atardecer, a los rayos del sol poniente, trotando de un lado a otro por la superficie de la carretera, husmeando vigorosamente y con aspecto de extraños juguetes mecánicos, ya que sus patitas se movían tan deprisa que eran un simple borrón bajo el caparazón. Están cubiertos por un áspero pelo blanco, largo y espeso, pero no creo que les proteja del frío en invierno. Supongo que deben hibernar en los meses más fríos, porque no pueden tener nada que comer, puesto que el suelo está helado en varios pies de profundidad. Todos los armadillos que cogimos estaban cubiertos de una capa de grasa de un espesor tremendo y sus vientres de color rosa pálido, cubiertos de arrugas, estaban siempre abultados por la comida. Su principal alimento debe consistir en escarabajos y sus larvas, en polluelos y en huevos de pájaros que anidan en el suelo, como la martineta, aunque de vez en cuando pueden encornarse con algún regalo del cielo, es decir con una oveja o un guanaco muertos. Se les veía frecuentemente en la costa, trotando con vivacidad a lo largo de la orilla del agua, con el aspecto de coroneles pequeños y rotundos en un frente costero de Bournemouth, saturándose del saludable ozono, aunque de vez en cuando estropeaban la ilusión parándose a tomar un ligero tentempié de cangrejo muerto, algo que nunca he visto hacer a un coronel.

Observar a toda esta vida salvaje era, desde luego, fascinante, pero no nos acercaba en absoluto a nuestro objetivo, que eran los elefantes marinos. Por entonces habíamos recorrido una zona amplia de la costa sin ningún éxito, y empecé a pensar que habíamos llegado tarde y que los elefantes marinos habían empezado ya su emigración hacia el sur, hacia la Tierra del Fuego y las Islas Malvinas. Pero justo cuando ya había perdido las esperanzas, descubrimos una *elefantería** de la que nadie nos había hablado, y que además descubrimos por pura casualidad. Habíamos estado andando a lo largo de un acantilado bastante alto, parándonos cada cuarto de milla más o menos para examinar la playa que había a nuestros pies en busca de signos de vida. De pronto rodeamos un pequeño cabo y llegamos a una bahía. La playa situada a los pies del acantilado estaba cubierta de una masa de rocas que parecía que hubiesen caído rodando. Algunas eran tan grandes que desde el lugar donde estábamos no podíamos ver lo que había detrás de ellas, así que después de buscar un atajo por el acantilado, encontramos un abrupto sendero que llevaba a la playa y por él bajamos a investigar.

La playa era de guijarros brillantes y moteados, y cada canto, pulido por el mar, brillaba al sol de la tarde. Las rocas, algunas tan grandes como una casa de campo, formaban por toda la playa montones dispersos de color gris y castaño dorado. Algunas eran tan grandes y el desgaste del mar y el viento les había dado unas formas tan extrañas, que era toda una operación trepar por ellas, cargados como íbamos con las cámaras y el equipo. Durante un rato nos esforzamos trepando y rodeándolas, y entonces decidimos que lo que necesitábamos era comer. Así que, escogiendo una roca que había tomado la forma de un asiento natural, nos sentamos y desempaquetamos el vino y la comida. Para entonces ya me había convencido de que no había elefantes marinos en muchas millas a la redonda y estaba muy deprimido e irritado conmigo mismo por haber pasado tanto tiempo con los osos marinos.

—Bueno, quizá encontremos algunos mañana —dijo Jacquie en tono conciliador, pasándome un bocadillo que parecía tener adheridas tres cuartas partes de la tierra de la Patagonia.

—No —dije, mirando aquel alimento con desazón y negándome a ser consolado—, ya se han ido al sur. Han tenido sus crías y se han ido. Si no me hubiera quedado tanto tiempo con esos malditos osos marinos, quizá los habríamos encontrado.

—Bueno, es culpa tuya —dijo Jacquie con mucha lógica—. Te dije mil veces que ya tenías bastante película de los osos marinos, pero seguías empeñado en que nos quedaríamos sólo un día más.

—Ya lo sé —dije tristemente— pero eran unos animales maravillosos y no podía separarme de ellos.

Marie, con el aire de quien trata de encontrar el lado bueno a una catástrofe, cogió la botella de vino, y al saltar el corcho, una roca ligeramente alargada y en forma de huevo, situada a unos diez pies de distancia, dio un profundo y melancólico suspiro y abrió un par de ojos enormes, suaves, como líquidos y muy negros, y nos miró plácidamente.

Una vez que supimos que era un elefante marino, nos preguntamos cómo habíamos podido pensar que se trataba de cualquier otra cosa, y un escrutinio cuidadoso y emocionado de la playa que se extendía a nuestro alrededor nos demostró que estábamos, de hecho, sentados junto a doce de aquellos gigantescos animales, que habían seguido durmiendo tranquilamente mientras caminábamos hacia ellos, nos sentábamos y desenvolvíamos nuestra comida como excursionistas en Márgate. Se parecían tanto a las rocas entre las que se encontraban que empecé a preguntarme cuántos otros grupos habríamos pasado de largo mientras los buscábamos. Después de observar a la colonia de osos marinos, yo esperaba que la colonia de elefantes sería un grupo más bullicioso y vivaz, y, sin embargo, ahí estaban, tumbados por la playa en posturas de relajado abandono, causando tanto alboroto como el que cabría esperar de una asamblea de enfermos de hidropesía que celebrara un torneo de ajedrez en un baño turco. Caminamos entre los enormes animales que roncaban e, investigando, descubrimos que, de los doce animales, tres eran machos, seis hembras y tres, crías ya crecidas. Los cachorros medían unos seis pies de longitud, las hembras de doce a catorce pies. Pero el mayor tamaño les estaba reservado a los machos. Dos de aquellos eran jóvenes, de unos dieciocho pies de longitud, mientras que el último era ya un adulto maduro y medía veintiún pies.

Este último era un animal magnífico, con un enorme cuerpo en forma de barril y una gran nariz carunculada como la de un consumado bebedor de ginebra. Estaba tumbado sobre los relucientes guijarros como un colosal burujo de masilla, suspirando profundamente de vez en cuando, de forma que la nariz se le movía como la gelatina, y despertándose otras veces, sólo lo suficiente como para echarse guijarros húmedos a la espalda con una de las aletas. Su placidez ante nuestra intrusión era extraordinaria porque nos acercábamos a tres o cuatro pies para medirle y a hacer fotografías, y todo lo que hacía él era abrir los ojos, mirarnos soñoliento y volver a dormirse otra vez.

Para mí, esta fue una experiencia tremendamente emocionante. Hay gente que tiene el ardiente deseo de ver la torre inclinada de Pisa, o de visitar Venecia o la Acrópolis antes de morir. Pero mi ambición era ver un elefante marino vivo, en su medio natural, y ahí estaba yo, tumbado sobre los guijarros, comiendo bocadillos a cinco pies de uno, que dormía con un aspecto semejante a un pequeño globo de protección contra bombardeos aéreos, que, inexplicablemente, hubiese sido relleno de masa. Con un bocadillo en una mano y un cronómetro en la otra, comprobaba su respiración, que es una de las muchas cosas notables en los elefantes marinos. Respiran con bastante regularidad, unas treinta veces en cinco minutos, y luego dejan de respirar un rato que varía entre cinco y ocho minutos. Probablemente, esto les resulta de gran utilidad cuando están en el mar, porque pueden salir a la superficie, respirar, y luego sumergirse y contener la respiración durante este considerable tiempo sin tener que salir otra vez a llenarse los pulmones. Yo estaba tan entusiasmado allí tumbado con ese fantástico animal gigantesco al alcance de la mano, que empecé a dar a los demás una conferencia sobre los elefantes marinos.

— Es extraordinaria la pesadez de su sueño. ¿Saben que hubo un naturalista que se tumbó encima de uno de ellos y no lo despertó?

Jacque miró al colosal animal que estaba enfrente de mí.

— Allá él. Yo no pienso intentarlo.

— Al parecer, las hembras no maduran sexualmente hasta que tienen dos años. También tienen eso de la implantación retardada... ya saben, copulan y retienen el semen en el cuerpo durante un tiempo variable, antes de dejar que se desarrolle. Esos bebés de ahí, son las crías de este año. Eso significa que no serán capaces de reproducirse...

— ¿Las crías de *este* año? —interrumpió Jacque atónita—. Creí que tendrían un año.

— No, deben tener como cuatro o cinco meses.

— ¿Cómo son de grandes al nacer, entonces?

— Más o menos la mitad que ahora, creo yo.

— ¡Dios mío! —dijo Jacque con sentimiento—. Imagínate parir algo de *ese* tamaño.

—Ya ves —dije yo—. Eso te demuestra que siempre hay alguien a quien le va peor que a uno.

El elefante marino, como si estuviera de acuerdo, lanzó un profundo suspiro desconsolador.

—¿Saben que el intestino de un macho adulto puede llegar a medir seiscientos sesenta y dos pies? —pregunté.

—No, no lo sabía —dijo Jacquie—, y creo que disfrutaríamos todos mucho más nuestros bocadillos si dejaras de divulgar los secretos de su anatomía interna.

—Bueno. Pensé que les interesaría.

—Me interesa —dijo Jacquie—, pero no mientras como. Esa clase de conocimientos prefiero adquirirlos entre comidas.

Había varias cosas de los elefantes marinos que empezaban a chocar una vez superada la incredulidad que producía su tamaño. La primera era, desde luego, sus ridículos cuartos traseros. El oso marino (que es en realidad un lobo marino) tiene las extremidades posteriores bien desarrolladas, como patas, de forma que cuando se mueven, se levantan sobre las cuatro patas y andan como lo haría un perro o un gato. Pero en el elefante marino, que es una auténtica foca, las extremidades posteriores son diminutas y bastante inútiles, con unas estúpidas aletas que hacen el efecto de que el animal tiene un par de guantes vacíos unidos a su parte posterior. Cuando el elefante se mueve, todo el impulso procede de las aletas anteriores y del encorvarse de la enorme espalda, un modo de moverse lento y desmañado que era penoso mirar.

Había bastante variación en el colorido de la manada. El macho viejo era de un rico color gris pizarra intenso, salpicado elegantemente de verde, en los lugares de su áspero cuero en que, al parecer, crecían algas marinas. Los machos jóvenes y las hembras eran de un gris mucho más pálido. Las crías no eran pelonas ni tenían la piel correosa, como los adultos, sino que tenían una fina piel de pelo blanco como la luna, espeso y apretado, como de felpa. Los adultos tenían tantos pliegues y arrugas que parecía que necesitasen una buena comida para rellenar los dobleces, como si dijéramos, mientras que los bebés eran tan rotundos y lustrosos que parecía que acababan de ser inflados con bombas de bicicleta, y que, si no tenían cuidado, podían flotar en el aire.

Desde el punto de vista de la filmación, los elefantes marinos eran, como mínimo, difíciles. Sólo querían dormir. El único movimiento que hacían era abrir y cerrar los enormes orificios de la nariz cuando respiraban, y, de vez en cuando, uno se echaba algunos guijarros sobre la espalda, pero como no había aviso previo a la acción, me llevó cierto tiempo conseguir filmarla. Algunas veces uno se encorbaba hacia adelante, con los ojos fuertemente cerrados escondiendo el enorme hocico en los guijarros como un bulldozer. Incluso cuando tuve todas esas actividades filmadas, me pareció que los elefantes marinos no se mostraban convenientemente; les faltaba movimiento, que, después de todo, es un elemento necesario en una película. Una de las cosas extraordinarias de esas focas es la flexibilidad de su columna vertebral. A pesar de su volumen y su gran cantidad de grasa, pueden inclinarse hacia atrás, como un aro, hasta que la cabeza toca la cola levantada. El conseguir que lo demostraran para filmarlo, fue un quebradero de cabeza, porque estaban todos tumbados por allí con la animación de un grupo de fumadores de opio. Pero al fin tuvimos éxito con el macho viejo, por el simple expediente de tirarle puñados de grava a la cola. El primer puñado le hizo revolverse algo y suspirar profundamente, sin abrir los ojos. El segundo le hizo abrir los ojos y mirarnos con vaga sorpresa. Al tercer puñado, levantó la cabeza encogió el hocico de forma que se arrugó como una concertina, abrió la boca, profirió un rugido chirriante y después volvió a caer sobre los guijarros, como si el esfuerzo le hubiese dejado exhausto, y se volvió a dormir.

Al cabo de un rato, sin embargo, nuestro bombardeo empezó a fastidiarle. No le hacía daño, naturalmente, pero una lluvia constante de guijarros en el trasero cuando estás tratando de dormir, puede ser extremadamente irritante. De pronto se despertó por completo y se levantó de forma que quedó como una letra J con la cabeza muy alta y la boca abierta, lanzando un rugido agudo y siseante, un sonido como de reptil, extraño en un mamífero tan colosal. Cuatro veces se levantó hacia atrás de esa forma, y luego, viendo que su demostración no tenía efectos nocivos sobre nuestra moral, hizo lo que hacen todas las focas en momentos de crisis: rompió a llorar. Grandes lágrimas negras fluían de sus ojos y chorreaban desesperadamente por sus mejillas. Se tumbó todo lo largo que era en los guijarros y empezó a retroceder de espaldas, hacia el mar, como una oruga gigantesca, curvando el cuerpo con tremendo esfuerzo, con la grasa de su espalda rizándose en oleadas al moverse. Por fin, con un último rugido quejumbroso y con otro torrente de lágrimas, entró reculando en el agua, y una ola rompió en una guirnalda de espuma alrededor de sus hombros. El resto de la manada se alarmó con la desaparición de su amo y señor, y todos levantaron las cabezas y nos miraron con inquietud. Luego, uno de los pequeños se asustó y bajó hacia el mar encorvándose, con las lágrimas corriendo por su cara blanca. Esto fue la gota que rebosó el vaso, y en un minuto toda la manada se precipitó hacia el mar, como un rebaño de gusanos gigantes en pos de un queso.

Tristemente, recogimos nuestro equipo e iniciamos la subida por el acantilado, tristemente porque acabamos de cumplir nuestro último objetivo, y esto significaba que teníamos que dejar la península con sus espléndidos animales salvajes, regresar a Buenos Aires y comenzar la etapa siguiente de la expedición. Mientras subíamos por el sendero del acantilado, iluminado por la luz del crepúsculo, vimos al viejo elefante por última vez. Su cabeza surgió de una ola, y sus ojos negros nos examinaron con desconcierto. Resopló, con un sonido reverberante que retumbó por los acantilados e hizo que le temblase la nariz. Luego, mirándonos todavía con tristeza, se hundió lentamente bajo las aguas heladas y desapareció.

Segunda parte

LAS COSTUMBRES DEL PAÍS

El avión se deslizó por el oscuro campo de aterrizaje, en dirección a la pista de despegue, entre dos filas de luces relucientes como diamantes. Ahí se paró, aceleró el motor hasta que cada hueso del cuerpo metálico del avión chirrió en señal de protesta, y luego, de pronto, se lanzó hacia adelante. Las filas de luces volaron hacia atrás, y de pronto nos hallamos en el aire; el avión se inclinaba a un lado y a otro como una golondrina algo ebria, mientras se elevaba cada vez más. Luego, debajo de mí, en la cálida noche, Buenos Aires apareció extendido como un tablero de ajedrez de estrellas multicolores. Me desabroché el cinturón de seguridad, encendí un pitillo y me recosté en el asiento, un poco achispado y lleno del coñac de las despedidas. Por fin iba camino de un lugar que hacía tiempo deseaba visitar, un lugar que tenía un nombre mágico: Jujuy.

Cuando volvimos del sur, los efectos del choque que habíamos tenido con el coche poco después de llegar a Argentina (en el que sólo Jacquie había resultado herida) empezaron a hacerse sentir; el tremendo traqueteo a que habíamos estado sometidos en las carreteras de la Patagonia y las malas condiciones en las que nos habíamos visto obligados a vivir, le habían ocasionado a Jacquie unos dolores de cabeza terribles. Estaba claro que no podía continuar viajando, de modo que decidimos mandarla a Inglaterra. Se había marchado la semana anterior, por tanto nos tocaba a Sophie y a mí continuar la expedición. Así que mientras Sophie se quedaba en la casita, con el jardín ya completamente lleno de animales a los que cuidar, yo me largué a Jujuy para tratar de aumentar la colección.

Mientras el avión zumbaba en la noche, yo cabeceé en mi asiento y traté de recordar lo que sabía sobre Jujuy, que era bastante poco. Es una provincia del noroeste de Argentina, con frontera con Bolivia por un lado y con Chile por otro. Se trata de un lugar curioso en muchos sentidos, pero especialmente porque es como una lengua tropical, por decirlo así, insertada en Argentina. A un lado están las montañas bolivianas, y al otro la curiosa y reseca provincia de Salta, y entre las dos, la exuberante zona tropical de Jujuy que no tiene nada que envidiar al Paraguay o al sur de Brasil. Yo sabía que ahí se podía encontrar la fauna tropical, tan fantástica y llena de color, que empieza aquí a invadir el territorio de la fauna de las Pampas y de las praderas, y era a buscar esas criaturas a lo que yo iba. Pensando en aquellos magníficos animales me dormí profundamente y estaba soñando que capturaba a lazo un jaguar especialmente malévolo, cuando me despertó el ayudante de vuelo sacudiéndome el brazo. Al parecer habíamos llegado a algún lugar remoto y todos los pasajeros tenían que descender mientras el avión repostaba. El avión no ha sido nunca mi forma de transporte favorita (a menos que se trate de aviones muy pequeños, en los que se tiene verdadera sensación de volar), de modo que, el hecho de que me despertasen a las dos de la madrugada de un sueño suavizado por los vapores del coñac y me obligasen a esperar de pie en un minúsculo bar que no tenía nada más apetecible que ofrecer que un café templado, no mejoró precisamente mi humor. Tan pronto como me lo permitieron, volví a subir al avión, me instalé en el asiento y me dispuse a dormir.

Casi inmediatamente fui despertado por lo que parecía un peso de diez toneladas cayendo sobre mi brazo. Me liberé con dificultad, antes de que se me rompiera ningún hueso, y lancé una mirada feroz al culpable. No resultó muy efectiva, porque el interior del avión estaba iluminado por lo que parecía una serie de luciérnagas aquejadas de anemia perniciosa. Todo lo que pude ver fue que el asiento de al lado (hasta entonces misericordiosamente vacío) lo inundaba ahora —no hay otra palabra— una mujer de proporciones colosales. Las partes de su anatomía que no había podido embutir en su propio asiento, las había dejado desbordarse generosamente en el mío.

—*Buenas noches** —dijo amablemente, rezumando sudor y perfume en cantidades iguales.

—*Buenas noches*" —mascullé, y cerré los ojos rápidamente y me acurrulé en lo que me quedaba de asiento, para poner fin a la conversación. Afortunadamente, mi compañera, después de este intercambio de amabilidades, se acomodó para dormir con muchos gruñidos, vueltas y profundos y estremecedores suspiros que recordaban vagamente a los elefantes marinos. Pronto se quedó dormida, agitándose y mascullando entre dientes, y entonces inició un prolongado e interesante ronquido que sonaba como si alguien echase a rodar rítmicamente patatas pequeñas por un tejado de hierro corrugado. Arrullado, más que perturbado, por ese sonido, conseguí dormirme.

Cuando me desperté era de día, y examiné furtivamente a mi compañera que aún dormía. Era, como digo, una espléndida figura de mujer —con sus doscientas ochenta libras de peso. Había cubierto su generoso cuerpo con un vestido de seda amarillo y verde y llevaba zapatos de color escarlata, que ahora descansaban a cierta distanciamiento de sus pies. Llevaba el pelo, de un negro muy brillante, cuidadosamente arreglado en ricitos por toda la cabeza y, coronándolo, un sombrero de paja al que parecían haberse adherido la mitad de las frutas y verduras de Argentina. Esta grandiosa obra hortícola había ido resbalando durante la noche y ahora descansaba sobre uno de sus ojos en atrevido ángulo. Tenía la cara redonda y con hoyuelos, separada del amplio busto por una papada que parecía una corriente de lava. Noté que tenía las manos modestamente enlazadas sobre el regazo, y aunque estaban enrojecidas y estropeadas por el trabajo, eran pequeñitas y bien formadas, como ocurre con las manos de muchos gordos. De repente, mientras la miraba, dio un suspiro estremecedor, abrió unos grandes ojos oscuros y aterciopelados y miró a su alrededor con la expresión vacía de un bebé al despertarse. Se fijó en mí y su cara

regordeta se ensanchó en una sonrisa llena de hoyuelos.

—*Buenos días, señor** —me dijo, inclinando la cabeza.

—*Buenos días, señora** —contesté, inclinando también la cabeza gravemente.

De debajo del asiento sacó un bolso del tamaño de un pequeño cofre de camarote y procedió a enmendar los estragos que el sueño había hecho en su cara, los cuales, a mi modo de ver, eran bastante pocos, pues tenía el cutis perfecto como un pétalo de magnolia. Cuando al fin estuvo convencida de que no iba a dejar en mal lugar a su sexo, guardó el bolso, acomodó su volumen y volvió hacia mí sus ojos brillantes y amables. Estaba acorralado y no tenía escapatoria.

— ¿A dónde va, señor? —me preguntó.

— A Jujuy, señora —repetí.

— Ah, ¿a jujuy? —dijo abriendo mucho sus ojos negros y alzando las cejas como si Jujuy fuese el lugar más interesante y apetecible del mundo.

— ¿Es usted alemán? —preguntó.

— No, inglés.

— Ah, ¿inglés? —dijo otra vez sorprendida y encantada como si ser inglés fuese algo realmente especial.

Pensé que ya era hora de tomar parte más activa en la conversación.

—No hablo nada de español —expliqué—, sólo un poquito.

—Pero si lo habla muy bien —dijo ella dándome pal-maditas en la rodilla, y luego precisó, añadiendo—: y yo voy a hablar despacio para que me pueda entender.

Suspiré y me resigné a mi suerte. A menos que saltase por la ventanilla de mi izquierda, no podía hacer otra cosa. Después de decidir que mis conocimientos de español eran limitados, llegó a la conclusión de que yo captaría mejor la conversación si me hablaba a gritos, así que a partir de entonces todo el avión participó de nuestro intercambio de confidencias. Se llamaba, al parecer, Rosa Lilli-pampila, e iba a Salta a visitar a su hijo casado. No le había visto en tres años, e iba a ser una reunión espléndida. Este era también su primer viaje en avión y estaba encantada como una criatura. Continuamente interrumpía la conversación con chillidos agudos (que hacían saltar en sus asientos a los pasajeros más nerviosos) para inclinarse sobre mí, envolviéndome en perfume y en busto, con el fin de mirar algún punto interesante sobre el que volábamos. Varias veces le ofrecí que cambiáramos de asiento, pero no quiso ni oír hablar de ello. Cuando el camarero pasó con el café, empezó a buscar el bolso para pagar, y cuando se le explicó que era gratis se puso tan contenta como si aquel vaso de papel, algo mugriento por cierto, y el arenoso líquido que contenía, hubiera sido una botella doble de champán, regalo de la generosa compañía aérea. Pronto se encendieron las luces rojas para avisarnos de que estábamos aterrizando una vez más, para repostar, en una ciudad desconocida, así que la ayudé a forcejear para ceñir su enorme circunferencia con el cinturón de seguridad. Fue aquella una tarea agotadora y sus chillidos de alegría por nuestros esfuerzos resonaron por todo el avión.

—Ya lo ve —jadeó entre carcajadas—, cuando se han tenido seis hijos y a una le gusta comer, se pierde el control del cuerpo.

Por fin, cuando el avión tocaba ya tierra, conseguimos atar el cinturón. Salimos a la pista asfaltada, dura y arrugada, y descubrí que mi amiga se movía con la gracia y la ligereza de una nube. Obviamente había decidido que yo fuese su conquista en ese viaje así que, con un gesto cortés, del viejo mundo, le ofrecí mi brazo, que ella aceptó con una sonrisa luminosa y coqueta. Agarrados como una pareja de enamorados nos dirigimos hacia el inevitable cafetito y los lavabos que adornaban el aeropuerto. Allí me dio una palmada en el brazo, me dijo que no tardaría y se dirigió a la puerta marcada «*señoras*»* por la que entró con dificultad.

Mientras ella se comunicaba con la naturaleza aproveché para explorar un gran arbusto que crecía al lado del café. Era del tamaño de una hortensia mediana y, sin embargo, en sus ramas y entre las hojas (tras una inspección superficial) encontré quince especies diferentes de insectos y cinco especies de arañas. Estaba claro que nos acercábamos a la zona tropical. Luego descubrí a una vieja amiga mía, una mantis religiosa, colgada en una hoja, balanceándose de lado a lado y lanzando miradas feroces con sus ojos pálidos y malvados. La desprendí de la hoja y la estaba dejando subir por mi brazo cuando regresó mi amiga. Al ver al bicho lanzó un grito que, con

viento favorable, podría haberse oído en Buenos Aires, pero, para sorpresa mía, no fue un grito de horror, sino de alegría al reconocer a la mantis.

— ¡Ah, un caballito del diablo! —gritó excitada—. Cuando era niña solíamos jugar con ellos.

Eso me pareció interesante, porque cuando yo era niño, en Grecia, también jugaba con ellos, y la gente de allí también los llamaba caballitos del diablo. Así que durante unos diez minutos jugamos con el insecto, haciéndole correr arriba y abajo por nuestros brazos y riendo sin moderación, de modo que todos los demás pasajeros empezaron a dudar seriamente de que estuviéramos en nuestro sano juicio. Por fin devolvimos a la mantis a su arbusto y fuimos a tomar un café, pero en ese preciso momento llegó un funcionario y nos explicó, con muchos gestos de disculpa, que nos retrasaríamos dos horas. Un rugido de rabia surgió de la masa de los pasajeros. Sin embargo, continuó el funcionario, un autobús de la compañía nos llevaría a la ciudad, donde de acuerdo con las gestiones que había hecho la compañía, un hotel nos serviría lo que quisiéramos a sus expensas. Mi amiga estaba encantada. ¡Qué generosidad! ¡Qué amabilidad! La ayudé a subir al autobús y, traqueteando por la polvorienta carretera, llegamos a la ciudad y paramos junto a un hotel de curioso aspecto Victoriano.

El interior del hotel estaba tan recargado que mi acompañante se quedó muy impresionada. Había enormes columnas marrones imitando mármol, tiestos y tiestos de palmeras de aspecto marchito, manadas de camareros que parecían embajadores en vacaciones, y una especie de mosaico de mesitas que se extendían, aparente-mente, hasta el horizonte. Se agarró muy fuerte a mi brazo mientras yo la conducía a una mesa y nos sentamos. Todo aquel esplendor parecía privarla del habla, así que en mi vacilante español pedí pródigamente a uno de los embajadores (que parecía no haberse afeitado desde su último acto oficial) y me acomodé dispuesto a disfrutar. Pronto, bajo la influencia de cinco grandes tazas de café con leche, una fuente de *medialunas** calientes con mantequilla, seguidas por seis pasteles de nata y media libra de uvas, mi compañera perdió el temor al lugar y hasta llegó a pedir a uno de los embajadores que le trajese otro plato para poner los pipos de las uvas.

Pronto, repletos de comida gratuita, salimos hacia el autobús. El conductor estaba sentado en un guardabarros, hurgándose los dientes malhumoradamente con el palo de una cerilla. Le preguntamos si todo estaba ya listo para nuestro regreso al aeropuerto. Nos miró con patente disgusto.

—*Media hora** —dijo y volvió a su carie de la muela del juicio, en la que claramente esperaba encontrar una mina de algo, tal vez uranio.

En vista de eso, mi amiga y yo nos fuimos a dar un paseo por la ciudad para matar el tiempo. Estaba encantada de tener la oportunidad de servir de guía a un extranjero auténtico, y no quedó nada que no me enseñase o me explicase. Esto es una zapatería... ve, hay zapatos en el escaparate, así que se ve, sin ningún género de dudas, que es una zapatería. Eso es un jardín, en el que se plantan flores. Aquello es un burro, el de allí, aquel animal atado a un árbol. Ah, y aquí tenemos una farmacia, donde se compran las medicinas cuando no se encuentra uno bien. Olvidando a la gente que intentaba pasar a toda costa por la acera, se empeñó en que-darse parada frente al escaparate de la farmacia representando que estaba enferma con tanto realismo, que su-puse que alguien llamaría a una ambulancia, si es que la ciudad contaba con esos lujos. En conjunto nuestro paseo fue un éxito y sentí mucho que tuviésemos que regresar al autobús para volver al aeropuerto.

Una vez en el avión volvimos a la hercúlea tarea de atarla al asiento y desatarla de nuevo cuando ya estábamos volando en la última etapa de nuestro viaje. Hasta entonces la región que habíamos sobrevolado había sido típica Pampa con algún que otro grupo de pequeñas colinas aquí y allá, pero, en general, el panorama que se dominaba desde el avión había sido liso y monótono. Pero ahora las montañas se iban haciendo cada vez más frecuentes y elevadas y estaban cubiertas con matorrales y cactus gigantescos como enormes candabros verdes surrealistas. Y fue entonces cuando empezaron las bolsas de aire.

La primera fue bastante grande, y cuando bajó el avión fue como si se le hubiera quedado a uno el estómago por lo menos cien pies más arriba. Mi compañera, que estaba en mitad de una intrincada y —para mi— casi incomprensible historia sobre un primo lejano, abrió la boca de par en par y lanzó un chillido tan penetrante que por un momento la confusión reinó en todo el avión. Luego, para alivio mío, estalló en carcajadas de alegría.

— ¿Qué fue eso? —me preguntó.

Hice lo que pude, en mi mal español, por explicarle los misterios de las bolsas de aire, y conseguí que entendiera lo esencial. Ella perdió todo interés por la historia de su primo, y esperó impacientemente a que llegase la siguiente bolsa de aire para disfrutarla plenamente, porque, como me explicó, no había estado preparada para la primera. Fue pronto recompensada con una verdadera maravilla, que recibió con un grito de júbilo y un torrente de alegres carcajadas. Parecía una niña en una montaña rusa de feria, y se tomó las bolsas de aire como un obsequio especial que la compañía aérea le proporcionaba para su deleite, igual que la comida que

acabábamos de tomar. El resto de los pasajeros, pude notar, no trataban las bolsas de aire con la misma despreocupación, y todos ellos lanzaban miradas coléricas a mi gorda amiga con caras cada vez más verdes. Para entonces volábamos sobre un terreno cada vez más elevado, y el avión bajaba y subía como un ascensor descontrolado. El hombre sentado al otro lado del pasillo había alcanzado un tono de verde que yo nunca creí que el semblante humano pudiera lograr. Mi amiga también se dio cuenta, y fue toda compasión. Se inclinó sobre el pasillo.

— ¿Se siente mal, *señor**? —inquirió. El afirmó con la cabeza sin pronunciar palabra.

— ¡Pobrecito! —dijo ella. Escarbó en su bolso, sacó una enorme bolsa de caramelos ácidos muy pringosos, y se los ofreció con un rápido movimiento.

—Son muy buenos para el mareo —proclamó—. Tome uno.

El pobre hombre echó una mirada a la horrible masa compacta de la bolsa y sacudió la cabeza vigorosamente. Mi amiga se encogió de hombros, le lanzó una mirada de lástima y se metió tres caramelos en la boca. Mientras los chupaba enérgica y ruidosamente, le llamó la atención algo que hasta entonces había escapado a su vista de lince, la bolsita de papel marrón que se hallaba en una red adosada al respaldo del asiento de delante de nosotros. Tiró de ella y miró su interior preguntándose evidentemente si escondería alguna otra magnífica prueba de generosidad de la amable compañía aérea. Después se dirigió a mí, sorprendida.

— ¿Para qué sirve esto? —me preguntó con voz penetrante.

Le explique la necesidad de la bolsa de papel. La sujetó en alto y la examinó minuciosamente.

— Bueno —dijo finalmente—, si yo me mareara, necesitaría algo *mucho* más grande que *esto*.

El hombre del otro lado del pasillo echó una mirada a sus amplias formas y al tamaño de la bolsa de papel marrón, y la visión conjurada por las palabras de la mujer fue, evidentemente, demasiado para él, porque se lanzó rápidamente en busca de su propia bolsa marrón y enterró su cara en ella.

Cuando finalmente el avión tocó tierra, mi amiga y yo fuimos los únicos que bajamos sin que pareciera que acabábamos de pasar un huracán. En el vestíbulo del aeropuerto la esperaba su hijo, un hombre de cara agradable y con un tipo idéntico al de su madre. Profiriendo agudos chillidos, avanzaron ondulando el uno hacia el otro y se abrazaron con un choque de grasas temblorosas. Cuando emergieron del abrazo, fui presentado y alabado por haberme ocupado de mi protegida durante el viaje. Luego, como el conductor que tenía que venir a recogerme no aparecía por ningún lado, toda la familia Lillipampila (hijo, mujer, tres niños y abuela) salieron en su busca por el aeropuerto como perros de caza, hasta que lo encontraron. Me acompañaron al coche, me abrazaron, me dijeron que no dejase de ir a verlos cuando fuese a Salta y se quedaron allí, formando una sólida fachada de grasa, rebotando alegría y diciéndome adiós con la mano hasta que mi coche se alejó camino de Calilegua, en donde iba a quedarme. La amabilidad en Argentina puede ser abrumadora, y, después de haber sido abrazado por todos los Lillipampila, me dolían todos los huesos. Di un cigarrillo al conductor, encendí uno para mí, me recosté en el asiento y cerré los ojos. Sentí que me merecía unos momentos de descanso.

Capítulo 5

La elegancia de las hierbas, la novedad de las plantas parasitarias, la belleza de las flores, el verde brillante del follaje y, por encima de todo, la exuberancia general de la vegetación, me llenaron de admiración.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*.

Calilegua era una hacienda dedicada principalmente a la producción de azúcar, aunque también producía cierta cantidad de las variedades más tropicales de fruta para el mercado bonaerense. Era una llanura lisa contenida en una media-luna de montañas cubiertas de espesa selva tropical. Resultaba curioso lo repentinamente que se encontraba una aquella exuberancia de vegetación. Dejamos el aeropuerto y durante la primera hora más o menos avanzamos entre un paisaje reseco de colinas medio erosionadas, cocidas por el sol, cubiertas de maleza, salpicadas aquí y allá de grandes troncos hinchados de *paloborrachos** con la corteza tan espesamente recubierta de espinas como el lomo de un erizo, y acá y allá un cactus gigante elevándose quizá hasta unos veinte pies de altura, decorado con extrañas ramas curvas. También ellos eran espinosos y hostiles. Después de un par de curvas descendimos velozmente por la ladera de una colina, entramos en el valle de Calilegua y la vegetación cambió tan bruscamente que casi hacía daño a la vista. Ahí estaban los intensos verdes de los trópicos, con tantos matices y algunos de tal verdor que el verde del paisaje inglés parecía gris en comparación. En ese momento, como para asegurarme que estaba de vuelta en los trópicos, una pequeña bandada de periquitos cruzó volando en picado sobre la carretera, silbando y chillando. Poco después adelantamos a un grupo de indios, vestidos con camisas y pantalones raídos y llevando gigantescos sombreros de paja. Eran bajos y rechonchos, con facciones mongoloides y esos curiosos ojos endrinos sobre los que parece extenderse un polvillo, como el de la ciruela, que oculta todo pensamiento y toda expresión. Al pasar nosotros, miraron el coche sin curiosidad. Después de estar entre europeos durante tanto tiempo, y en el escenario raso de la Pampa y de la Patagonia, los indios, los periquitos y la intensidad de la región que atravesábamos se me subieron a la cabeza como el vino.

Pronto el conductor aminoró la marcha y se desvió de la carretera principal para enfilear un áspero sendero bordeado de espesos grupos de bambúes gigantes, algunas de cuyas cañas eran tan gruesas como el muslo de un hombre y tenían un color pálido de miel, con rayas como las del tigre, verdes. Esas enormes cañas se inclinaban graciosamente sobre la carretera y sus ondulantes hojas se entrelazaban en lo alto de tal forma, que la carretera estaba oscura y parecía que condujésemos por la nave de una catedral. La luz del sol brillaba y oscilaba entre los tallos gigantes mientras avanzábamos por el sendero lleno de surcos, y por encima del ruido del motor se oían los extraños quejidos y chirridos que producen los bambúes mecidos por el viento. Pronto llegamos a una casa medio oculta bajo un aluvión de flores y plantas trepadoras, y allí paró el coche. Joan Lett, que, con su marido, Charles, me había invitado a Calilegua, salió a saludarme, me llevó a la casa y me ofreció una taza de té que fue de lo más bienvenida. Luego, cuando Charles volvió del trabajo, nos sentamos en la terraza en el difuminado añil que se transformaba en noche y discutimos mi plan de campaña.

Mi experiencia en casi todas las partes del mundo me ha enseñado que si vas a una zona medianamente bien poblada, puedes conseguir la mayoría de la fauna local común sin muchas dificultades, porque la gente del lugar tiene esos animales como animales domésticos o los crían hasta que crecen lo suficiente como para constituir la base de una comida. De modo que lo primero que hay que hacer es dar una vuelta por los ranchos y los pueblos de la vecindad y comprar lo que se pueda. Luego pasa uno revista a su colección y suple el mismo los vacíos, que son generalmente los animales raros. Expuse esta filosofía a Charles, mientras el hielo tintineaba musicalmente en nuestras tónicas con ginebra, pero, para mi consternación, no se mostró de acuerdo conmigo. Dijo que no creía que los indios de Calilegua tuviesen nada como ganado, sino sólo la colección normal de gatos, perros y pollos. Sin embargo, me prometió que al día siguiente le diría a uno de sus ayudantes más inteligentes que hiciese averiguaciones en el pueblo y me informase de los resultados. Me fui a la cama fortalecido por la ginebra pero en un estado de ánimo lúgubre, preguntándome si, después de todo, no me

había equivocado al ir allí. Ni siquiera el suave murmullo de los grillos en el jardín, ni las enormes estrellas temblorosas que me decían que estaba otra vez en el trópico, consiguieron animarme.

A la mañana siguiente, sin embargo, vi las cosas con más optimismo. Después de desayunar, me encontraba en el jardín mirando cómo una bandada de mariposas doradas, azules y plateadas se alimentaba de las flores escarlatas de un arbusto, cuando llegó Luna. Le había oído cantar, con una agradable voz de tenor, mientras se acercaba por la avenida de cañas, y cuando llegó a la entrada, se calló, dio unas palmadas, como suele hacerse en Sudamérica cuando se llega a una casa, abrió la portezuela y se reunió conmigo junto al arbusto y las mariposas. Era un hombre menudo, de unos cinco pies de altura, tan delgado como un niño de catorce años. Tenía una hermosa cara, ligeramente parecida a una calavera, con enormes ojos oscuros y pelo negro cortísimo. Me tendió una mano que parecía tan frágil como las mariposas que nos rodeaban.

— ¿Señor Durrell?* —preguntó.

— Sí —contesté estrechándole la mano con cuidado por miedo a romperle la muñeca.

— Soy Luna —dijo, como si eso fuese suficiente explicación.

— ¿Le manda el Sr. Lett? —pregunté.

— Sí, sí* —contestó sonriéndome con mucho encanto y dulzura.

Nos quedamos un rato mirando a las mariposas moverse de un lado a otro entre las flores rojas, mientras me devanaba los sesos buscando las frases apropiadas en español.

— ¡Qué lindo! —dijo Luna señalando las mariposas— ¡qué bichos más lindos!*

— Sí —dije. Hubo otra pausa, y nos sonreímos amistosamente.

— ¿Habla inglés? —pregunté esperanzado.

— No, muy poco —dijo Luna abriendo las manos y sonriendo con delicadeza como si deplorase aquella terrible laguna en su educación.

Estaba claro que su conocimiento de mi lengua era de un calibre comparable a mi conocimiento de la suya. Más tarde resultó que no me había equivocado. Ambos podíamos entender una conversación bastante complicada en la lengua del otro, pero ninguno de los dos podía hacer nada más que hilar unos cuantos nombres y verbos juntos, de la forma menos gramatical.

—Usted... yo... ir Helmuth —sugirió Luna repentinamente, agitando su delicada mano.

Acepté, preguntándome qué sería un Helmuth. Nunca había oído esa palabra, y, que yo supiera, podía ser cualquier cosa, desde un nuevo modelo de motor a reacción hasta una sala de fiestas especialmente mala. No obstante, estaba dispuesto a intentar lo que fuera al menos una vez, sobre todo si resultaba ser una sala de fiestas. Anduvimos por la avenida de caña que chirriaba, crujía, gemía y susurraba musicalmente, y llegamos a una amplia zona de césped salpicada de gigantescas palmeras con los troncos cubiertos de plantas parásitas y de orquídeas. Caminamos a través de ellas hacia un largo edificio de ladrillo rojo de una planta, mientras los colibríes volaban a sacudidas y zumbaban a nuestro alrededor brillando y cambiando con el delicado resplandor de una pompa de jabón. Luna me condujo a través de unas puertas con mosquiteros hasta un comedor amplio y fresco, donde, sentado él solo a la cabecera de una enorme mesa devorando un desayuno, había un hombre de unos treinta años, con pelo de color azúcar candí, intensos ojos azules y una divertida cara roja y como de cuero. Levantó la vista cuando entramos y nos dirigió una sonrisa amplia y picara.

— Helmuth —dijo Luna señalando al individuo como si hubiese ejecutado un truco mágico especialmente difícil. Helmuth se levantó de la mesa y me tendió una mano grande y pecosa.

— Hola —dijo, aplastándome la mano dentro de la suya—, soy Helmuth. Siéntese y tome algo.

Le expliqué que ya había desayunado, así que Helmuth volvió a sus viandas, hablándome entre bocado y bocado, mientras Luna, sentado al otro lado de la mesa, dejaba caer la cabeza lánguidamente y tarareaba suavemente para su capote.

— Charles me dijo que quiere animales, ¿eh? —dijo Helmuth—. Aquí no sabemos gran cosa de animales. Hay muchos, claro, en las montañas, pero no sé lo que encontrará en los pueblos. Yo creo que no

mucho. De todas maneras, cuando termine vamos a ver, ¿eh?

Cuando Helmuth se hubo asegurado, muy a su pesar, de que no quedaba nada comestible en la mesa, nos empujó a Luna y a mí afuera, a su furgoneta, nos amontonó en ella y nos llevó al pueblo por las carreteras polvorientas y llenas de rodadas que, a las primeras gotas de lluvia, se convertían en barro pegajoso.

El pueblo era bastante típico; estaba formado por pequeñas casuchas de paredes construidas con los recortes mellados del aserradero y encaladas. Cada choza estaba en su pedazo de tierra, rodeada de una valla de caña, y esos jardines a veces estaban llenos de una rara variedad de latas viejas, ollas, y barriles rotos rebosantes de flores. Anchas zanjas llenas de agua embarrada separaban esos «jardines» de la carretera, atravesadas ante cada puerta por un puentecillo desvencijado de ramas toscamente clavadas. Helmuth paró frente a una de esas casuchas. Escudriñó esperanzado los miles de granados cubiertos de flores rojas que llenaban el pequeño jardín.

— Creo que el otro día vi un loro aquí —explicó.

Dejamos la furgoneta y cruzamos el puentecillo desvencijado que conducía a la puerta de caña. Dimos unas palmadas y esperamos pacientemente. Del interior de la casucha surgió pronto una bandada de niños de color chocolate, todos ellos vestidos con ropa limpia pero raída. Se alinearon como un ejército de defensa, mirándonos con sus ojos negros, y, todos, sin excepción, chupándose el pulgar vigorosamente. Les seguía su madre, una mujer india baja y bastante guapa con una sonrisa tímida.

— Pasen, señores, pasen —nos llamó, haciéndonos señas de que pasásemos al jardín.

Entramos, y mientras Luna se ponía en cuclillas y mantenía una conversación en voz baja con la fila de niños fascinados, Helmuth se dirigió a la mujer rezumando buena voluntad y personalidad.

—Este *señor** —dijo agarrándome firmemente el hombro como si temiera que me fuera a escapar—, este *seño*** quiere *bichos*, *bichos** vivos, ¿eh? El otro día, cuando pasé por su casa, vi que tenía Vd. un loro, bastante feo y muy corriente, de una especie que creo que a este señor no le interesará. A pesar de todo quiero que él lo vea, aunque no valga nada.

La mujer montó en cólera.

— Es un loro precioso —dijo con voz chillona y muy indignada—, un loro precioso y además de un tipo rarísimo. Es de muy arriba, de las montañas.

— Tonterías —dijo Helmuth con firmeza—. Vi muchos como ése en el mercado de Jujuy, y son tan comunes que casi los dan regalados. Evidentemente, éste es de la misma clase.

— El *señor** está equivocado —dijo la mujer—, éste es un pájaro muy poco común, muy lindo y mansito.

— A mí no me parece tan lindo —dijo Helmuth, y añadió arrogante—, y en cuanto a manso, a este señor le es totalmente indiferente que sea manso o fiero como un **puma**.

Me pareció hora de intervenir en la disputa.

— Er... Helmuth—dije vacilante.

— ¿Sí? —dijo volviéndose hacia mí y mirándome con sus ojos azules resplandecientes con el fulgor de la batalla.

— No quiero entrometerme, pero ¿no sería buena idea que yo viese el animalito antes de empezar a regatear? Quiero decir que a lo mejor es muy corriente o, por el contrario, bastante raro.

— Sí —dijo Helmuth sorprendido por la novedad de la idea— sí, vamos a ver ese loro.

Se volvió y miró ferozmente a la mujer.

— A ver, dónde está este pájaro condenado... La mujer señaló en silencio por encima de mi hombro izquierdo, y al darme la vuelta descubrí que el loro estaba posado entre las verdes hojas del granado a unos tres

pies de distancia, como interesado espectador del regateo. Tan pronto como lo vi supe que tenía que conseguirlo porque era muy raro. Se trataba de un loro hablador, de la especie *Amazona Tucumanis* de frente roja, un ave, por decir lo mínimo, insólita en las colecciones europeas. Era pequeño para ser un loro *Amazona*, y su plumaje era de un rico verde hierba con más de una traza de amarillo aquí y allá; tenía unos anillos pelados y blancos alrededor de los ojos oscuros, y toda su frente era de un rico color escarlata. Donde terminaban las plumas en cada pata, parecía que llevase ligas anaranjadas. Lo miré codiciosamente. Luego, tratando de borrar la expresión adquisitiva de mi cara, me volví hacia Helmuth y me encogí de hombros con estudiado desdén, que estoy seguro que no engañó ni por un momento a la dueña del loro.

— Es rarísimo —dije, tratando de dar a mi voz un tono de antipatía y aversión hacia el loro—. Tengo que conseguirlo.

— ¿Ve? —dijo Helmuth volviendo al ataque—. El señor dice que es un pájaro muy común y que tiene seis iguales en Buenos Aires.

La mujer nos miró a los dos con profunda sospecha. Traté de adoptar la expresión del que tiene seis loros *Amazona Tucumanis* y carece totalmente de interés por adquirir uno más. La mujer vaciló y luego jugó su mejor carta.

— Pero éste habla —dijo triunfalmente.

— Al señor le da igual que hable o que no hable —cortó Helmuth rápidamente.

Para entonces nos habíamos acercado todos al pájaro y formábamos un círculo alrededor de la rama en que estaba, mientras él nos miraba inexpresivamente.

— *Blanco... Blanco** —le dijo dulcemente la mujer—, ¿*como te va?, Blanco?**.

— Le daremos treinta pesos por él —dijo Helmuth.

— Doscientos —dijo la mujer—. Doscientos pesos es muy poco por un loro que habla.

— Tonterías —dijo Helmuth—. Además, ¿cómo sabemos que habla? No dijo nada.

— Blanco, Blanco —le dijo la mujer desesperada—, hablale a mamá, habla Blanco.

Blanco nos observó meditabundo.

— Cincuenta pesos, y es un montón de plata por un pájaro que no habla —dijo Helmuth.

— ¡*Madre de Dios**, pero si no para de hablar en todo el día! —dijo la mujer, a punto de llorar—, dice cosas muy lindas... jamás escuché un loro que hablara así.

— Cincuenta pesos, lo toma o lo deja —dijo Helmuth categóricamente.

— Blanco, Blanco, habla —rogó la mujer—, díles algo a los señores... por favor.

El loro erizó sus verdes plumas con un ruido de seda, ladeó la cabeza y hablo:

— *Hijo de puta** —dijo clara y lentamente. La mujer se quedó como paralizada, con la boca abierta, incapaz de creer en la perfidia de su loro. Helmuth profirió un profundo suspiro como del que sabe que ha ganado la batalla. Lentamente, y con una expresión extremadamente malévola se volvió hacia la infortunada mujer.

— ¡Aja! —masculló como el malo de un melodrama—. ¡Aja! Con que ésta en su idea de un loro que habla, ¿eh?

— Pero *señor**... —empezó la mujer débilmente.

— ¡Basta! —dijo Helmuth interrumpiéndola—. Ya oímos bastante. Un extraño entra en su casa para ayudarle pagándole dinero (dinero que usted necesita) por un pájaro que no sirve para nada. ¿Y qué hace usted? Lo trata de engañar diciéndole que el pájaro habla para que pague más.

— Pero si, si que habla —protestó la mujer débilmente.

— Sí, *pero ¿qué dice?* —dijo Helmuth haciendo silbar las palabras. Se calló, se puso completamente dere-

cho, respiró profundamente y rugió:

—Le dijo a este señor tan bueno y tan amable que es un hijo de puta.

La mujer miró al suelo y revolvió la tierra con sus pies descalzos. Estaba derrotada y lo sabía.

— Ahora que el señor se enteró de las cosas tan feas que usted le enseñó a este loro, no creo que lo quiera —continuó Helmuth—. Me parece que ahora no va a querer darle ni siquiera cincuenta pesos por un loro que lo insultó a él, y encima a la madre.

La mujer me lanzó una rápida mirada y volvió a contemplarse los pies. Helmuth se volvió hacia mí.

— Ya es nuestra —dijo en tono suplicante—, todo lo que tiene que hacer ahora es aparentar estar muy ofendido.

— Pero si estoy muy ofendido —dije tratando de parecerlo y de reprimir las ganas de soltar una carcajada—. En realidad, nunca, en una larga carrera de ofensas, he estado tan ofendido.

— Lo está haciendo muy bien —dijo Helmuth, extendiendo las dos manos hacia mí como si me pidiera que me ablandase—. Ahora ceda un poco.

Traté de parecer severo pero clemente, como uno de los santos menos jocosos que se ven en los iconos.

— Bueno —dije a regañadientes—. Pero sólo por esta vez. ¿Ha dicho cincuenta?

— Sí —dijo Helmuth, y mientras yo sacaba la billetera, se volvió otra vez a la mujer—. El señor, como es la amabilidad personificada, le ha perdonado el insulto. Le pagaré los cincuenta pesos que usted con tan mala fe le pidió.

La mujer resplandeció de alegría. Le entregué los mugrientos billetes y luego me acerqué al loro. Me miró meditabundo. Le acerqué un dedo, trepó a él gravemente, y luego, por el brazo, al hombro. Ahí se detuvo, me lanzó una mirada de complicidad y dijo bastante alto y claro:

— *¿Cómo te va, cómo te va, qué tal?** —y luego se rió con malicia.

—Vamos —dijo Helmuth vigorizado con esta sesión de regateo—. Vamos a ver qué más encontramos.

Despedimos a la mujer con una inclinación de cabeza que ella nos devolvió. Luego, mientras cerrábamos la puerta de caña y entrábamos en el coche, Blanco giró sobre mi hombro y lanzó su disparo de despedida.

—*Estúpida** —llamó a su antigua dueña—, *muy estúpida **.

— Este loro —dijo Helmuth arrancando el coche a toda prisa— es el mismísimo diablo.

Yo me inclinaba a darle la razón.

Nuestro recorrido por el pueblo no resultó totalmente improductivo. Preguntando cuidadosamente y sometiendo a interrogatorio a casi todas las personas que encontramos, nos las arreglamos para conseguir otros cinco loros *Amazona* de frente amarilla, un armadillo y dos guanés de cuello gris. Estos últimos pertenecen a la especie de aves de caza conocidas en el lugar como *charatas**, que es un nombre onomatopéyico que se parece al sonido que emiten. A primera vista se asemejan bastante a la hembra de algunas especies de faisán, delgada y algo pardusca. El color básico de la charata es un marrón bastante curioso (ese marrón pálido del chocolate pasado) que se va apagando hasta convertirse en gris en el cuello. Pero al verla al sol se descubre que lo que se tomó por un marrón mate es en realidad ligeramente tornasolado con un brillo dorado. Bajo la barbilla tienen dos carnosidades rojas colgando y, cuando se excitan, las plumas de la cabeza se estiran formando una especie de cresta que parece un corte de pelo a cepillo algo crecido. Las dos charatas eran jóvenes y habían sido sacadas del nido cuando tenían pocos días y criadas en casa, así que eran muy dóciles. Los loros *Amazona* también eran dóciles, pero ninguno de ellos tenía la riqueza de vocabulario de Blanco. Todo lo que hacían era murmurar «*Lorito*»^a intervalos y silbar estridentemente. De todas formas pensé que para una mañana de trabajo no estaba del todo mal, así que llevé mis compras triunfalmente a casa, donde Joan Lett me había cedido amablemente su garaje vacío para que lo utilizara como una especie de almacén para mis bichos.

Como todavía no tenía jaulas preparadas para mi prole, tuve que dejarlos sueltos en el garaje y esperar que todo saliera lo mejor posible. Sorprendentemente, el arreglo funcionó muy bien. Los loros encontraron cómodas perchas fuera del alcance de los picotazos mutuos, y, aunque se había decidido claramente que Blanco

era el jefe, no hubo peleas violentas. Las charatas también encontraron perchas, pero sólo las usaron para dormir, porque preferían pasar los días rondando por el suelo del garaje, echando la cabeza hacia atrás de vez en cuando, y lanzando su estridente chillido. El armadillo, tan pronto como lo soltamos, huyó a esconderse detrás de una gran caja; allí se pasó todo el día meditando, y sólo salió de noche, de puntillas, para comer, lanzando miradas subrepticias y asustadas a los pájaros dormidos.

Al día siguiente ya había corrido por el pueblo la noticia de que había llegado un *gringo** loco dispuesto a pagar buen dinero por animales vivos, y empezó a llegar el primer goteo de muestras. El primero en llegar fue un indio que llevaba atada a una larga cuerda una serpiente coral con rayas amarillas, negras y rojas, como una vieja corbata de colegio especialmente horrenda. Desgraciadamente, en su entusiasmo, el indio había apretado demasiado la cuerda alrededor del cuello del reptil, de modo que estaba muy muerto.

Con la siguiente oferta tuve más suerte. Llegó un indio estrechando tiernamente contra su pecho un gran sombrero de paja. Después de un cortés intercambio de saludos le pedí que me enseñara lo que llevaba tan cuidadosamente protegido en el sombrero. Me lo alargó, mirándome esperanzado, y al escudriñar en las profundidades del sombrero, vi echado en el fondo, con una expresión inocente en la cara, un delicioso gatito. Era un cachorro de gato montes, una especie pequeña de gato salvaje cada vez más rara en Sudamérica. Su color básico era un color cervato, amarillento pálido, y estaba salpicado de bonitas manchas marrón oscuro por todo el cuerpo. Me miró con sus grandes ojos azul-verdoso desde el interior del sombrero, como pidiéndome que le cogiera. Debía habérmelo esperado. Sé por experiencia que son siempre las criaturas aparentemente más inocentes las que te hacen el mayor daño. Sin embargo, engañado por su expresión angelical, estiré la mano y traté de cogerle por el cogote. Al instante ya tenía un doloroso mordisco en la yema del pulgar y doce surcos rojos y profundos en el dorso de la mano. Mientras retiraba la mano maldiciendo, el gatito volvió a su inocente postura, al parecer en espera de ver qué otro juego le tenía preparado. Mientras me chupaba la mano como un vampiro a punto de morir de inanición, regateé con el indio y finalmente compré a mi adversario. Después lo volqué, mientras él silbaba y gruñía como un jaguar en miniatura, del sombrero a una caja llena de paja. Le dejé que se tranquilizara durante una hora más o menos. Me daba la sensación de que su captura y posterior transporte en un sombrero de paja debían tener la culpa de su miedo y, por lo tanto, de su mal genio, porque el animal no debía tener más que unas dos semanas, o al menos eso me pareció.

Cuando pensé que se habría tranquilizado y estaría dispuesto a aceptar mis ofertas de amistad, destapé la caja y me asomé esperanzado. Por tres milímetros no perdí el ojo izquierdo. Me limpié la sangre de la mejilla pensativo; estaba claro que mi última adquisición no iba a ser fácil. Envolviéndome la mano en un trozo de arpillera coloqué un plato con huevo crudo y carne en pedacitos en un rincón de la caja, y un cuenco de leche en otro y luego dejé que el gatito se valiera por sí solo. A la mañana siguiente no había tocado ninguno de los dos alimentos que le había ofrecido. Con la premonición de que me iba a doler más a mí que al gatito llené un biberón con leche tibia, me envolví la mano en arpillera y me acerqué a la caja.

Debo decir que he acumulado, en bastantes ocasiones, experiencia suficiente para conseguir que un animal asustado, irritado o simplemente estúpido, beba de un biberón, y creí que sabía la mayoría de los trucos. El gatito montes comenzó a demostrarme que, para él, yo no era más que un aprendiz en el juego. Era tan ágil, tan rápido y tan fuerte para su tamaño que después de media hora de lucha me sentía como si hubiera estado intentando coger una gota de mercurio con un par de palancas. Quedé cubierto de leche y de sangre y totalmente exhausto, mientras el gatito me miraba con ojos llameantes y parecía dispuesto a continuar la pelea otros tres días más si era necesario. Lo que más me irritaba era que el gatito tenía —lo había sufrido en mi propia carne— unos dientes bien desarrollados, y no parecía haber ninguna razón para que no comiera y bebiera por su propia voluntad, pero comprendí que debido a su testarudez sería perfectamente capaz de dejarse morir de hambre. El biberón parecía ser la única forma de meterle dentro algo de alimento. Le volví a dejar en su caja, me lavé las heridas y precisamente cuando estaba emplastándome las más profundas, llegó Luna cantando alegremente

— Buenos días, Gerry —dijo, y de pronto se paró en seco y se quedó mirando mi sangriento estado. Abrió mucho los ojos, porque todavía sangraba profusamente por varios arañazos de poca importancia.

— ¿Qué es eso? —preguntó.

— Un gato...—dije irritado.

— ¿Puma... jaguar? —preguntó con optimismo.

— No —dije con desgana—, *chico gato montes**.

— ¿Un *gato montes chico* " —repitió incrédulo— le hacer eso?

— Sí. El muy desgraciado no quiere comer. Probé a darle biberón, pero es como un condenado tigre. Lo que ése necesita es un modelo... —mi voz se apagó al ocurrírseme una idea. — Vamos, Luna, vamos a ver a Edna.

— ¿Por qué Edna? —preguntó Luna sin aliento mientras me seguía por la carretera en dirección a la casa de Helmuth.

— Ella puede ayudarme —dije.

— Pero, Gerry, a Helmuth no le va a gustar que el *gato montes* * muerda a Edna —me dijo Luna en español.

— No le va a morder —expliqué—. Sólo quiero que me dé un gatito.

Luna me miró, con sus ojos oscuros, sorprendidos, pero el asunto era demasiado complicado para él, así que se limitó a encogerse de hombros y a seguirme hasta la puerta de Helmuth. Di unas palmadas y entré en el confortable cuarto de estar de Helmuth y Edna, donde ésta se hallaba oculta tras un enorme montón de calcetines, zurciendo plácidamente y escuchando el gramófono.

— Hola —dijo sonriéndonos con su sonrisa ancha y atractiva—, ahí tienen la ginebra, sírvanse.

Edna tenía un carácter plácido y sereno. Nada le preocupaba excesivamente. Estoy seguro de que si un día entrara alguien en su cuarto de estar con catorce marcianos a remolque, sencillamente sonreiría y señalaría la ginebra.

— Gracias —le dije—, pero no he venido por la ginebra, aunque le parezca raro.

— Sí que suena raro —asintió Edna, sonriéndome maliciosamente—. Bueno, y si no quiere ginebra, ¿qué quiere?

— Un gatito.

— ¿Un gatito?

— Sí... ya sabe, un gato pequeño.

— Hoy Gerry está *loco* —dijo Luna con convicción, sirviendo dos generosas medidas de ginebra y acercándome una.

— Acabo de comprar un bebé de *gato montes* * —expliqué a Edna—. Es enormemente salvaje. No quiere comer solo y mire lo que me ha hecho cuando he intentado alimentarlo con un biberón. —Le mostré mis heridas. Los ojos de Edna se agrandaron.

— Pero ¿cómo es de grande el animal? —preguntó.

— Del tamaño de un gato doméstico de dos semanas.

Edna se puso seria. Dobló el calcetín que estaba zurciendo.

— ¿Se desinfectó esas heridas? —preguntó, preparándose obviamente para una orgía médica.

— No se preocupe por las heridas... Me las he lavado... Lo que quiero es que me de un gatito, un gatito corriente. ¿No dijo el otro día que estaban llenos de gatos?

— Sí —dijo Edna—, tenemos muchos gatitos.

— Entonces, ¿me da uno?

Edna lo pensó.

— ¿Si le doy un gatito, me dejará que le desinfecte las heridas? —preguntó astutamente. Yo suspiré.

— De acuerdo, chantajista —dije.

Así que Edna desapareció en el interior de la cocina de donde salieron agudas exclamaciones y risas. Luego

volvió con un cuenco de agua caliente y comenzó a ocuparse de mis cortes y mordiscos, mientras llenaba el cuarto una procesión de criadas indias medio histéricas que llevaban en brazos grupos de gatitos de todas las formas y colores, desde unos que todavía tenían los ojos cerrados, hasta otros que eran más crecidos y parecían casi tan salvajes como mi gato montes. Finalmente escogí una gatita atigrada, gorda y plácida, que tenía aproximadamente el mismo tamaño y la misma edad que mi gato salvaje, y me la llevé triunfalmente al garaje. Allí pasé una hora construyendo una tosca jaula mientras la gatita ronroneaba vigorosamente y se frotaba contra mis piernas, haciéndome tropezar de vez en cuando. Cuando terminé la jaula puse a la gatita primero, y la dejé una hora o así a que se acostumbrara.

La mayoría de los animales salvajes tienen muy desarrollado el sentido del territorio. En estado salvaje tienen su pedazo de bosque o de pradera particular, que consideran su propia reserva y la defienden contra cualquier animal de su misma especie (y a veces de otras especies) que intente entrar en ella. Cuando pones a animales salvajes en una jaula, la jaula se convierte para ellos en su territorio, de forma que si introduces otro animal en la misma jaula, el primer ocupante la defenderá, probablemente, con toda su fuerza, y fácilmente te encontrarás con una lucha a muerte. Así que, generalmente tienes que emplear mucha astucia. Supongamos, por ejemplo, que tenemos un animal grande y vigoroso, a todas luces capaz de cuidar de sí mismo, y que ha estado en una jaula unas cuantas semanas. Después conseguimos otro animal de la misma especie y queremos encerrarlos juntos porque nos conviene. Si metemos al animal nuevo en la jaula del primero, éste puede muy bien matarlo. Así que lo mejor es construir una jaula nueva y meter en ella al más débil de los dos animales. Cuando éste se ha instalado por completo, se mete al más fuerte con él. El más fuerte seguirá siendo el dominante, naturalmente, e incluso podrá intimidar al más débil, pero al introducirse en el territorio de otro, se ha mitigado su fiereza potencial. Es una forma de desmoralización que todo coleccionista de animales tiene que poner en práctica en alguna ocasión.

En este caso, yo estaba seguro de que el gato montes era muy capaz de matar a la gatita doméstica si metía a la gatita con él, en lugar de hacerlo al revés, así que una vez que la gatita se había instalado cogí al gato montes, le empujé, mientras él gruñía y rabiaba, al interior de la jaula, y esperé a ver qué pasaba. La gatita se mostró encantada. Se acercó al enfurruñado gato montes y empezó a frotarse contra su cuello ronroneando muy alto. El gato montes, sorprendido por esta acogida como yo esperaba, se conformó con escupir con bastante grosería, y se retiró a un rincón. La gatita, habiendo hecho los primeros intentos amistosos, se sentó, ronroneando muy alto, y se puso a lavarse con aire satisfecho. Cubrí la parte delantera de la jaula con un trozo de arpillera y les dejé que se acomodaran, porque ahora estaba seguro de que el gato montes no haría ningún daño a la gatita.

Aquella tarde, cuando levanté la arpillera, les encontré echados el uno junto al otro, y el gato montes, en lugar de escupirme como había hecho hasta entonces, se contentó simplemente con levantar el labio a modo de advertencia. Introduje cuidadosamente en la jaula un gran cuenco de leche y un plato con la carne cortada en trocitos y el huevo crudo que quería que se comiese el gato montes. Esta era la prueba crucial, porque tenía la esperanza de que la gatita se abalanzaría sobre la deliciosa comida y, con su ejemplo, animaría al gato montes. Naturalmente, la gatita, ronroneando como un motor fuera de borda antiguo, se lanzó sobre el cuenco de leche, bebió un largo trago y luego se dedicó a la carne y al huevo. Yo me había retirado a un sitio desde donde podía ver sin ser visto y observaba al gato montes cuidadosamente. Al principio no demostró interés alguno, y se quedó tumbado con los ojos medio cerrados. Pero finalmente el ruido que hacía la gatita al comer el huevo y la carne —comía bastante suciamente— atrajo su atención. Se levantó cautelosamente y se acercó al plato mientras yo contenía la respiración. Olfateó delicadamente alrededor del borde del plato mientras la gata levantaba la cara, chorreando huevo crudo y le animaba con un maullido algo apagado por el trozo de carne que tenía en la boca. El gato montes se paró a meditarlo un momento y luego, para alegrar mi alma, se sentó junto al plato y empezó a comer. A pesar de que debía tener un hambre feroz, comía delicadamente, lamiendo un poco el huevo crudo y cogiendo luego un pedazo de carne, que masticaba cuidadosamente antes de tragar. Les observé hasta que, entre los dos, habían limpiado los dos platos. Se los volví a llenar con leche, huevo y carne y me fui a la cama muy satisfecho. A la mañana siguiente los dos platos estaban relucientes y el gato montes y la gata estaban abrazados el uno al otro y profundamente dormidos, con las barriguitas abultadas como dos globos peludos. No se despertaron hasta el mediodía y, cuando lo hicieron, ambos tenían un aspecto totalmente disoluto. Pero cuando me vieron acercarme con los platos de comida, los dos mostraron considerable interés y supe que la batalla contra el gato montes estaba ganada.

Capítulo 6 Una ciudad de *bichos*"

La excitación ante la novedad de las cosas y la posibilidad de éxito, le estimulaban a aumentar su actividad.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*.

Desde mi llegada a Calüegua, Luna había estado dándome la lata para que le acompañara a una ciudad llamada Oran, situada a unas cincuenta millas de distancia, donde, me aseguró, conseguiría un montón de *bichos**. Yo tenía mis recelos respecto a la idea, porque sabía lo fácil que es correr frenéticamente de un lugar a otro buscando animales, y, aunque cada ciudad por separado puede ser un buen centro, se consigue muy poco dedicándose a actividades propias de un saltamontes. Decidí hablarlo con Charles, así que, aquella tarde, mientras estábamos sentados tranquilamente, bebiendo ginebra y mirando una luna con halo azul que plateaba las hojas de palma, le expliqué mi problema.

— ¿Por qué está Luna tan encariñado con Oran? —pregunté.

— Bueno —dijo Charles fríamente—, por de pronto, es su ciudad natal, pero eso podría ser una ventaja, porque significa que conocerá a todo el mundo. Creo que no estaría mal que fueras a investigar, Gerry. Tiene una población mucho mayor que Calilegua, y en vista de lo que has encontrado aquí, creo que allí podrás conseguir el doble de cosas.

— ¿Puede Luna tomarse unos días de permiso? —pregunté.

Charles sonrió con su suave sonrisa.

—No creo que en tres días notemos su ausencia —dijo—, y tú tendrás tiempo para despojar a Oran de toda la fauna que se oculte allí.

— ¿Podríamos irnos el lunes? —pregunté con optimismo.

— Si —dijo Charles—, eso me parece bien. * * *

— Estupendo —dije terminando mi bebida—, ahora tengo que cruzar a ver a Edna.

— ¿Por qué a Edna?

— Bueno, alguien tiene que dar de comer a mis bichos mientras estoy fuera, y confié en que Edna tenga buen corazón.

Encontré a Helmuth, Edna y Luna discutiendo los méritos relativos de dos canciones populares que escuchaban una y otra vez en el gramófono. Edna señaló en silencio las bebidas, yo me serví y luego me senté en el suelo a sus pies.

— Edna —dije en una pausa de la discusión—, te quiero.

Ella levantó una ceja burlonamente y me miró.

— Si Helmuth no fuera más fuerte que yo, te propondría que nos fugáramos —continué—. Desde el primer día que te vi, estoy loco por tí, por tus ojos, tu pelo, tu forma de servir ginebra...

— ¿Qué quieres? —preguntó.

Suspiré.

— No tienes corazón —me quejé—. No había hecho más que empezar. Bueno ya que quieres saberlo, Charles dice que Luna y yo podemos irnos a Oran tres días. ¿Puedes ocuparte tú de mis animales?

— Pero claro —dijo, sorprendida de que lo hubiese dudado por un momento.

— Pero claro —repitió Helmuth—. Gerry, eres muy tonto. Te digo que te vamos a ayudar en todo lo que podamos. No tienes más que pedirlo. Vamos a tratar de hacer lo que sea por tí.

Puso más ginebra en mi vaso.

— Menos —añadió de mala gana—, dejarte que te fugues con mi mujer.

Así que, el lunes por la mañana, temprano, Luna y yo nos marchamos en una pequeña furgoneta conducida por un individuo alegre y medio borracho que tenía un bigote tan grande que parecía una Reserva Natural. Nos llevamos sólo lo más esencial para el viaje: la guitarra de Luna, tres botellas de vino, mi cartera bien repleta de pesos, la grabadora y las máquinas de fotos. También llevábamos una camisa limpia cada uno, que el conductor había colocado, tierna y reverentemente, sobre un charco de aceite. Toda la noche anterior había estado lloviendo con una fuerza y una intensidad que sólo pueden darse en los trópicos; la lluvia se había transformado ahora en una llovizna fina y gris, pero la carretera de tierra se había convertido en una masa de la consistencia de un budín mal hecho. Luna, sin desanimarse por el tiempo, ni por la superficie de la carretera, ni por la dudosa capacidad de nuestro conductor, ni por el sino de nuestras camisas limpias, ni porque el techo de la furgoneta gotease delicada pero persistentemente, canturreaba alegremente mientras el coche avanzaba a toda velocidad, derrapando, por la carretera de Oran.

Llevábamos unos tres cuartos de hora de viaje cuando nuestro conductor, más concentrado en armonizar con Luna en una triste canción que en el coche, giró en una curva sobre dos ruedas, y, mientras nos deslizábamos milagrosamente a la posición correcta de nuevo, vi más adelante algo que hizo que se me cayese el alma a los pies. Delante de nosotros había un torrente de agua rojiza veteada de espuma y de unas cuatrocientas yardas de anchura. A la orilla, como una fila de elefantes deprimidos, había tres camiones, mientras que en mitad de la corriente, ladeado por la fuerza del agua, otro camión era arrastrado laboriosamente hacia la orilla opuesta por algo parecido a un tractor gigante provisto de un manubrio y un cable de acero. Nuestro conductor se unió a la fila de camiones que esperaban, apagó el motor y se volvió a nosotros.

— *Mucho agua* * —me indicó, por si acaso mi vista era defectuosa y me había pasado desapercibido el Golfo de Vizcaya en miniatura que teníamos que cruzar. Yo sabía que el día anterior ese ancho torrente no era probablemente más que un simple hilo de agua, superficial y reluciente sobre su lecho de cantos, pero una noche de lluvia lo había hecho crecer, de repente, fuera de toda proporción. Sabía, por experiencia, que un arroyo pequeño puede convertirse en un río grande y furioso en nada de tiempo, porque una vez, en África Occidental, mi campamento casi fue arrastrado por un arroyo que había empezado teniendo tres pies de anchura y cuatro pulgadas de profundidad, y que, en una hora más o menos, se había convertido en algo parecido a los tramos más altos del Amazonas. A quien no ha visto nunca esta súbita transformación le cuesta trabajo creerlo, pero puede ser uno de los aspectos más irritantes (y a veces más peligrosos) de los viajes por los trópicos.

Al fin, después de una hora de espera, el último camión había sido arrastrado y nos tocaba el turno a nosotros. Ataron el cable a nuestro parachoques y fuimos arrastrados delicadamente hacia la corriente. El agua fue subiendo lentamente, y fue adquiriendo fuerza hasta que empezó a susurrar y a lamer uno de los lados de la furgoneta como una marea en miniatura. Entraba a chorros por las rendijas de la puerta y se escurría por el suelo bajo nuestros pies. Poco a poco fue subiendo hasta cubrirnos los zapatos. Estábamos aproximadamente a medio camino y la fuerza del agua nos empujaba, suave pero firmemente, en la dirección de la corriente, de forma que, aunque al principio habíamos estado al mismo nivel del tractor, ahora estábamos unas cincuenta yardas más abajo. El cable estaba tirante y yo tenía la sensación de que éramos un pez gigantesco y deforme que los dos lacónicos indios del tractor estuviesen manipulando. El agua había llegado a la altura de los asientos; ahí se quedó un momento y luego se desbordó generosamente bajo nuestros traseros.

En este momento crucial, cuando estábamos sentados en media pulgada de agua helada, oímos pararse el manubrio.

— Arr —rugió nuestro conductor sacando la cabeza por la ventanilla, con el bigote vibrando de manera impresionante—, *¿qué pasa?**

Uno de los indios saltó del tractor y galopó lentamente por la carretera; el otro se echó hacia atrás el gran sombrero de paja y se acercó lentamente a la orilla del río.

— *No hay nafta** —explicó rascándose la barbilla con aire de satisfacción.

— Los muy desgraciados han escogido un momento estupendo para quedarse sin nafta —dije muy irritado a Luna.

—Sí —dijo Luna con desaliento—, pero el otro indio fue a buscarla. No tardará.

Pasó media hora. Y una. Para entonces nuestras regiones inferiores estaban tan congeladas que todos nos movíamos incómodos en los asientos tratando de recuperar la sensibilidad, haciendo ruidos como un grupo de hipopótamos disfrutando de un revolcadero en un pantano especialmente apetecible. Al fin, con gran alivio nuestro, apareció el indio galopando por la carretera con una lata de gasolina. El y el otro indio mantuvieron una larga discusión sobre cuál era la mejor forma de introducir el vivificante líquido en el tractor, mientras nuestro conductor rugía insultos entre sus dientes castañeantes. Pero finalmente dieron fin a la complicada operación, el tractor volvió a la vida, el cable se estiró y fuimos arrastrados lenta pero inexorablemente, hacia la orilla, mientras el nivel de agua bajaba en el interior del coche.

Cuando por fin llegamos a tierra seca, salimos todos del coche, nos quitamos los pantalones, y los retorcimos, mientras nuestro conductor acusaba a los indios, con mucha razón, de intento de homicidio, y ellos nos sonreían amistosamente. Luego, nuestro conductor, sin pantalones, levantó el capó y se asomó al motor sacudiendo el bigote y murmurando para sí. Antes de entrar en el agua, había envuelto cuidadosamente en harapos de algodón ciertas partes vitales de los órganos internos de nuestro vehículo; ahora las desenvolvió, y luego procedió a secar otras partes. Finalmente, trepó al coche, apretó el *starter* y, con una amplia sonrisa de orgullo, oyó cómo rugía el motor de vuelta a la vida. Montamos a toda prisa y nos alejamos traqueteando por la carretera, mientras los indios agitaban sus sombreros de paja en alegre despedida.

Habíamos avanzado unas cinco millas y estábamos empezando a secarnos cuando encontramos la siguiente inundación. Allí la carretera discurría a lo largo del pie de las laderas de las montañas, y el terreno estaba cortado a trechos por gargantas estrechas y profundas que recogían el agua procedente de las alturas. Lo lógico era pensar que lo más sencillo hubiera sido construir un puente pequeño de orilla a orilla allí donde la carretera atravesaba uno de esos ríos, estrechos pero poderosos. Aparentemente, la cantidad de ríos de ese tipo lo hacía demasiado caro, así que se empleaba otro método. A través del lecho del río se extendía una capa de cemento ligeramente cóncava, que al menos daba a las ruedas algo donde apoyarse. En la estación seca, naturalmente, eso tenía el aspecto de una simple continuación de la carretera, pero cuando las aguas de las montañas bajaban en torrentes, se precipitaban sobre la capa de cemento, a veces con una profundidad de cuatro pies, y luego caían en una graciosa cascada de unos diez pies, y se unían al río más abajo. Después de llevar unos días cubierta de agua, la superficie del cemento se ponía resbaladiza como el cristal debido a las algas que se adherían a ella, de modo que era bastante más peligrosa de lo que hubiera sido el lecho original del río.

Aquí no había tractor para ayudarnos y el conductor dirigió la furgoneta cuidadosamente hacia el agua, ceñudo y temeroso tras su bigote erizado. Habíamos llegado a la mitad de la invisible capa de cemento cuando el motor se paró. Nos quedamos mirándonos enmudecidos hasta que, de pronto, el agua que se amontonaba contra el lado del vehículo lo movió como una pulgada en dirección a la cascada que había a nuestra derecha, y entonces todos nos vimos impelidos a actuar deprisa. Ninguno de nosotros quería estar sentado dentro de la furgoneta si el torrente la agarraba de pronto, la empujaba por el borde de la cascada y la corriente se la llevaba entre la maraña de rocas que veíamos. Abandonamos el vehículo como un solo hombre.

— Empujen... tenemos que empujar todos —dijo Luna, levantando la voz por encima del ruido de la cascada. Estaba agarrado al costado de la furgoneta con las dos manos, porque la fuerza del agua era muy considerable. Tenía una constitución tan ligera que yo temía verle arrancado por la corriente en cualquier momento y arrastrado como una pluma.

— Póngase al otro lado —le grité—. Así el agua no le arrastrará.

Luna percibió la fuerza de mi argumento y avanzó en torno al vehículo como una estrella de mar, hasta que éste quedó entre él y la cascada. Entonces apoyamos el nombro de la furgoneta y empezamos a empujar. Era una de las tareas más desagradecidas que he emprendido en mi vida, porque no sólo estábamos tratando de empujar la furgoneta cuesta arriba en la pendiente de la capa de cemento, sino que además empujábamos contra la corriente, que durante todo el rato intentaba dar la vuelta a la furgoneta y dejarla en ángulo. Después de unos diez minutos de lucha habíamos conseguido moverla aproximadamente unos tres pies en dirección a la otra orilla y la corriente la había empujado unos tres pies en dirección al borde de la cascada. Empecé a sentirme verdaderamente preocupado, pues a ese ritmo podía imaginarme a la furgoneta zambulléndose grácilmente en la

cascada en cuestión de una media hora, dado que nosotros tres solos no teníamos fuerza para empujarla pendiente arriba y contra la corriente. Llevábamos una cuerda en la parte de atrás de la furgoneta y si era suficientemente larga, lo único que podía sugerir era que amarrásemos la furgoneta a un árbol de la orilla opuesta y esperásemos a que las aguas bajaran. Me disponía a intentar expresar este plan en español cuando por la curva de la carretera, en la otra orilla, apareció un Hada Madrina pesadamente disfrazada de camión que silbaba y roncaba, pero que, a pesar de su edad y de su herrumbre, tenía un aspecto poderoso y flemático. Le saludamos con gritos de júbilo. El conductor del camión comprendió nuestro apuro de un vistazo, y, disminuyendo la velocidad, dirigió la enorme mole de su vehículo lentamente hacia el torrente rojo hasta que estuvo a unos cuantos pies de nosotros. Rápidamente sacamos nuestra cuerda y atamos los dos vehículos; entonces el camión dio marcha atrás y arrastró suavemente a nuestro vehículo fuera del torrente hasta la tierra seca. Dimos las gracias al conductor del camión, le ofrecimos un cigarrillo y le miramos con envidia mientras conducía su poderoso corcel a través del torrente como si no existiera. Luego volvimos nuestra atención al laborioso y sucio proceso de secar nuestro motor.

Finalmente llegamos a Oran a las dos de la tarde habiendo tenido que navegar a través de otras tres riadas, ninguna de las cuales, afortunadamente, fue tan mala como las dos primeras. No obstante, llegamos a casa de Luna como si hubiéramos pasado todo el día en el río, lo que no estaba muy lejos de ser verdad. La agradable familia de Luna nos recibió encantada, nos arrebató la ropa para secarla, nos preparó una enorme comida y nos sentó a comer en un patio cubierto, desbordante de flores, donde la frágil luz del sol empezaba a hacer sentir su calor. Mientras comíamos y bebíamos un buen vino tinto que nos hacía entrar en calor, Luna envió un chorro aparentemente interminable de familiares pequeños a cumplir misteriosas misiones en diferentes lugares de la ciudad. Continuamente reaparecían a susurrarle informes al oído, y él sacudía la cabeza prodigiosamente y sonreía, o bien fruncía el ceño con ferocidad, según las noticias que se le dispensaban. Todos tenían aspecto de excitación contenida y se ponían rígidos y a la expectativa sólo con que Luna tosiese o les mirase. Empecé a tener la sensación de estar comiendo con el Duque de Wellington en la víspera de Waterloo. Al fin se inclinó hacia adelante, nos sirvió a los dos un último vaso de vino, y me sonrió con us grandes ojos negros destellando con excitación contenida.

— Gerry —me dijo en español—, te encontré algunos *bichos* *.

— ¿Ya? —pregunté—. ¿Pero cómo?

El señaló con la mano a su pequeño ejército de familiares que, de pie, formaban una fila sonriente.

— Envié a mi familia a investigar y encontraron varias personas que tienen *bichos* *. Si son los *bichos* * que buscas, lo único que falta es ir a comprarlos.

— Estupendo —dije con entusiasmo, terminándome el vino de un trago—, vamos ¿no?

Así, en diez minutos, Luna y yo salimos a recorrer Oran en todas las direcciones, como cazadores, precedidos por la pandilla de pequeños y excitados familiares de Luna. La ciudad no era realmente grande, pero sí bastante dispersa, construida en cuadrícula según el típico modelo argentino. A todas partes donde fuimos, como Charles había predicho, saludaban a Luna con gritos de alegría, y tuvimos que rechazar muchas invitaciones de la variedad más borrachina. Pero Luna, con una mirada renuente eri los ojos, daba la espalda con severidad a tales frivolidades, y continuábamos nuestro camino. Finalmente, uno de los miembros de nuestro séquito se adelantó corriendo y dio un fuerte aldabonazo en la impresionante puerta de una casa grande. Para cuando llegamos a la puerta había abierto una anciana vestida de negro, lo que le daba el aspecto de una cucaracha algo arruinada. Luna se paró frente a ella y le dio las buenas tardes gravemente; a lo que ella contestó con una ligera inclinación de cabeza.

— Sé que usted tiene un loro en su casa —dijo Luna con el aire de un policía desafiando a un criminal a que niegue la existencia de un cadáver que él sabe que está escondido debajo del sofá.

— Así es —dijo la mujer algo sorprendida.

— Este señor inglés está recogiendo animales para su *jardín zoológico* * de Inglaterra —explicó Luna—, y es posible que quiera comprarle su pájaro.

La mujer me inspeccionó con ojos negros y secos, sin curiosidad.

— Me alegro —dijo al fin—, porque es un pájaro sucio y no habla. Me lo trajo mi hijo, pero si puedo venderlo me pondré contentísima. Pasen, señores, y véanlo.

Avanzó arrastrando los pies delante de nosotros y nos condujo al inevitable patio con tiestos que formaba el

hueco central de la casa. Cuando vi el ave todo lo que pude hacer fue contener un aullido de satisfacción porque el animal era un guacamayo de nuca amarilla, un miembro raro de la familia de los loros. Estaba sentado en los restos de una percha de madera que se había dedicado a destruir lenta y sistemáticamente, durante toda la semana anterior, hasta que no quedaba apenas nada. Cuando nos colocamos a su alrededor nos lanzó una mirada rápida, con una fina astilla de madera en el pico, profirió un sonido gutural y seco y volvió a su obra demolidora. Luna me lanzó una rápida mirada con sus brillantes ojos y yo sacudí la cabeza vigorosamente. El, respiró hondo, inspeccionó el Guacamayo con aversión, y luego se volvió hacia la mujer.

— Veo que es uno de los más comunes —dijo descuidadamente—, pero aún así el señor está interesado en comprarlo. Usted entenderá, claro, que por un ave tan común y tan destructura y que, además, no habla, no podemos permitirnos ser muy generosos. El señor no puede ni en sueños pensar en dar más que, digamos, veinticinco pesos por un bicho así.

Luego cruzó los brazos y miró a la mujer, esperando su estallido de indignación ante la mención de un precio tan bajo.

— De acuerdo —dijo la mujer—. Puede llevárselo.

Mientras Luna la miraba con la boca abierta, ella cogió el guacamayo, me lo puso sin ceremonias en el hombro y extendió su arrugada palma para recibir los billetes que yo contaba apresuradamente en mi cartera, antes de que cambiara de opinión. Volvimos a la calle, con el guacamayo haciendo ruidos guturales en mi oreja, sorprendido y complacido, antes de que Luna hubiera recobrado el habla. Luego sacudió la cabeza con desaliento.

— ¿Qué pasa, Luna? Es un animal estupendo, y es increíble conseguirlo tan barato.

— Por ti —dijo Luna, lúgubre—, me alegro. Pero me hace temer por el futuro de Argentina cuando me tropiezo con alguien que no regatea, sino que acepta el primer precio que le ofrecen. ¿Dónde iríamos a parar si todo el mundo hiciera eso?

— La vida resultaría probablemente mucho más barata —señalé; pero él se negaba a que le consolasen, y continuó refunfuñando por el comportamiento de la mujer durante el resto de nuestro recorrido por la ciudad, aunque una ágil discusión de media hora con un hombre que regateó tercamente a propósito de otro loro, le devolvió en seguida la fe en la humanidad.

Continuamos por la ciudad hasta que se hizo de noche y para entonces, entre todos, llevábamos un pequeño zoo. Teníamos cinco loros (incluido, para satisfacción mía, otro guacamayo de nuca amarilla) dos conejos pigmeos brasileños, con las patas de color jengibre y un antifaz de piel blanca alrededor de los ojos, y un agutí de ancas color naranja; el agutí es un roedor grande con ojos oscuros, patas delgadas y el carácter de un caballo de carreras aquejado de una depresión nerviosa aguda. Llevamos este surtido de animales salvajes a casa de Luna y los soltamos en el patio, mientras Luna organizaba su ejército de familiares una vez más y les enviaba corriendo en todas direcciones a buscar cajas vacías, tela metálica, sierras, martillos, clavos y otros pertrechos de carpintería. Luego, durante las dos horas siguientes, estuvimos muy ocupados construyendo habitaciones apropiadas para mis adquisiciones. Al fin, cuando el último animal había sido colocado en su jaula, Luna y yo nos sentamos a la mesa cerca de ellos y comimos y bebimos copiosamente, mientras que del montón de cajas de madera salían los débiles ruidos de patas y los graznidos que suenan como música a los oídos del coleccionista de animales. Finalmente, con un gran vaso de buen vino a mi lado, me senté ante las jaulas a examinar a mis protegidos a la luz de una lámpara, mientras Luna iba a buscar su guitarra y empezaba a cantar las suaves y melancólicas canciones populares argentinas, usando de vez en cuando, cada vez que la música lo exigía, el profundo vientre de madera de la guitarra como tambor.

Los loros que habíamos adquirido eran amazonas de pecho azul, todos ellos bastante zarrapastrosos por culpa de la mala alimentación, pero todos razonablemente domesticados también y capaces de murmurar el inevitable *lorito* *, que es el equivalente argentino de «*Polly*». Como todos tenían aproximadamente la misma edad y el mismo tamaño, les habíamos enjaulado juntos y ahora, a la luz de la lámpara, estaban colocados en fila como un jurado de colores vivos, mirándome con las vetustas expresiones reptilesas y de falsa sabiduría que los loros adoptan con tanta maestría. Estaba satisfecho con ellos a pesar de su aspecto harapiento porque sabía que unas semanas de buena alimentación les harían cambiar totalmente, y que, a la siguiente muda, sus plumas brillarían con el amarillo limón, el azul y la multitud de verdes que harían parecer descoloridas a una colección de esmeraldas que se comparase con ellos. Coloqué suavemente un trozo de arpillera sobre sus jaulas y les oí ahuecarse y arreglarse las plumas (un ruido como de alguien peinando una baraja de cartas) preparándose para dormir. Después volví mi atención a los guacamayos de nuca amarilla, y los contemplé con satisfacción durante un rato. Los habíamos enjaulado juntos experimentalmente, y la forma en que se prendaron el uno del otro inmediatamente y empezaron a arrullarse y a acariciarse me hizo pensar que eran una auténtica pareja. Ahora

estaban posados en sus perchas mirándome solemnemente, ladeando las cabezas de vez en cuando para ver si se me veía más atractivo de esa forma. Su color era, fundamentalmente, un verde profundo, como el de los juncos, interrumpido sólo en el cuello, donde tenían una ancha franja en forma de media luna de plumas de color amarillo canario brillante. Para ser guacamayos —que son generalmente los más grandes de los loros— eran diminutos, puesto que eran ligeramente más pequeños y más esbeltos que los loros Amazonas comunes. Me dirigían suaves sonidos guturales y se los dirigían el uno al otro mientras sus pálidos párpados caían soñolientos sobre sus ojos brillantes, de modo que los cubrí con arpillera y los dejé.

Después de los guacamayos, mi mayor satisfacción era haber conseguido conejos brasileños porque eran animales que quería encontrar hacía tiempo. Los dos que habíamos conseguido eran solamente crías; los saqué de la jaula, me los puse cada uno en una mano, y allí se sentaron cómodamente, llenándome las palmas con la tibieza suave de sus cuerpos gordos, meneando rápidamente las narices y husmeando todos los aromas extraños, de comida y de flores, que llenaban el patio. A primera vista se les podía tomar por crías del conejo común europeo, pero una inspección más cuidadosa revelaba enseguida las diferencias. Para empezar, tenían unas orejas muy cortas para su tamaño, y muy finas y bonitas. El color básico del lomo era un rico marrón oscuro, moteado y adornado con retazos y manchas de color rojizo. Las garras y parte de las patas eran de un color jenjibre intenso y brillante, y, como ya he dicho, tenían un fino círculo de pelo blanco alrededor de los ojos. Entonces noté por primera vez que la nariz y los labios tenían también un fino borde blanco. Sabía que cuando fuesen totalmente adultos seguirían siendo los enanos de su especie, ya que alcanzan sólo la mitad del tamaño del conejo salvaje europeo. Que yo supiese, ningún zoológico del mundo poseía esas interesantes criaturitas y estaba encantado de haberlas obtenido, aunque tenía ciertas dudas sobre si conseguiría llevarlas a Europa, porque la familia del conejo y la libre, en general, no aceptan fácilmente el cautiverio y tienen fama de difíciles. Sin embargo éstos eran muy pequeños aún y tenía esperanzas de que se adaptaran satisfactoriamente.

Cuando levanté la arpillera de la jaula del agutí, éste dio un salto en el aire y aterrizó estrepitosamente en su lecho de paja, temblando todo él con la expresión de una anciana virgen que, después de mirar debajo de la cama durante años, ha encontrado por fin un hombre allí escondido. Sin embargo, con ayuda de un trozo de manzana conseguí calmarle hasta dejarle en un estado medianamente razonable, e incluso me permitió acariciarle. Los agutíes son, claro está, roedores y pertenecen a esa enorme e interesante familia que incluye desde criaturas como el ratón de campo, que apenas llenaría el cuenco de una cucharilla de té, hasta los capibaras que son del tamaño de un perro grande, y, entre esos dos extremos, una gran variedad de ardillas, lirones, ratas, erizos y otros animales igualmente inverosímiles. Los agutíes no son, admitámoslo, los más atractivos de la familia. Para ser completamente franco parecen un cruce entre uno de los antepasados más pequeños del caballo y un conejo bastante lúgubre. Su color básico es un caoba intenso y brillante que se va apagando hasta quedar reducido a un jenjibre rojizo en las ancas. Las patas son de un marrón chocolate, larguísimas y esbeltas, parecidas a las de un caballo de carreras, y terminan en un grupo de dedos frágiles y artísticos que les dan el aspecto de caballo antiguo. Las patas posteriores son muy fuertes para poder apoyar sobre ellas una parte posterior totalmente desproporcionada con respecto a los cuartos delanteros, de modo que el animal parece tener, por así decirlo, un trasero jorobado. La cabeza es como la de un conejo, pero ligeramente alargada, de forma que también hay en ella una débil sugerencia de caballo. Tienen los ojos grandes y finos, las orejas redondeadas y bonitas y una masa de bigotes negros que están en un estado constante de agitación. Esto, unido al temperamento del animal, a su estado constantemente neurótico, a sus alocados saltos en el aire provocados por el menor ruido y seguidos por un período de escalofríos agudos, le lleva a uno a preguntarse cómo ha sobrevivido la especie. Supongo que un jaguar solo tendría que gruñir una vez, para que todos los agutíes en cien yardas a la redonda murieran inmediatamente de un ataque al corazón. Cavilando sobre esto volví a colocar la arpillera sobre la jaula de mi agutí, que inmediatamente dio otro salto en el aire y bajó a tierra con todo el cuerpo temblando. Sin embargo, a los pocos minutos se había recuperado de la terrible experiencia lo suficiente como para lanzar un ataque a la manzana que le había dejado en la jaula. Luna, gracias al vino y a las canciones se había sumido en un agradable estado y estaba sentado a la mesa, canturreando suavemente como abeja adormilada. Bebimos un último vaso de vino, el último del día, y luego, bostezando prodigiosamente, nos fuimos a la cama.

Me despertó, a lo que parecía una hora de la mañana de lo más incivilizada, un estallido de canto que procedía de la cama de Luna, situada en el otro rincón de la habitación. La música y la canción discurrían por la existencia de Luna tan naturalmente como la sangre fluía por sus venas. Cuando no estaba hablando, estaba cantando o tarareando, y es el único hombre que he conocido capaz de acostarse a las tres de la madrugada, levantarse a las cinco, y romper a cantar antes incluso de saltar de la cama. Pero cantaba tan agradablemente y con tanto gusto que uno se lo perdona, incluso a esa hora de la mañana, y, después de conocerle un poco, su música resultaba tan natural como un coro de pájaros al amanecer.

— La luna parece un tamborcillo blanco en el cielo —cantó bajo un montón de ropa de cama—, y me lleva hasta mi amor de pelo negro y ojos mágicos, al otro lado de las montañas de Tucumán.

— Si les cantas a todas tus amistades femeninas a esta hora de la mañana —le dije adormilado— creo que llevarás una vida bastante solitaria en la cama. Esas cosas se difunden, ¿sabes?

Se rió y se estiró con placer.

— Hoy va a hacer un día espléndido, Gerry —dijo. Me pregunté cómo lo sabría porque las contraventanas de las dos ventanas estaban herméticamente cerradas. El aire nocturno, al que el argentino se expone hasta la hora que le apetece sin que le haga ningún daño, se convierte para él, tan pronto como se va a la cama, en un gas mortal dispuesto a asfixiarle. Tiene que cerrar muy bien las contraventanas para defenderse de tan peligrosa experiencia. Sin embargo, cuando nos vestimos y salimos al patio a desayunar, vi que tenía razón, porque el patio estaba inundado de sol.

Estábamos terminando la última taza de café cuando apareció nuestro equipo de espías a informar. Al parecer se habían levantado al romper el alba, y dieron sus informes a Luna, que les escuchó sentado, bebiendo su café a sorbos y asintiendo señorialmente de vez en cuando. Luego, uno de los espías más jóvenes, provisto de dinero, fue enviado a comprar alimento para mis ejemplares, y, a su vuelta, sus compañeros miraron con ojos asombrados cómo cortaba los alimentos y las verduras, llenaba los cuencos con leche o con agua, y atendía en general a mis animales. Cuando el último de ellos había sido alimentado, salimos en fila a la calle llena de sol y dimos comienzo a un nuevo registro de la ciudad. En esta ocasión, Luna organizó la operación de forma ligeramente distinta. Mientras nosotros nos dirigíamos hacia una casa donde sabíamos que había algún animal salvaje, nuestros jóvenes ayudantes se dispersaban y exploraban todas las calles y callejas de la vecindad, dando palmadas a las puertas de las casas e interrogando a personas totalmente desconocidas sobre los animales que tenían en casa. Todo el mundo reaccionaba de buen humor ante esa intrusión en su intimidad e, incluso, si ellos no tenían animales, nos informaban, a veces, sobre otras casas en donde se ocultaba algún ejemplar de la fauna local. De este modo, durante aquella mañana nos agenciamos otros tres conejos enanos, otro loro, dos chufías, un extraño tipo de ave piernilarga, y dos coatíes, el curioso predador sudamericano de pequeño tamaño, parecido al mapache. Los llevamos a casa de Luna, los enjaulamos, comimos abundantemente, y luego, estimulados por el éxito que habíamos tenido por la mañana, salimos a explorar las afueras de Oran con la ayuda de un coche viejísimo que nos prestó uno de los amigos de Luna.

Luna se había enterado, gracias a alguno de sus métodos privados de I. M. (*M.I en ingles, siglas de Military Inteligente, Inteligencia Militar*) que en una de las partes más remotas de la ciudad había un hombre que poseía una especie de felino salvaje, pero nadie estaba del todo seguro de quién era o de dónde vivía exactamente. Finalmente redujimos nuestra búsqueda a una calle serpenteante, y por el sencillo procedimiento de llamar a todas las puertas o dar palmadas delante de todas las casas, acabamos por encontrar al hombre que buscábamos. Era un hombre de unos cuarenta años, grande, moreno, sudoroso y sucio, con una barriga insana y unos ojos negros muy pequeños que se mostraban alternativamente serviles o astutos. Sí, admitió, tenía un gato salvaje, un ocelote; y luego, con la ardiente elocuencia de un político antes de las elecciones, procedió a hablarnos de la belleza, la gracia y la docilidad del animal, de su color, su valor, su tamaño y su apetito, hasta que empecé a pensar que trataba de venderme todo un zoológico en lugar de un animal. Interrumpiendo su asmática eulogía de la tribu felina en general y de su ejemplar en particular, pedimos ver a éste último. Nos llevó a uno de los jardines más asquerosos que yo había visto hasta entonces, porque en Oran y en Calilegua, por pobre y pequeña que fuese la casa, el jardín estaba siempre limpiísimo y lleno de flores. Este parecía un vertedero municipal y estaba lleno de barriles viejos y rotos, latas oxidadas, montones de trozos de tela metálica vieja, ruedas de bicicleta y otros restos y deshechos. Nuestro anfitrión avanzó pesadamente hacia una tosca jaula de madera que había en un rincón y que habría sido estrecha para un conejo corriente. Abrió la puerta, cogió una cadena de dentro y sacó uno de los espectáculos más patéticos que he visto. Era un ocelote no adulto aún, y cómo se las arreglaba para caber en una jaula tan pequeña era un misterio. Pero era su estado lo que causaba consternación. Tenía la piel tan cubierta con sus propios excrementos que apenas podía adivinarse su dibujo. Tenía una gran herida abierta en uno de los costados, y estaba tan delgado que se le veían claramente, bajo la piel enmarañada, las costillas y la columna vertebral. Es más, estaba tan débil cuando el hombre le soltó en el suelo que se tambaleó como si estuviera borracho y, finalmente, renunció a intentar mantenerse en pie y se dejó caer desalentado sobre su sucio vientre.

— ¿Ven que manso es? —preguntó el hombre congraciándose con una sonrisa que mostraba sus dientes amarillos y estropeados—. Es muy manso con todo el mundo. Nunca mordió a nadie.

Mientras hablaba, acariciaba al animal con la gran palma de su mano sudorosa. Yo veía claramente que no era la mansedumbre lo que impedía al animal volverse hacia él, sino su pura inercia debida a la falta de alimento. Casi había alcanzado ese punto sin retorno en que estaba tan débil que ya no le importaba nada.

— Luna —dije, haciendo un valiente esfuerzo por controlarme—, pagaré cincuenta pesos por este animal. Ni uno más. Eso es ya demasiado, porque probablemente morirá. No acepto regateos, así que puedes decirle a este abotagado hijo ilegítimo de una puta incompetente que puede tomarlo o dejarlo.

Luna tradujo mi recado, dejando aparte, con mucho tacto, mi descripción del personaje. El hombre se estrojó las manos con horror. ¿Estaríamos bromeando? Se rió débilmente. Por un animal tan magnífico, trescientos

pesos era una miseria. El señor podía ver qué animal tan maravilloso... y así sucesivamente. Pero el señor había visto suficiente. Escupí ruidosamente, y con puntería, en los restos de un barril amorosamente entrelazado con una rueda de bicicleta, lancé al hombre la mirada más despreciativa que pude lograr, giré en redondo y caminé hacia la carretera. Me metí en nuestro viejísimo coche y cerré la puerta con tal violencia que por un momento creí que todo él iba a caer hecho añicos en la carretera. Oí al hombre y a Luna discutir, y al poco, cuando percibí una nota de debilidad en la repulsiva voz del hombre, me asomé por la ventanilla y rugí a Luna que volviera, que no perdiera más el tiempo. A los treinta segundos apareció.

— Dame el dinero, Gerry —me dijo. Le di los cincuenta pesos y pronto apareció con la caja y la puso en el asiento de detrás. Nos alejamos en silencio. Cuando hube terminado de imaginarme lo que de buena gana le habría hecho al anterior dueño del ocelote —que no sólo habría sido doloroso, sino que además habría hecho difícil en extremo su vida de casado, si lo era— suspiré y encendí un cigarrillo.

— Tenemos que llegar a casa corriendo, Luna. Este animal necesita una jaula decente y algo de comida, o se nos muere —dije—. También quiero aserrín.

— *Sí, sí** —dijo Luna. Sus ojos oscuros expresaban preocupación—. Nunca he visto a nadie que tuviese a un animal así. Está medio muerto.

— Creo que puedo salvarlo —dije—. Al menos tenemos el cincuenta por ciento de probabilidades.

Seguimos un buen rato en silencio por la carretera llena de rodadas antes de que Luna hablase.

— Gerry, ¿te importa parar otra vez, sólo un minuto? —preguntó ansioso—. Nos queda de paso. Me han dicho que hay otra persona que tiene un gato y quizá lo quiera vender.

— Bueno, de acuerdo, si nos queda de camino. Pero quiera Dios que esté en mejores condiciones que el que acabamos de comprar.

Al rato Luna sacó el coche de la carretera y lo introdujo en una extensión considerable de césped. En un rincón había una carpa de circo gastada, y cerca de ella un tío-vivo que parecía viejo y un par de casetas pequeñas, hechas de lona a rayas, tan descoloridas que parecían blancas. Tres caballos gordos y lustrosos, uno de ellos de un moteado vivo, pastaban cerca, y alrededor de la carpa y de las casetas trotaban varios perros bien alimentados, con aire de profesionales.

— ¿Qué es esto? Parece un circo —dije a Luna.

— Es un circo —dijo Luna sonriendo—, pero muy pequeño.

Me sorprendió que un circo, por pequeño que fuese, pudiera ganarse la vida en un lugar tan remoto y tan pequeño como Oran, pero a éste parecía irle bien, porque, aunque las instalaciones estaban algo decrepitas, los animales estaban en buenas condiciones. Cuando salimos del coche apareció un hombre grande, con el pelo de color jenjibre, que se agachó para salir de debajo del toldo de la carpa. Era un individuo musculoso, de ojos verdes y astutos y manos fuertes y bien cuidadas, que parecía capaz de ejecutar un número de trapecio o un número de leones con la misma habilidad. Nos estrechamos las manos y Luna le explicó nuestro asunto.

— Ah, ustedes quieren mi puma —sonrió—. Pero les aclaro que pido un montón de plata por él... es una belleza. Pero come demasiado y no lo puedo mantener. Vengan a verlo, está aquí. Es un diablo, se lo digo de verdad. No podemos hacer nada con él.

Nos llevó a una jaula grande, en un rincón de la cual estaba sentado un precioso puma joven, del tamaño de un perro grande. Estaba gordo y reluciente, y tenía todavía patas de cachorro, que, como en todos los felinos jóvenes, parecen tres veces más grandes de lo que debieran en relación con el resto del cuerpo. Tenía la piel de un rico color ámbar y los ojos, caprichosos y penetrantes, de un precioso color verde hoja. Cuando nos acercamos a la jaula levantó un labio y mostró unos dientes de leche bien desarrollados emitiendo un gruñido desdeñoso. Era sencillamente delicioso, y daba alegría mirarle después del animal medio muerto de hambre que acabábamos de comprar, pero yo reflexioné, palpando mi cartera, que tendría que pagar mucho por él.

El regateo duró media hora y se llevó a cabo en torno a unos vasos de un excelente vino que el dueño del circo insistió en que nos tomásemos con él. Al fin acepté un precio que, aunque alto, me pareció justo. Luego pregunté al hombre si podía quedárselo hasta el día siguiente, pagando yo la comida de la tarde, porque sabía que estaba en buenas manos y no tenía una jaula preparada para recibirle. Nuestro animoso y simpático amigo aceptó y el trato se cerró con otro vaso de vino, después de lo cual Luna y yo volvimos a casa para intentar resucitar al infortunado ocelote.

Cuando le hube construido una jaula, y uno de los niños de la familia de Luna apareció con un gran saco de serrín de olor dulce, saqué a la pobre criatura de su apesosa caja, y le curé la herida del muslo. El permaneció echado en el suelo, apático, aunque el lavado de la herida debió dolerle considerablemente. Luego le puse una inyección grande de penicilina, que tampoco pareció notar. La tercera operación consistió en tratar de secarle un poco la piel, porque estaba empapado en su propia orina y ya tenía la piel del vientre y de las patas al rojo vivo, quemada por el ácido. No podía hacer más que cubrirle literalmente con serrín, frotándoselo bien por la piel para que absorbiera la humedad, y luego cepillarlos suavemente. Después le desenredé lo que puede el pelo y para cuando terminé empezaba a parecerse lejanamente a un ocelote. Pero todavía seguía tumbado en el suelo sin importarle nada. Le corté el asqueroso collar del cuello y le puse en su nueva jaula sobre un lecho de paja y serrín. Luego puse ante él un cuenco con un huevo crudo y un poco de filete fresco cortado en pedacitos. Al principio no mostró ningún interés por ello, y se me cayó el alma a los pies, porque pensé que quizá había llegado a esa fase de inanición en que ninguna cantidad de comidas tentadoras podían inducirle a comer. Desesperado, le cogí la cabeza y se la metí en el huevo crudo, de forma que al menos tuviera que lamérselo de los bigotes. Hasta esta indignidad la sufrió sin quejarse, pero se sentó y lamió el huevo que chorreaba por sus labios, lentamente, con cuidado, como el que degusta un plato nuevo, extranjero y probablemente peligroso. Luego miró al plato con una mirada de incredulidad en sus ojos. Creo honradamente que el animal, con el hambre y los malos tratos, había llegado a un estado como de trance, en el que no creía lo que veían sus ojos. Luego, mientras yo contenía la respiración, se inclinó hacia adelante y lamió experimentalmente el huevo crudo. En treinta segundos el plato estaba limpio, y Luna y yo bailábamos un complicado tango de satisfacción alrededor del patio, con gran regocijo de sus familiares más jóvenes.

— Dale más, Gerry —jadeó Luna, con una sonrisa de oreja a oreja.

— No, no me atrevo —dije—. Cuando un animal está así de mal, puedes matarlo fácilmente si le das demasiado de comer. Más tarde puede tomar un tazón de leche, y luego, mañana, puede tomar cuatro comidas ligeras durante el día. Pero creo que ahora se pondrá bien.

— Ese hombre era el diablo — dijo Luna sacudiendo la cabeza.

Respiré hondo y, en español, le di mi opinión sobre el antiguo dueño del gato.

— No sabía que supieses tantas palabrotas en español, Gerry — dijo Luna con admiración —. Una de las palabras que dijiste, no la había oído nunca.

— He tenido buenos maestros —expliqué. :

— Bueno, espero que no digas nada de eso esta noche — dijo Luna con los ojos resplandecientes.

— ¿Por qué? ¿Qué pasa esta noche?

— Como nos vamos mañana a Calilegua, mis amigos han preparado un *asado** en tu honor, Gerry. Tocarán y cantarán solamente canciones argentinas muy antiguas, para que puedas grabarlas en tu máquina. ¿Te gusta la idea? —preguntó con ansiedad.

— No hay cosa que me guste más que un *asado**—dije—, y un *asado** con canciones populares debe ser el Paraíso.

Así que, hacia las diez de la noche, un amigo de Luna pasó a recogernos en su coche y nos llevó a la *estancia** donde, a cierta distancia de Oran, se había organizado el *asado**. El terreno del *asado** era un bosquecillo cerca de la *estancia**, una zona de tierra desnuda que hablaba de muchos bailes en el pasado, rodeada de susurrantes eucaliptos y de enormes arbustos de adelfas. Los largos bancos de madera y las mesas de caballete estaban iluminados por el suave resplandor de media docena de lámparas de aceite, y fuera de este círculo de luz de color botón de oro la luz de la luna brillaba plateada. Había allí unas cincuenta personas, a muchas de las cuales yo no conocía, y pocos tenían más de veinte años. Nos saludaron tumultuosamente, casi nos arrastraron a las mesas de caballete que gemían bajo el peso de la comida, y colocaron grandes pedazos de carne crujiente y chisporroteante sacados directamente de los fuegos que había enfrente de nosotros. Las botellas de vino pasaban con monótona regularidad y en media hora Luna y yo habíamos entrado de lleno en el espíritu de fiesta, repletos de buena comida, calientes de vino tinto. Aquellos agradables y alegres jóvenes se pusieron a mi alrededor mientras yo preparaba el magnetófono, mirando absortos los misterios de enroscar la cinta y nivelar. Cuando por fin les dije que ya estaba todo preparado, aparecieron, como por arte de magia, guitarras, tambores y flautas, y la multitud estalló en canto. Cantaron y cantaron, y cada vez que terminaban una canción, a alguien se le ocurría una nueva, y volvían a empezar. A veces un joven tímido y sonriente era empujado al centro del círculo como el único capaz de ejecutar cierto número, y después de muchos gritos de ánimo y muchas

aclamaciones, cantaba. Luego le tocaba a una chica cantar el estribillo en solitario, con una voz agridulce, mientras las lámparas resplandecían en su pelo negro y las guitarras se estremecían y temblaban bajo los dedos rápidos y morenos de sus dueños. Bailaban en fila en un sendero de baldosas, con las espuelas haciendo saltar chispas de la piedra, de forma que pude grabar el taconeo que forma parte del intrincado ritmo de algunas de sus canciones. Bailaron la deliciosa danza del pañuelo con su música alegre y agradable y bailaron tangos que te hacían preguntarte si el baile rígido y asexuado que llevaba el mismo nombre en Europa, pertenecería a la misma familia. Luego, riéndose a carcajadas porque se me habían terminado las cintas y estaba desesperado, me llevaron a la mesa, me atosigaron con más comida y más vino, y sentados a mi alrededor cantaron más dulcemente que nunca. Todos ellos, vuelvo a decir, eran en su mayor parte adolescentes que se recreaban en las bellas canciones antiguas de su tierra y en los bellos y antiguos bailes, con las caras enrojecidas de placer ante mi placer, honrando a un extraño al que nunca habían visto antes y al que probablemente nunca volverían a ver.

Ahora habían llegado al momento cumbre. Lentamente empezaron a moderarse, las canciones se fueron haciendo cada vez más suaves y cada vez más melancólicas hasta que llegó el momento en que supimos que la fiesta había terminado y que prolongarla sería un error. Habían cantado su vuelta del cielo a la tierra, como una bandada de alondras descendiendo. Enrojecidos, con los ojos brillantes, felices, nuestros jóvenes anfitriones insistieron en que volviésemos a Oran con ellos en el camión en el que habían venido. Nos amontonamos en él, y los cuerpos apretados crearon un calor que agradecemos, porque el aire de la noche era helado. Luego, mientras el camión rugía por la carretera hacia Oran, las botellas de vino tinto pasaron cuidadosamente de mano en mano, y los guitarristas empezaron a rasguear sus guitarras. Todos, reanimados por el aire fresco de la noche, empezamos a cantar el estribillo, y avanzamos con estruendo en la noche de terciopelo como un coro celestial. Miré hacia arriba y vi los bambúes gigantes que se curvaban sobre la carretera, iluminados por los faros del camión. Parecían las garras de un inmenso dragón verde, curvadas sobre la carretera, dispuestas a arrojarse sobre nosotros si dejábamos de cantar un solo instante. Luego alguien me puso la botella de vino en la mano y cuando eché la cabeza hacia atrás para beber, vi que el dragón había pasado y que la luna me miraba desde arriba, blanca como la cabeza de una seta recortada contra la oscuridad del cielo.

Capítulo 7 Vampiros y vino

El vampiro suele causar muchos problemas mordiendo a los caballos en la cruz.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*,

A mi vuelta de Oran el garaje casi se desbordaba de animales. Apenas podía uno hacerse oír por encima de las conversaciones, chillonas e incomprensibles de los loros, (intercaladas de vez en cuando con un agudo chillido, como si estuvieran violando a alguna mujer del lugar), los ásperos gritos de las charatas que sonaban como una carraca, el canto como de trompeta e increíblemente alto de los chuñas, el chillido de los coatíes, y, de vez en cuando, un rugido apagado, como de un trueno lejano, del puma, a quien había llamado Luna, en honor del Luna humano. Como telón de fondo de todo esto había un persistente chasquido procedente de la jaula del agutí, que estaba siempre ocupado tratando de hacer cambios en su vivienda con sus dientes de cincel.

Tan pronto como regresé, empecé a construir jaulas para los distintos animales, dejando la de Luna para el final, porque había viajado en una gran caja de mudanzas que le daba espacio más que suficiente para moverse. Sin embargo, cuando todos los demás animales tuvieron su casa, empecé a construir una jaula digna del puma, que, esperaba yo, mostraría su belleza y su gracia. Acababa de terminarla cuando llegó el padrino de Luna, cantando a plena voz, como de costumbre, y se ofreció a ayudarme en el espinoso trabajo de conseguir que Luna pasase de su vivienda actual a la jaula nueva. Cerramos cuidadosamente las puertas del garaje de forma que, si teníamos alguna contrariedad, el felino no saliera alborotando y se perdiera por el campo. Eso también tenía la ventaja, como señaló Luna, el humano, de que nos quedaríamos encerrados con él, una perspectiva que le llenaba de alarma y desaliento. Calmé sus temores diciéndole que el puma estaría mucho más asustado que nosotros y en aquel momento éste lanzó un gruñido de tal perversidad y valentía que Luna palideció visiblemente. Mi intento de convencerle de que el gruñido era realmente una indicación del temor que le inspirábamos al animal, fue acogido con una mirada de total incredulidad.

El plan de campaña consistía en arrastrar la caja de embalaje donde ahora descansaba el puma hasta ponerla frente a la puerta de la nueva jaula. Luego, quitaríamos unas cuantas tablillas de un lado y el felino pasaría del embalaje a la jaula sin molestar. Desgraciadamente, debido a la construcción algo excéntrica de la jaula que yo había hecho, no pudimos encajar completamente la jaula en la caja de embalaje: quedaba una abertura de unas ocho pulgadas entre una y otra. Sin desanimarme, coloqué unos tablones de modo que formasen una especie de túnel corto entre las dos cajas y luego procedí a quitar el extremo de la caja para que el puma pudiese salir. Durante este proceso, una garra dorada que parecía del tamaño de un jamón, apareció repentinamente en la abertura y un bonito y profundo corte atravesó el dorso de mi mano.

— Ah —dijo Luna lúgubrememente—. ¿Ves, Gerry?

— Lo que pasa es que está asustado de los martillazos —dije con fingida despreocupación, chupándome la mano—. Bueno, creo que he quitado suficientes tablones como para que pueda pasar. Todo lo que tenemos que hacer es esperar.

Esperamos. Después de diez minutos miré por el agujero de un nudo de la madera y vi al muy desgraciado tumbado tranquilamente en su caja, dormitando pacíficamente sin mostrar el más mínimo interés en pasar por nuestro desvencijado túnel a su nueva y más espaciosa vivienda. Estaba claro que sólo podía hacerse una cosa, que era asustarle para que pasase a la jaula. Levanté el martillo y lo dejé caer sobre la parte de atrás de la caja con estrépito. Quizá debía haber advertido a Luna. Dos cosas ocurrieron al instante: el puma, se despertó sobresaltando de su medio sueño, dio un brinco y se abalanzó a la abertura de la caja, y la fuerza de mi martillazo tiró un tablón que formaba el lado del túnel donde estaba Luna. En consecuencia, Luna miró hacia abajo justo a tiempo de ver un puma con aspecto muy irritado, olisqueándole meditabundo los pies. Profirió un

chillido de tenor que nunca he oído igualar a nadie, y saltó verticalmente hacia arriba. Fue el chillido el que salvó la situación. Acobardó tanto al puma que huyó a la nueva jaula tan deprisa como le fue posible, y yo dejé caer la puerta corredera, encerrándole dentro sin problema. Luna estaba apoyado en la puerta del garaje, limpiándose la cara con un pañuelo. ,

— Ya está —dije alegremente—. Te dije que sería fácil.

Luna me lanzó una mirada fulminante.

— ¿También buscaste animales en Sudamérica y en África? —preguntó al fin—. ¿No?

— Sí

— ¿Hiciste este trabajo durante catorce años?

— Sí.

— ¿Ahora tienes treinta y tres?

— Sí.

Luna sacudió la cabeza como el que se enfrenta con uno de los grandes enigmas de la vida.

— Sólo Dios sabe como pudiste vivir tanto —dijo.

— Tengo una vida fascinante —dije—. Por cierto, ¿qué te trae por aquí esta mañana, aparte de querer pelear con tu tocayo?

— Afuera —dijo Luna limpiándose la cara todavía—, hay un indio con un *bicho* *. Lo encontré con él en el pueblo.

— ¿Qué clase de *bicho* *? —pregunte mientras salíamos del garaje al jardín.

—Creo que es un chancho —dijo Luna—, pero está en un cajón y no lo veo muy bien.

— El indio estaba en cuclillas en el césped, y delante de él había una caja de la que salían una serie de chillidos en falsete y de gruñidos apagados. Sólo un individuo de la familia porcina sería capaz de producir esos extraordinarios sonidos. El indio sonrió, se quitó el gran sombrero de paja, inclinó la cabeza, y luego, quitando la tapa de la caja sacó a la criatura más adorable del mundo. Era un un pécari con collar, muy joven; el pécari es la especie común de cerdo salvaje que habita en las regiones tropicales de Sudamérica.

— Esta es Juanita —dijo el indio, sonriendo mientras colocaba al diminuto animal sobre el césped, donde lanzó un agudo grito de alegría y empezó a olfatear muy optimista.

Tengo que decir que siempre he tenido debilidad por la familia porcina y a los cerditos pequeños los encuentro irresistibles, así que a los cinco minutos Juanita era mía a un precio doble de lo que valía, hablando en términos económicos, pero sólo a una centésima parte de su valor en cuanto a encanto y personalidad. Medía unas dieciocho pulgadas de longitud y unas doce de altura, estaba cubierta con una piel grisácea de pelo largo y bastante áspero, y tenía una bonita franja blanca que partiendo del ángulo de la mandíbula le rodeaba el cuello, de forma que daba la impresión de que llevaba un cuello de Eton. Tenía el cuerpo delgado, el hocico delicadamente afilado terminado en una deliciosa nariz respingona (algo así como un desatrancador), y patas esbeltas y frágiles terminadas en unas pezuñas, cuidadosamente abrillantadas, del tamaño de una moneda de seis peniques. Andaba de un modo muy delicado y femenino, moviendo las piernas con mucha rapidez, mientras sus pezuñas producían un golpeteo como el de la lluvia.

Era enormemente mansa y tenía la cautivadora costumbre de saludarte —después de una ausencia de sólo cinco minutos— como si hubieras estado fuera durante años y como si, para ella, esos años hubieran sido grises y aburridos. Profería chillidos ahogados de satisfacción y se abalanzaba sobre tí a probarse la nariz y el trasero contra tus piernas en una orgía de alegría por tu regreso, gruñendo y suspirando seductoramente. Su idea del paraíso era que la cogieran en brazos de espaldas, como se coge a un bebé, y que se le rascara la tripita. Se quedaba así, con los ojos cerrados, haciendo rechinar los dientes de leche, como castañuelas en miniatura, en éxtasis. Yo tenía todavía a los animales más mansos y menos destructivos sueltos por el garaje, y como Juanita se portaba como una señorita, le dejé correr por allí también, encerrándola en una jaula sólo para dormir. A la hora de comer era un espectáculo curioso ver a Juanita con la nariz enterrada en un gran plato de comida, rodeada por una variedad de animales —chuñas, loros, conejos, enanos, charatas— todos intentando

comer del mismo plato. Se portaba siempre de maravilla, dejando a los otros mucho sitio para comer y no mostrando nunca animosidad, ni siquiera cuando un taimado chuñita picoteaba bocaditos bajo su nariz rosa. La única vez que le vi perder la paciencia fue cuando uno de los loros más simplones, que se había excitado mucho a la vista del plato de comida, bajó volando, graznando alegremente, y aterrizó en el hocico de Juanita. Ella se sacudió de encima con un gruñido de indignación al loro, que revoloteaba y graznaba, y le persiguió hasta un rincón donde se quedó vigilándole un momento, tascando los dientes a modo de advertencia antes de volver a su interrumpida comida.

Cuando tuve bien instalados a todos mis nuevos ejemplares, hice una visita a Edna para agradecerle el cuidado y la atención que había prodigado a mis animales durante mi ausencia. La encontré con Helmuth, ocupados con un enorme montón de pimientos pequeños de color escarlata, con los que estaban cocinando una salsa inventada por Helmuth, una sustancia celestial que, cuando se añadía a la sopa, te dejaba sin paladar al primer bocado pero daba un sabor sencillamente celestial. Una bota vieja, estoy seguro, cocida y cubierta con la salsa de Hel-muth, habría sido aclamada con gritos de júbilo por un *gourmet*.

— Ah, Gerry, —dijo Helmuth, precipitándose hacia el mueble de las bebidas—, tengo buenas noticias para tí.

— ¿Quieres decir que has comprado otra botella de ginebra? —pregunté con optimismo.

— Bueno, eso desde luego —dijo sonriendo—. Sabíamos que volvías. Pero aparte de eso, ¿sabes que el próximo fin de semana es fiesta?

— Sí, ¿y qué?

— Quiere decir —dijo Helmuth derramando ginebra en los vasos con alegre despreocupación—, que puedo llevarte a las montañas de Calilegua a pasar tres días. ¿Te gusta la idea, eh?

Me volví hacia Edna.

—Edna, —empecé—, te quiero...

—Muy bien —dijo con resignación—, pero con la condición de que el puma no pueda salir de la jaula, es lo único que te pido.

Así que, el sábado siguiente por la mañana, me despertó Luna, justo al despuntar el alba, asomándose a mi ventana y cantando una canción de amor algo obscena. Me arrastré fuera de la cama, me cargué el equipo a la espalda y nos dirigimos, con la fresca luz de acuario del amanecer, a la casa de Helmuth. Fuera había un grupo de caballos con un aspecto bastante apaleado, cubiertos con la extraordinaria silla de montar que se usa en el norte de Argentina. La silla tenía un asiento profundo y curvo con una perilla muy alta delante, de forma que era casi como ir sentado en una butaca. Atados al frente de la silla había dos enormes trozos de cuero, de forma parecida a las alas de un ángel, que servían de estupenda protección para las piernas y las rodillas cuando se cabalgaba por zona de matorral espinoso. A la pálida luz del amanecer, los caballos, con aquellas extrañas sillas, parecían un grupo de animales míticos, Pegasos, por ejemplo, pastando solitarios en la hierba cubierta de rocío. Cerca de allí holgazaneaba un grupo formado por los cuatro guías y cazadores que iban a acompañarnos, deliciosamente toscos y con aspecto de no haberse afeitado, con las *bombachas** sucias, grandes botas arrugadas y unos enormes sombreros de paja bastante andrajosos. Observaban a Helmuth que, con el pelo de color rojo-mañá reluciente de rocío, corría de caballo en caballo, metiendo distintas cosas en los sacos que colgaban a los lados de las sillas. Esos sacos, según me dijo Helmuth, contenían nuestros víveres para los tres días que íbamos a estar fuera. Al mirar en dos de los sacos descubrí que nuestras vituallas consistían principalmente en ajos y botellas de vino, aunque uno de ellos estaba lleno hasta los topes de unos enormes pedazos de carne de aspecto nada sano, chorreando sangre a través del saco, y cuya curiosa forma producía la desagradable impresión de que transportábamos un cuerpo descuartizado. Cuando todo estuvo a gusto de Helmuth, salió Edna, en bata y temblando, a despedirnos. Montamos sobre nuestros huesudos corceles y partimos con un enérgico trote hacia la cadena de montañas que constituía nuestra meta, oscura, brumosa, y salpicada aquí y allá con oro y verde a la luz de la mañana. Al principio cabalgamos por los ásperos senderos que cruzaban los campos de caña de azúcar, donde las cañas susurraban y claquéaban con la leve brisa. Nuestros guías y cazadores se adelantaron a medio galope y Luna, Helmuth y yo cabalgamos en fila, manteniendo a nuestros caballos a un paso suave. Helmuth me contaba la historia de su vida, cómo, a la edad de diecisiete años, en Austria, su país natal, había sido reclutado por el ejército alemán, y había luchado durante toda la guerra, primero en África del Norte, luego en Italia y finalmente en Alemania, sin perder nada más que la falange de un dedo que le arrancó una mina que explotó debajo de él y podía haberle matado. Luna simplemente iba sentado, repantigado en su gran silla, como una marioneta que se hubiera caído, cantando suavemente para sí. Cuando Helmuth y yo hubimos resuelto los problemas del mundo y llegando a la estremecedora conclusión de que la guerra es inútil, nos quedamos callados

escuchando la suave voz de Luna, el coro de las cañas y el monótono golpear de los cascos de nuestros caballos, como latidos suaves y tranquilos en el polvo fino.

Pronto el camino dejó los campos de caña y empezó a trepar por las laderas bajas de las montañas, adentrándose en el verdadero bosque. Los voluminosos árboles decorados con epífitas y orquídeas colgantes, estaban enlazados con los de al lado con lianas enredadas y retorcidas, como una cadena de esclavos. El camino tomaba ahora el aspecto de un lecho de río (y en la estación lluviosa supongo que lo era) salpicado de cantos rodados irregulares, de distintos tamaños, muchos de ellos sueltos. Los caballos, aunque seguros y habituados al terreno, tropezaban frecuentemente y casi te arrojaban por encima de sus cabezas, así que tenías que concentrarte en sujetarlos a menos que quisieras encontrarte de repente con el cráneo partido en dos. El camino se había estrechado, y giraba y se retorció a través del espeso monte bajo tan tortuosamente que, aunque nosotros tres cabalgábamos casi pegados, frecuentemente nos perdíamos de vista, y, si no hubiera sido por la voz de Luna, que se elevaba cantando detrás de mí, y por los ocasionales juramentos de Helmuth cuando su caballo tropezaba, me habría parecido que iba solo. Llevaríamos cabalgando de esta forma una hora, más o menos, gritándonos comentarios y preguntas de vez en vez, cuando oí un rugido de rabia de Helmuth, que se había adelantado un poco más. Al doblar el recodo, vi la causa de su rabia.

En ese punto, el camino se había ensanchado, y a lo largo de uno de los lados había un barranco, de unos seis pies de profundidad, bordeado de rocas. Uno de nuestros caballos de carga se las había arreglado para caer en él de alguna extraña forma sólo de él conocida, pues en ese punto el camino era lo suficientemente ancho como para evitar una catástrofe así. El caballo se hallaba de pie, al parecer con aspecto de estar bastante complacido, en el fondo del barranco, mientras nuestros rudos cazadores habían desmontado e intentaban hacer subir otra vez al camino. Uno de sus costados estaba todo cubierto de una sustancia escarlata que goteaba bastante macabramente, y el animal estaba en medio de lo que parecía un charco de sangre que crecía sin cesar. Mi primer pensamiento fue preguntarme, incrédulo, como se las había arreglado para herirse tanto en una caída tan sencilla, y entonces me di cuenta de que la carga que llevaba incluía, entre otras cosas, parte de nuestra reserva de vino. Eso explicaba la sustancia pegajosa y la rabia de Helmuth. Finalmente, conseguimos hacer volver al caballo al camino y Helmuth miró dentro del saco manchado de vino, profiriendo gemidos de angustia.

— Maldito caballo —dijo— ¿por qué no se cayó del *otro* lado, donde está la carne?

— ¿Queda algo? —pregunté.

— No —dijo Helmuth, mirándome con angustia—, se rompieron todas las botellas. ¿Sabes qué quiere decir eso?

— No —dijo sinceramente.

— Quiere decir que sólo nos quedan veinticinco botellas de vino para sobrevivir —dijo Helmuth. Entristecidos con esta tragedia, continuamos el camino lentamente. Hasta Luna parecía afectado por la pérdida y cantaba sólo las canciones más melancólicas de su extenso repertorio.

Seguimos cabalgando durante largo rato, mientras el camino se hacía cada vez más pendiente. A mediodía desmontamos junto a un arroyo que bajaba dando saltos. Teníamos las camisas negras de sudor. Nos bañamos y tomamos un ligero refrigerio a base de pan, ajo crudo y vino. A una persona exigente puede parecerle repugnante, pero cuando se tiene mucha hambre, no hay combinación de sabores más exquisita. Descansamos una hora para dar tiempo a que se secan nuestros caballos sudorosos, y luego volvimos a montar y cabalgamos durante toda la tarde. Por fin, cuando las sombras del atardecer se alargaron y vimos los tenues resplandores de una dorada puesta de sol a través de diminutas rendijas entre los árboles, el camino se hizo llano de repente y llegamos a una zona del bosque llana y bastante clara. Nuestros cazadores ya habían desmontado y desensillado sus caballos y uno de ellos había recogido ramas secas y encendido una hoguera. Desmontamos muy rígidos, desensillamos los caballos y luego, usando las sillas y sus mantillas de piel de oveja, llamadas *recados* *, como respaldos, descansamos alrededor del fuego diez minutos, mientras los cazadores sacaban parte de la poco apetecible carne de los sacos y la ponían a asar en asadores de madera.

Al cabo de un rato, como me sentía algo menos rígido y todavía quedaba algo de luz, decidí darme un paseo por el bosque, por las cercanías del campamento. Muy pronto las voces roncadas de los cazadores se perdieron entre las hojas mientras yo avanzaba, agachándome y serpenteando entre el enmarañado monte bajo iluminado por el sol poniente. De vez en cuando, zumbaba y aleteaba sobre mi cabeza un colibrí, que buscaba en una flor el último trago de la noche. Pequeños grupos de tucanes revoloteaban de árbol en árbol gañendo como perillos, o contemplándome con las cabezas ladeadas, chirriando como bisagras oxidadas. Pero no me interesaban tanto los pájaros como la variedad de hongos que vi a mi alrededor. Nunca he visto, en ninguna parte del mundo, una variedad tan grande de setas y hongos diseminados por el suelo del bosque, por los troncos caídos y por los propios árboles. Los había de todos los colores, del rojo vino al negro, del amarillo al gris, y de una

fantástica variedad de formas. Anduve lentamente durante unos quince minutos por el bosque, y en ese tiempo debí recorrer un área de aproximadamente un acre. Y sin embargo, en tan poco tiempo y en un espacio tan limitado, llené mi sombrero con veinticinco especies diferentes de hongos. Unos eran de color escarlata y tenían la forma de una copa de cristal veneciano con un delicado pie; otros tenían una filigrana de agujeros, de forma que parecían mesitas talladas en marfil, en blanco y en amarillo; otros eran como grandes y suaves burujos de lava o de alquitrán, negros y duros, extendidos sobre leños podridos, y otros parecían haber sido tallados en chocolate pulido, ramificados y retorcidos, como grupos de cornamentas de ciervos en miniatura. Unos estaban en hileras, como botones rojos, amarillos o marrones en la pechera de las camisas de los árboles caídos, y otros, como viejas esponjas amarillas, colgaban de las ramas dejando caer un maligno líquido amarillo. Era un paisaje de brujas de Macbeth, y en cualquier momento esperabas encontrar a una vieja y arrugada hechicera con una cesta, recogiendo este rico cargamento de hongos que pudieran ser venenosos.

Pronto oscureció demasiado para ver bien entre los árboles y volví al campamento, extendí mis hongos en filas y los miré a la luz del fuego. La poco apetecible carne se había convertido ya en deliciosos churrascos dorados y burbujeantes y todos nos aplicamos a inclinarnos continuamente hacia adelante con nuestros cuchillos para cortar delicadas tiras de ellos y mojarlas en la salsa de Helmuth (que, se había traído, muy atento, una botella), y luego meternos el aromático resultado en la boca. Exceptuando algún eructo perdido, el silencio era completo. El vino pasaba silenciosamente de mano en mano, y, de vez en cuando, alguien se inclinaba hacia delante y calladamente arreglaba los leños del fuego, de forma que las llamas aleteaban hacia arriba más brillantes y los restos de los churrascos chisporroteaban brevemente, como un nido de avispas adormiladas. Al fin, empachados de comida, nos echamos hacia atrás para apoyarnos en los montecillos de nuestras sillas, y Luna, después de tomar un largo trago de la botella, cogió la guitarra y empezó a rasguear suavemente. Pronto empezó a cantar muy suavemente. Su voz apenas salía del círculo alumbrado por el fuego, y los cazadores se le unieron en un coro sonoro y profundo. Me puse el poncho (esa inapreciable prenda que es como una manta con un agujero en medio), me envolví bien en él —dejando una mano libre para tomar la botella de vino que iba pasando alrededor del círculo— enrollé mi *recado* * de piel de oveja para formar una almohada cómoda y caliente, y me tumbé, escuchando las persistentes canciones y mirando cómo una luna blanca se abría paso muy lentamente a través de la negra greca de ramas sobre nuestras cabezas. Luego, de repente, sin somnolencia previa, caí profundamente dormido.

Me desperté todavía mirando al cielo, que era ahora de un azul pálido, salpicado de oro. Al volverme vi a los cazadores ya levantados, la hoguera encendida y más tiras de carne asándose al fuego. Helmuth estaba en cuclillas junto a la hoguera bebiéndose una enorme jarra de humeante café, y me sonrió mientras yo bostezaba.

—Mira a Luna —dijo haciendo un gesto con su taza—, roncando como un chancho.

Luna estaba acostado cerca de mí, completamente invisible bajo su poncho. Desembrollé la pierna de mi poncho y propiné una vigorosa patada a lo que pensé que sería el trasero de Luna. Lo era, y a mi crueldad respondió un aullido al cual sucedió una risita y un estallido de canto al aparecer la cabeza de Luna por el agujero de su poncho con el ridículo aspecto de una tortuga cantarina emergiendo de su caparazón. Pronto, reconfortados por el café y los churrascos, ensillamos los caballos y cabalgamos por el bosque, húmedo y oloroso con el rocío, y animado con el sonoro canto de los pájaros.

Mientras cabalgábamos, iba pensando en el asunto de los vampiros. Me daba cuenta de que, con el poco tiempo de que íbamos a disponer en las montañas, teníamos pocas probabilidades de conseguir animales realmente espectaculares, pero sabía también que el lugar al que nos dirigíamos estaba infestado de esos mamíferos. En una ocasión se había intentado dedicar aquel terreno a una plantación de café, pero tuvieron que abandonar el proyecto al no poder tener caballos a causa de los vampiros. Tenía muchísimas ganas de ver a un vampiro en su tierra natal, por así decirlo, y, si era posible, coger algunos y llevármelos a Europa, alimentándolos con sangre de pollo, o, si era necesario, con la mía propia o con la de los voluntarios que pudiera encontrar. Que yo supiera, nunca habían llevado ninguno a un zoológico europeo, aunque en Estados Unidos habían conseguido que algunos se adaptaran. Mi esperanza era que, después de haber estado abandonados durante tanto tiempo, no se hubieran marchado todos los vampiros de la plantación de café en busca de pastos más lucrativos.

Nuestro destino, cuando llegamos a él alrededor de una hora después, resultó ser una ruinoso cabaña de una sola habitación, con una pequeña galería cubierta en uno de los lados. Le di aproximadamente unos seis meses de vida antes de que se desintegrara tranquilamente y pasase a formar parte del bosque: estaba claro que habíamos llegado justo a tiempo. Todos los cazadores, Helmuth y Luna, trataron aquella cabaña como si fuese un hotel de lujo, arrastraron afanosamente sus sillas de montar al interior y discutieron amistosamente sobre quien dormiría en cada rincón del carcomido suelo. Yo decidí dormir fuera, en la galería, no sólo porque pensé que sería una pizca más higiénico, sino también porque desde allí podía mantener vigilado el árbol al que estaban atados los caballos, porque era a ellos a quienes yo esperaba que los vampiros dirigiesen el primer ataque.

Después de comer salimos a pie por el bosque, pero, aunque vi numerosas huellas de tapir y de jaguar y de otros animales menores, los animales mismos permanecieron invisibles. Me las arreglé, sin embargo, levantando todos los troncos podridos con que nos tropezamos, para capturar dos bonitos sapos, una rana arbórea y una serpiente coral pequeña, ésta última con gran horror de todos. Cuando regresamos a la cabaña para la comida de la tarde, alojé a los bichos cuidadosamente en las bolsas de tela que había llevado con ese propósito. Cuando terminamos de cenar nos quedamos sentados en torno a las ascuas incandescentes, y Luna, como de costumbre, cantó para nosotros. Luego se retiraron todos a la cabaña, cerrando cuidadosamente la ventana y la puerta, no fuera a ser que se colase en ella un soplo del mortal aire de la noche y les matase (aunque habían dormido felizmente al aire libre la noche anterior), y yo me hice la cama fuera, en la galería, con la cabecera algo levantada para tener una buena perspectiva de los caballos, que, plateados por la luna, estaban atados a unos veinte pies de distancia. Me instalé cómodamente, encendí un cigarrillo y me quedé allí sentado forzando la vista a la luz de la luna para ver el primer signo de cualquier vampiro que se acercase a los caballos. Permanecí así dos horas hasta que, involuntariamente, me dormí.

Me desperté al amanecer y, furioso conmigo mismo por haber dormido, me desembaracé del poncho y fui a inspeccionar los caballos. Descubrí, muy irritado, que dos de ellos habían sido atacados por los vampiros mientras yo roncaba a veinte pies de distancia. Los dos habían sido mordidos exactamente en el mismo sitio, en el cuello y a una distancia de una cuarta más o menos de la cruz. Los mordiscos consistían en dos rajadas iguales, de una media pulgada de longitud cada una y bastante superficiales. Pero el efecto de las pequeñas mordeduras era horroroso, porque la sangre (como en todas las mordeduras de vampiro) no se había coagulado al terminar el murciélago de lamer su espeluznante comida y marcharse, ya que la saliva de los vampiros contiene un anticoagulante. Así que cuando el vampiro, inflado, había dejado a los caballos, las heridas habían continuado sangrando y ahora los cuellos de los caballos estaban cruzados por grandes franjas de sangre coagulada totalmente desproporcionadas con respecto al tamaño de las mordeduras. También noté que éstas, además de estar en idéntica posición en los dos caballos, estaban en el mismo lado del cuerpo, en el lado derecho del animal si uno se sentaba sobre él, y no había señales de mordeduras o de que hubiesen intentado morderles en el lado izquierdo. Ninguno de los dos animales parecía estar afectado en lo más mínimo por las mordeduras y sí parecía sorprenderles ligeramente, en cambio, el interés que yo me tomaba por ellas.

Después de desayunar, seguro de que los vampiros debían estar ocultos en algún lugar cercano, organicé al resto de la expedición para ir en su busca. Nos desplegamos y registramos el bosque en círculo alrededor de la cabaña, penetrando un cuarto de milla en la espesura y buscando árboles huecos o cuevas pequeñas donde pudieran ocultarse los vampiros. Continuamos esta actividad hasta la hora de comer sin resultado, y cuando nos reunimos en la cabaña, los únicos ejemplares vivos que podíamos decir realmente que habíamos conseguido eran unas trescientas cuarenta garrapatas negras de diversos tamaños y edades, y que parecían haber preferido el olor de Luna y de Helmuth al nuestro, de forma que habían convergido en ellos. Tuvieron que bajar a un arroyo cercano y desnudarse; luego, después de haberse arrancado del cuerpo con el agua las garrapatas más tenaces, se dedicaron a la tarea de quitar las restantes de los pliegues y hendiduras de sus ropas, los dos desnudos, sentados en las rocas, rebuscando en la ropa como un par de mandriles.

—Es curioso esto de las garrapatas —dije en tono de conversación, cuando bajé al riachuelo a decirles que la comida estaba lista—. Son parásitos de gran percepción. Es un dato de historia natural bien conocido que siempre atacan a la gente más desagradable de las expediciones... normalmente a los borrachos, a los tontos o a los inmorales.

Luna y Helmuth me miraron con ferocidad.

—¿Te gustaría —preguntó Helmuth con interés—, que Luna y yo te tirásemos por esa cascada?

—Tienes que admitir que es un poco raro. Ninguno de los cazadores tiene garrapatas, y todos ellos parecen buen cebo para parásitos, creo yo. Yo no tengo garrapatas. Ustedes son los únicos. ¿Conocen el viejo proverbio sobre los parásitos?

—¿Qué viejo proverbio? —preguntó Helmuth, suspicaz.

—Dios los cría y ellos se juntan —dije, y salí corriendo hacia el campamento antes de que pudieran ponerse los zapatos y salir detrás de mí.

El sol calentaba tanto y era tan cegador en el claro cuando terminamos de comer que todos nos tumbamos en la diminuta galería a dormir la siesta. Mientras los otros roncaban como una piara de cerdos, me di cuenta de que no podía dormir. Seguía dando vueltas en la cabeza al asunto de los vampiros. Me molestaba no haber encontrado su escondrijo, que debía de estar bastante cerca. Naturalmente, me daba cuenta de que era posible que no hubiera más que uno o dos murciélagos, y en ese caso, buscar su escondrijo en el bosque era tres veces

más difícil que la consabida y estúpida tarea de buscar una aguja en un pajar. Sólo cuando los otros se hubieron despertado, con gruñidos y bostezos, se me ocurrió una idea de repente. Me puse de pie de un salto y entré en la cabaña. Al mirar hacia arriba vi, con gran alegría, que la habitación tenía un *techo* de madera, lo que significaba que debía haber una especie de desván entre éste y el vértice del tejado. Salí corriendo, y fuera, naturalmente, había una abertura cuadrada que evidentemente daba al espacio entre el techo y el tejado. Ahora estaba seguro de que encontraría el desván repleto de vampiros, así que esperé con impaciencia a que los cazadores hicieran una tosca escalera de mano con árboles jóvenes y la alzarán hasta el agujero. Me precipité por ella armado de una bolsa para meter mis capturas y una tela para cogerlas sin que me mordieran. Helmuth me seguía para tapar la abertura con una de mis camisas viejas. Ansiosamente, sosteniendo una linterna con la boca, entré en el desván arrastrándome. El primer descubrimiento que hice fue que el techo de madera sobre el que me hallaba era en extremo inseguro, así que tuve que estirarme como una estrella de mar para distribuir mi peso e impedir así que se viniera abajo conmigo encima. Así que, arrastrándome sobre el estómago al modo de un furtivo piel roja, comencé a explorar el desván.

La primera señal de vida consistió en una larga y delgada serpiente arbórea que pasó disparada por mi lado hacia el agujero que guardaba Helmuth. Cuando se lo dije a éste y le pedí que tratara de cogerla, acogió el ruego de la forma menos amistosa posible, intercalando sonoros juramentos austríacos. Afortunadamente para él, la serpiente encontró una grieta en el techo, desapareció por ella y no volvimos a verla. Yo seguí gateando tenazmente, molestando a tres pequeños escorpiones que se lanzaron inmediatamente a los agujeros más próximos, y a ocho arañas, grandes y repugnantes, de la variedad más hirsuta, que se limitaron a moverse ligeramente cuando la luz de la linterna las iluminó y se acurrucaron allí meditabundas. Pero no había ni la más remota señal de vampiros, ni siquiera una deyección de murciélago para animarme. Justo cuando empezaba a sentirme muy disgustado con los murciélagos en general y con los vampiros en particular, la luz de la linterna iluminó algo que estaba tranquilamente posado sobre una viga transversal, mirándome con ferocidad, e inmediatamente me olvidé de los vampiros.

Agazapado en el charco de luz había un chucho, un ave poco más grande que un gorrión con ojos grandes y amarillos que me miraban con toda la silenciosa indignación de un vicario que, en medio del servicio, descubriera que el organista está borracho. Resulta que me apasionan toda clase de buhos, pero esos son probablemente mis favoritos. Yo creo que es su tamaño diminuto, combinado con su absoluta falta de miedo, lo que me atrae; en cualquier caso, decidí añadir a mi colección el que estaba situado encima de mí, o morir en el intento. Dirigiéndole la luz de la linterna firmemente a los ojos para que no viera lo que hacía, levanté cuidadosamente la otra mano y, con un movimiento rápido, eché la tela que llevaba sobre él y le agarré. Lanzó un chillido de indignación, aleteó locamente, y me clavó las garras, pequeñas pero muy agudas, en los dedos, a través de la tela. Coloqué la linterna en el suelo, le envolví bien apretado en la tela y luego me metí el envoltorio dentro de la camisa y me la abroché para mayor seguridad. Luego, cuando me hube asegurado una vez más de que no había ni un murciélago en el desván, empecé a moverme hacia la entrada. La operación era, por decir lo mínimo, difícil, porque el buho reposaba contra mi pecho y por ello, tenía que desplazarme boca arriba. Esta postura me proporcionaba una espléndida panorámica de las arañas que había encima de mi cabeza y que ahora parecían del tamaño de platos de sopa y dispuestas a saltar sobre mí al primer movimiento en falso. Aunque las arañas me fascinan, prefiero mantenerme a cierta distancia de las variedades más grandes y más peludas. Por fin llegué a la abertura y salí a la luz del día. Para sorpresa mía, los cazadores se mostraron encantados y entusiasmados ante mi captura del chucho. Me extrañó mucho, hasta que me explicaron que era creencia común en Argentina que el que poseía una de esasavecillas era afortunado en el amor. Esto explicaba también algo que me había tenido perplejo durante cierto tiempo. En Buenos Aires había visto uno de esos buhos en una jaula en el mercado local de aves. El dueño me había pedido un precio tan exorbitante que me lo tomé a broma, hasta que vi que iba en serio. Se negó a regatear, y se quedó indiferente cuando me fui sin comprar el ave. Tres días más tarde regresé, pensando que para entonces el hombre estaría más dispuesto a negociar, pero me encontré con que lo había vendido al precio que pedía. El hecho me había parecido increíble y en verdad que no podía encontrar una explicación satisfactoria. Pero ahora me di cuenta que algún chaval enfermo de amor había ofrecido más que yo; sólo me quedaba esperar que el buho le trajese suerte.

Aquella noche iba a ser la última que pasábamos en las montañas y yo estaba totalmente decidido a atrapar a un vampiro si uno asomaba aunque sólo fuera la punta del ala. Incluso había decidido utilizarme a mí mismo como cebo, lo cual, no sólo me pondría los vampiros al alcance de la mano, sino que también me descubriría si era verdad o no que la mordedura no causaba ningún dolor, como decían. Así que cuando los demás se retiraron a su sofocante camarín, me hice la cama lo más cerca posible de los caballos, y al mismo tiempo lo bastante lejos como para no espantar a los vampiros y me envolví en el poncho, dejando un pie sobresaliendo, porque los vampiros, según había leído, eran particularmente aficionados a las extremidades humanas, y especialmente al dedo gordo del pie. De cualquier forma, era la única extremidad que estaba dispuesto a sacrificar a la Ciencia.

Me acosté allí, a la luz de la luna, mirando fijamente a los caballos mientras mi pie se iba quedando cada vez más frío. Me pregunté si a los vampiros les gustaría el dedo gordo humano congelado. Débilmente, desde el bosque oscuro que nos rodeaba, llegaban los sonidos de la noche, un millón de grillos haciendo interminables

obras de carpintería en la maleza, dando martillazos y serrando, forjando herraduras de caballo en miniatura, practicando el trombón, afinando arpas y aprendiendo a usar taladros neumáticos. En las copas de los árboles, las ranas se aclaraban la garganta roncamente, como un coro de hombres preparándose para un concierto. Todo estaba brillantemente iluminado por la luna, incluido mi dedo gordo, pero no había ni un vampiro a la vista.

Finalmente mi pie izquierdo empezó a parecerse a algo que hubiera ido con Scott al Polo y se hubiera quedado allí, así que lo metí al calor del poncho y extendí el pie derecho como sacrificio. Los caballos, con las cabezas inclinadas, estaban de pie, bastante quietos a la luz de la luna, cambiando el peso, muy de vez en cuando, de un par de patas al otro. Al cabo de un rato, para recuperar algo de sensibilidad en los pies, fui renqueando hasta donde estaban los caballos y los inspeccioné con ayuda de una linterna. Ninguno de ellos había sido atacado. Volví a la cama y continué mi voluntaria tortura. Hice varias cosas para mantenerme despierto: fumé, bajo el poncho, cigarrillos sin fin, hice listas mentales, en orden alfabético, de todos los animales sudamericanos que pude recordar, y cuando todas esas cosas fallaron y empecé a sentir sueño, me puse a pensar en los números rojos de mi cuenta corriente. Este último es el método más eficaz que conozco para erradicar el sueño. Cuando el amanecer empezó a disipar la negrura del cielo, yo estaba completamente despierto y me sentía como si fuera el único responsable de la Deuda Pública. Tan pronto como hubo luz suficiente como para ver sin linterna, me acerqué renqueando a los caballos para inspeccionarlos, más que nada por trámite. Apenas pude dar crédito a mis ojos al ver que dos de ellos estaban pintados con macabras cintas de sangre en el cuello. Había estado vigilando los caballos —a la brillante luz de la luna— durante toda la noche, y habría jurado por mis muertos que ningún vampiro de ninguna clase se había acercado a menos de cien yardas de ellos. Y, sin embargo, los vampiros se habían dado un festín a costa de dos de los caballos y, como si dijéramos, ante mis propios ojos. Si dijera que me llevé un disgusto, me quedaría corto. Tenía los pies que parecía que se iban a caer si se los tocaba, un agudo dolor de cabeza y en general me sentía como un lirón al que sacan de un nido a mediados de octubre.

Luna y Helmuth, naturalmente, se rieron mucho cuando los desperté y pensaron que aquélla era venganza suficiente por mis rudas observaciones del día anterior respecto a los parásitos. Sólo después de desayunar en un estado lúgubre y medio sonámbulo, cuando empezaba a tomar la tercera taza de café, recordé algo que me sobresaltó considerablemente. En mi entusiasmo por capturar un vampiro, y por que me mordieran para ver qué se sentía, había olvidado por completo el hecho, bastante desagradable, de que son portadores de la rabia, de forma que su mordedura podía haber tenido repercusiones bastante interesantes, por no decir algo peor. Recordé que la vacuna antirrábica (que, con la acostumbrada truculencia que tanto deleita a los médicos, se inyecta en el estómago) es extremadamente dolorosa, y que tienen que meterte una gran cantidad de vacuna en el cuerpo para estar fuera de peligro. Si eso es necesario, o si lo hacen los médicos porque sacan tajada de los fabricantes de vacunas, no lo sé, pero sí sé —por gente que lo ha pasado— que no es una experiencia grata. Las probabilidades de que me contagiara un vampiro precisamente en aquella zona habrían sido bastante remotas, creo yo, pero aun así, si me hubieran mordido, habría tenido que someterme a las inyecciones como medida de precaución; cualquiera que haya leído alguna vez una descripción de las últimas fases de un enfermo de rabia, correría de muy buena gana a vacunarse al hospital más cercano.

Así que, sin vampiros ni mordeduras, y con un precioso chucho colgado de mi cuello en una diminuta jaula de bambú, partimos de las montañas para volver a Calilegua. Cuando llegamos a los campos de cañas reinaba una verde luz crepuscular y todos estábamos cansados y doloridos. Hasta Luna, que cabalgaba delante, cantaba cada vez más bajo. Por fin vimos el resplandor de las luces de la casa de Helmuth, y cuando desmontamos, rígidos, sudorosos y sucios, y entramos, encontramos a Edna, fresca y encantadora, y, a su lado, una mesa con tres grandes vasos de tónica con ginebra helada.

Capítulo 8 Un vagón lleno de *bichos**

En conclusión, me parece que nada puede beneficiar más a un joven naturalista que un viaje por países lejanos.

Charles Darwin: *El viaje del Beagle*.

He conocido, en el transcurso de mis giras por el mundo, a muchas personas curiosas e interesantes. Si tuviera que hacer una lista de esos personajes, ocuparían los primeros lugares dos personas que conocí durante los últimos diez días que pasé en Calilegua.

Helmuth vino una mañana y me dijo que tenía que ir a hacer unas cosas a una *estancia** que se hallaba a cierta distancia de Calilegua, y que cerca de su destino había otra *estancia** dirigida por un hombre que (según le habían dicho) tenía animales salvajes en casa. Así que mientras él se ocupaba de sus asuntos, me dejaría en la otra *estancia** a ver qué gangas encontraba. Durante el viaje, Helmuth me contó algunas cosas del hombre al que iba a conocer.

— Yo no lo vi nunca, pero la gente del lugar dice que es de una muy buena familia europea. Dicen que solía recibir a reyes y príncipes cuando su padre era primer ministro de uno de los estados balcánicos. No se cuánto hay de verdad en esto... ya sabes lo que pasa en estos sitios, ¿no, Gerry? Dicen cualquier cosa de tu vida pasada, y si de eso no se les ocurre nada, dicen que no estás casado con tu mujer, o que eres un borracho, o un homosexual, o algo por el estilo.

— Sí, ya se lo que pasa —dije—, yo viví una vez en un acogedor pueblecito inglés donde no podías pasar un rato con ninguna mujer de edad comprendida entre los siete y los setenta años sin que te acusaran de violarla.

— De todas formas —dijo Helmuth filosóficamente—, si tiene *bichos** que te vengan bien, qué nos importa lo que sea.

Después de dos horas de viaje, abandonamos la carretera y avanzamos por un sendero lleno de baches a través de campos de caña de azúcar. Pronto llegamos a una casa agradable, pequeña, de una planta, rodeada de un cuidado jardín. El césped estaba cubierto de huellas de niños: un caballo de balancín, un oso de peluche roto, una tosca piscina de cemento para chapotear, en la que flotaba un yatecito pesadamente inclinado a estribor.

— Ya llegamos —dijo Helmuth—. Aquí te quedas. Te paso a buscar dentro de unas dos horas, ¿de acuerdo?

— De acuerdo —asentí mientras salía—. Por cierto, ¿cómo se llama este tipo?

— Caporal —dijo Helmuth, y se marchó, dejándome en medio de una nube de polvo.

Debo decir aquí que la persona en cuestión no se llama Caporal pero no doy su nombre real por varias razones, la primera porque no me dio permiso para escribir sobre él. De cualquier forma, cuando un estornudo me hubo librado de parte del polvo que tenía en la nariz, di las consabidas palmadas ante la puerta del jardín, la abrí y me dirigí a la casa. Cuando me acercaba hacia la ancha galería, apareció un hombre por un lado del edificio. Era alto y bien proporcionado y llevaba el acostumbrado atuendo consistente en botas altas y arrugadas, *bombachas* ", una camisa sucia y un gastado sombrero de fieltro de ala ancha.

— *Buenos días** —dijo al acercarse a mí.

— *Buenos días**. Quisiera ver al Sr. Caporal. ¿Está en casa? —pregunté.

Se acercó y se quitó el sombrero.

— Soy yo —dijo. Me estrechó la mano que le tendía, juntó los talones con un ruido seco y se inclinó ligeramente. El gesto no fue teatral, sino automático. Tenía una hermosa cara morena, con ojos oscuros llenos de amabilidad, y un bigote negro cuidadosamente recortado bajo la nariz aguileña, aunque las mejillas y la barbilla estaban cubiertas por una pelusilla negra.

— ¿Habla usted inglés? —pregunté esperanzado.

— Pues claro —contestó al momento, con un acento impecable que debía ser el resultado de un colegio privado—. No lo hablo muy bien, comprende, pero me las arreglo para mantener una conversación. Pero, por favor, no se quede ahí. Entre y tómese una taza de café, y dígame lo que puedo hacer por usted.

Me condujo a la puerta, que llevaba directamente a un comedor-cuarto de estar. Alegraban el suelo, muy encerado, unas alfombrillas tejidas en el lugar, y los pocos muebles que había estaban también encerados y brillantes. Asomé la cabeza por otra puerta, gritó, *María, café para dos, por favor**, y luego se volvió hacia mí sonriendo.

— Es un gran placer —dijo sinceramente—, apenas tengo ocasión de practicar el inglés. Pero primero, ¿puede disculparme un momento? El café estará enseguida... Aquí tiene cigarrillos... por favor, considérese en su casa.

Volvió a inclinarse ligeramente y salió de la habitación. Yo cogí un cigarrillo distraídamente, y de repente, noté con sorpresa que la caja en que estaban era de plata, con un bello e intrincado dibujo en la tapa. Al mirar en torno mío a la habitación vi otros objetos de plata; un precioso florero con un pie muy esbelto, lleno de flores de hibisco rojas, y, en el aparador, un par de candelabros bellamente labrados, y entre ellos, un voluminoso frutero que debía pesar vacío un par de libras. Empecé a preguntarme si no serían verdad las historias que circulaban sobre Caporal, porque aquellos objetos de plata no estaban hechos en Argentina y todos juntos valían una fortuna. Caporal volvió al cabo de un rato sorprendentemente corto y vi que se había lavado, afeitado y cambiado de botas, *bombachas** y camisa.

— Ahora estoy más presentable —dijo sonriendo, mientras la muchacha india entraba pesadamente en la habitación llevando una bandeja con el café—, ¿qué puedo hacer por usted?

Le expliqué que tenía mi propio zoo en las Islas del Canal y que había venido a Argentina en busca de animales, y le interesó profundamente. Resulta que hasta hacía poco tiempo había tenido en casa algunos animales salvajes para distraer a sus hijos, pero que al crecer los animales y hacerse más peligrosos, los había mandado todos al zoo de Buenos Aires. Esto había ocurrido unos tres días antes de mi llegada a Jujuy, así que es fácil imaginar lo que sentí.

— Tenía dos avestruces —dijo sonriendo ante mi sombría expresión—, un zorro, un ocelote y un cerdo salvaje. Lamento mucho haberlos regalado. Si hubiera sabido que venía usted...

— No importa —dije—. Pero si consigo alguna cosa en los próximos diez días, ¿podría mandármelo a Calilegua o enviarme recado para que venga a recogerlo?

— Pues claro —dijo—, con mucho gusto.

Me sirvió más café y hablamos sobre otras cosas. Tenía unos modales impecables y el aspecto de un hombre que ha estado acostumbrado no sólo al dinero sino también a una posición de mando. Despertó en mí una gran curiosidad, pero él era demasiado educado para hablar de sí mismo, y en cambio trató de enderezar la conversación hacia temas que pensaba que me interesaban a mí. Entonces se me ocurrió una idea. Durante una breve pausa en la conversación, me volví hacia él y le dije:

— Por favor, discúlpeme, pero desde que entré en esta habitación he estado admirando sus candelabros. Son preciosos. Nunca había visto nada parecido.

Se le iluminó la cara de satisfacción.

— Ah, sí, son preciosos, ¿verdad? —dijo mirándolos—. Son un pedacito del antiguo régimen que pude conservar... eso y los otros objetos de plata que ve usted aquí.

Me quedé callado, pero adquirí una expresión de ligera sorpresa.

—Verá —continuó—, soy húngaro. Mi padre fue primer ministro allí antes de la guerra. Pero después, cuando vinieron los comunistas, mi padre había muerto y yo tenía mujer y tres hijos... No quería que crecieran bajo ese régimen. Nos escapamos y sólo pudimos traer unos cuantos recuerdos de familia. La mayoría tuvimos que venderlos cuando llegamos a Buenos Aires para poder comer. Tuve algunas dificultades para encontrar trabajo: sólo me habían enseñado a ser un caballero.

Me sonrió tímidamente, como avergonzado de haberme aburrido con sus recuerdos.

— De todas formas —dijo ofreciéndome un cigarrillo— es agradable tener algunas cosas que le recuerden a uno los momentos felices de la vida. Creo que a usted le habría gustado Hungría en aquellos días. Allí había muchos animales entonces. ¡No sabe las cacerías que organizábamos! ¿Le gusta la caza... o le gustan demasiado los animales?

— No, no me opongo a la caza —dijo sinceramente—, siempre que no se extermine a los animales indiscriminadamente.

Le resplandecieron los ojos con vehemencia.

— Quizá —dijo vacilante—, le gustaría ver algunas fotos... —Su voz se apagó en una nota débilmente interrogativa.

Dije que me encantaría ver algunas fotos y, rápidamente, entró en otra habitación de la que volvió enseguida con un gran cofre de roble bellamente tallado que colocó en el suelo. Levantó la tapa y volcó en la alfombra un enorme montón de fotografías, que revolvió con rapidez. Sacaba foto tras foto del montón y me las lanzaba emocionado a las manos, queriendo comunicarme algo de la felicidad que le proporcionaban. Para él representaban cacerías que nunca olvidaría, y la gente que aparecía en las fotografías significaba poco o nada para él.

— Este es el jabalí más grande que cazamos... fue durante una batida en honor del rey de Suecia... mire qué magnífico animal... casi fue un crimen matarlo... mire qué colmillos.

Ahí estaba el monstruoso jabalí en el suelo, con el labio levantado despectivamente sobre sus grandes colmillos, mientras el rey de Suecia, muy estirado, posaba detrás de él con la escopeta en la mano.

— Ahora mire esto. La mejor batida de patos que recuerdo, para el príncipe de Siam, unos quinientos pares de patos... era un día espléndido, el cielo estaba negro de patos... como langostas... teníamos los pies congelados y el cañón de la escopeta al rojo vivo pero no podíamos dejar de disparar...

Estuvimos viendo fotografías una hora más o menos, fotografías de un desfile de animales, realeza y aristocracia. Al fin, saqué del montón una tomada con *flash* en la que se veía un enorme comedor con artesonado de madera. Las arañas de luz eran como jóvenes abetos de Navidad colgados al revés sobre una larga mesa cargada de plata y cristal. Sentados a ella había hombres y mujeres, muy bien vestidos. A la cabecera se hallaba un anciano, y a su derecha un potentado indio con turbante y cargado de joyas. Al otro lado de la mesa reconocí a mi anfitrión, inmaculado en su traje de etiqueta. Parecía una escena sacada de *El prisionero de Zenda*.

—Ah —dijo descuidadamente—, este fue un banquete que dimos al Maharajá. Mire, mire aquí, ¿ve qué magníficas cabezas las de esos corzos? Sólo en Hungría se encontraban cabezas como éstas.

Pronto oí que Helmuth tocaba la bocina fuera, en la carretera, y, con desgana, me levanté para irme. Mi anfitrión metió las fotos otra vez en el arca y cerró la tapa.

— Siento —dijo contrito—, haberlo estado aburriendo con mis fotos. Si hubiera estado aquí mi mujer, ella le habría hecho pasar un rato más distraído.

Protesté diciéndole que había disfrutado mucho, y cuando salíamos a la galería, sentí que debía hacerle una pregunta, tanto si era correcto como si no.

— Dígame, Sr. Caporal —le pregunté, ¿no echa usted de menos todo eso? Después de esa vida maravillosa, con dinero, y cacerías y amigos influyentes, ¿no encuentra Argentina, como mínimo aburrida? Me miró y se echó a reír.

— Sr. Durrell —me dijo—, lo que he estado enseñándole pasó, como un sueño. Fue maravilloso mientras duró. Pero ahora llevo una nueva vida. Estoy ahorrando algo de dinero para poder mandar a mis hijos al colegio en Buenos Aires, y me quedará algo, espero, para comprar una *estancia** pequeña para mi mujer y

para mí cuando mis hijos hayan crecido. ¿Qué más puedo querer?

Cavilé sobre eso un instante, mientras él me miraba sonriendo.

Entonces, ¿le gusta su trabajo aquí —pregunté—, administrar esta *estancia*?

— ¡Pues claro! —dijo—. Es mucho mejor que el primer trabajo que tuve al llegar a Argentina.

— ¿Cuál era? —pregunté con curiosidad.

— Castrar toros en Córdoba —contestó riendo.

Fui hacia donde estaba Helmuth muy pensativo. Me parecía que había tenido el privilegio de pasar las últimas dos horas con un hombre muy poco corriente: un hombre verdaderamente feliz, y sin amargura.

Para entonces, mi colección había crecido tanto que era un trabajo constante cuidar de ella. Ya no podía marcharme tres o cuatro días seguidos y dejar a la pobre Edna mimando a mis animales. Además, estaba muy ocupado construyendo jaulas para los animales que, hasta entonces, o habían estado en completa libertad, o pasaban el tiempo atados pero con correas largas. En un principio había pensado llevar la colección en avión a Buenos Aires, pero el presupuesto del flete, cuando llegó, parecía haber sido calculado por el Astrónomo Real en años-luz.

No había nada que hacer, tendría que ir en tren, un viaje de dos días y tres noches que no me apetecía lo más mínimo, pero no había otra solución. Charles me lo arregló todo con una rapidez y una eficacia típicas de él, a pesar de que tenía su propio trabajo y además estaba muy preocupado por su mujer, Joan, que estaba enferma en el hospital. Así que yo aserraba y daba martillazos en el jardín, preparando las jaulas para el viaje en tren, mientras vigilaba estrechamente a los animales que aún andaban sueltos y que eran, por lo tanto, capaces de meterse en líos.

Los más grandes de los que todavía no tenían jaula eran los coatíes, Martha y Mathias, que, con collares y cadenas, estaban atados a los árboles. Me gustan mucho los coatíes, aunque la mayoría de la gente no los considera especialmente atractivos. Pero yo encuentro algo muy seductor en sus narices largas y elásticas, de punta inclinada, su forma de andar como osos, con las patas torcidas hacia adentro, y la forma en que sostienen sus colas largas y anilladas, levantadas en el aire, cuando andan, como peludos signos de exclamación. En estado salvaje son gregarios y se mueven por el bosque en manadas bastante grandes, levantando troncos y piedras, husmeando en todos los rincones y rendijas con sus hocicos como aspiradores en busca de su presa, que puede ser desde un escarabajo hasta un pájaro, y desde una fruta hasta una seta. Como la mayoría de los mamíferos gregarios de pequeño tamaño, tienen un vocabulario bastante extenso, e investigar las conversaciones de una pandilla de coatíes, compensaría, creo yo. Mathias conversaba conmigo durante horas, con una serie de chillidos y gorjeos como de pájaro; si, cuando inspeccionaba un tronco podrido o una piedra, pensaba que se acercaba a un succulento escarabajo o a una babosa, los sonidos se convertían en gruñidos gangosos, graduados en diferentes tonos e internalados con un extraño ruido como de mordisqueo, producido al entrechocar sus dientes a gran velocidad. Cuando estaba furioso chillaba violentamente y le temblaba todo el cuerpo como si tuviera fiebre, y daba unos gritos silbantes, prolongados y estridentes que casi te reventaban los tímpanos.

Los dos coatíes tenían unas correas bastante largas, atadas a un árbol apropiado. Cuando habían levantado e investigado todos los troncos y piedras que les permitía inspeccionar la longitud de la correa, les cambiábamos a un árbol nuevo. Cada vez que hacíamos esto, Mathias se pasaba diez minutos aproximadamente marcando el círculo de territorio con la glándula secretora de una sustancia odorífera situada en la base de su cola. Se arrastraba solemnemente en círculo, con una mirada de extrema concentración en la cara, poniéndose en cuclillas a intervalos para frotar sus cuartos traseros contra una roca o un palo adecuados. Después de haber izado de esta forma, por así decirlo, el equivalente coatí de una bandera, descansaba y se dedicaba a la tarea de cazar escarabajos con la conciencia tranquila. Si cualquiera de los perros del lugar era tan ignorante como para acercarse a su territorio, nunca volvía a hacerlo por segunda vez. El coatí caminaba lentamente hacia los perros, entrechocando los dientes alarmantemente, con la cola erecta, tiesa como un palo e inflada hasta alcanzar el doble de su tamaño normal. Cuando llegaba a tiro, se disparaba de repente en una curiosa carrera arrolladora, lanzando sus agudos y estridentes chillidos. Este espantoso ruido tenía el efecto de minar la moral de cualquiera que no fuese el más valiente de los perros, y cuando los ponía en precipitada fuga, Mathias, charlando y gorjeando suavemente para sí, regresaba describiendo círculos, volviendo a marcar su territorio. Todo este tiempo, Martha, sentada en el límite extremo de la longitud de su cadena, miraba a Mathias con ojos de adoración y profería grititos de aliento.

Todos los demás animales que había adquirido estaban espléndidos. Juanita, el pécarí, estaba más gorda y encantadora cada día, y trataba despóticamente a los loros. Mis preciosos guacamayos de nuca amarilla casi me

provocaron un ataque de corazón porque parecían ir decayendo; finalmente descubrí que no estaban enfermos, sino que, por alguna extraña razón, querían dormir dentro de una caja por la noche, un hecho que descubrí por casualidad. Tan pronto como les proporcioné una caja en que dormir, les volvió el apetito y empezaron a marchar bien. Entre los gatos, el montes estaba ya bastante reconciliado con la cautividad, y jugaba a juegos extenuantes, como el del escondite, con su compañerita y también a un juego que se inventaron y que bien podía llamarse «Estrangula a tu vecino», tanto, que empecé a dudar de si conseguiría que llegasen vivos a Buenos Aires, y más aún a Jersey. Luna, el puma, se había amansado mucho, y hasta llegó a permitirme que le rascase detrás de las orejas, mientras ronroneaba satisfecho en lo más hondo de su garganta. El pobre ocelote medio muerto de hambre estaba ahora gordo y reluciente. Había perdido la apatía del hambre y ahora estaba muy orgulloso y consideraba sagrado el interior de su jaula, de modo que el proceso de limpiarle y alimentarle estaba lleno de peligro. Así se le agradecen algunas veces a uno sus amabilidades.

Entre los animales nuevos que había añadido a mi colección, había dos de los ejemplares más encantadores de la familia de los monos, una pareja de monos de noche que habían sido capturados en el bosque por un cazador indio. Era un buen cazador, pero desgraciadamente fui demasiado generoso al pagarle y, abrumado por la cuantía de mi pago, se había retirado al pueblo y estaba borracho desde entonces, así que esos fueron los últimos ejemplares que conseguí gracias a él. Pagar la cantidad justa por un animal es todo un arte; si pagas demasiado, pierdes fácilmente un buen cazador, ya que, entre tu campamento y el bosque hay siempre una serie de tabernas y los cazadores son notorios por su poca fuerza de voluntad.

Los monos de noche son los únicos monos nocturnos del mundo, y sólo por esa razón ya serían notables. Pero cuando a eso se añade que parecen un cruce entre un buho y un payaso, que son los más tiernos de los monos y que pasan mucho tiempo estrechamente abrazados uno a otro, intercambiando unos besos casi humanos, entonces los monos de noche se convierten, por lo menos para mí, en irresistibles. Tienen unos ojos enormes, típicos de animal nocturno, rodeados por un antifaz blanco bordeado de negro. La forma de la boca da la impresión de que están a punto de iniciar una sonrisa triste, ligeramente compasiva. Tienen la espalda y la cola de un bonito matiz de gris verdoso, y unas grandes pecheras esponjosas que van del amarillo pálido al naranja intenso, según su edad. En libertad, esos monos, como los coatis, son gregarios y se desplazan por los árboles mediante brincos silenciosos, en bandas de diez a quince animales. La única ocasión en que producen algún sonido es cuando comen, y entonces charlan entre ellos con gruñidos altos, como un ronroneo, que les hincha la garganta, o con una serie de gorjeos como los de los pájaros, maullidos como los de los gatos, resuellos de cerdo, silbidos de serpiente. La primera vez que les oí comer entre los árboles oscuros del bosque les identifique por turno con cada uno de esos animales, y luego me quedé tan aturdido que creí que había descubierto algo nuevo para la ciencia. Solía sacar para ellos grandes escarabajos rojos de las palmeras podridas, un insecto al que son exageradamente aficionados. Cuando me acercaba con aquel bocado me miraban con los ojos muy abiertos y las manos extendidas en ademán de súplica, temblando ligeramente y profiriendo débiles chillidos de emoción. Cogían los escarabajos, que se retorcían en sus manos, con la torpe gracia de un niño pequeño cogiendo una piedrecita, y los masticaban y los trituraban parando de vez en cuando para lanzar gritos de alegría. Cuando habían terminado de masticar y tragar el último trozo, se contemplaban cuidadosamente las manos, por los dos lados, para asegurarse de que no quedaba nada, y luego se miraban el uno al otro con el mismo objeto. Convencidos de que no quedaba ningún pedazo, se abrazaban y se besaban apasionadamente durante unos cinco minutos en lo que parecía una orgía de mutuas felicitaciones.

Fue justo después de adquirir esos deliciosos monos cuando tuve el segundo encuentro con una persona curiosa que conocí gracias a Luna. Apareció este una mañana y dijo que tenía que ir a unos asuntos a un sitio situado a unas millas de Calilegua. Había oído rumores de que en el pueblo que tenía que visitar había un hombre que estaba interesado por los animales e incluso tenía algunos en su casa.

— Todo lo que sé es que se llama Coco, y que todo el mundo dice que está *loco* *, Gerry —dijo Luna—. Pero quizá quieras ir a verlo.

— De acuerdo —dije. No veía nada aborrecible en dejar por un rato un trabajo de carpintería que me hacía sudar—, pero ¿puedes esperar hasta que haya limpiado y alimentado a los animales?

—Bueno —dijo Luna, y se tumbó pacientemente en la hierba, rascándole el estómago a Juanita hasta que terminé mis tareas.

El pueblo, cuando llegamos, resultó ser grande y disperso, con un curioso aire mortecino. Hasta las casas, construidas como de costumbre con los recortes de los troncos, tenían aspecto de sucias y mal arregladas. Todo parecía zarrapastroso y en decadencia. Pero todos parecían conocer a Coco, porque cuando preguntamos en el bar del pueblo dónde vivía, un bosque de manos nos indicó su casa, y todos sonrieron diciendo, «Ah, sí, Coco», como si se refiriesen al tonto del pueblo. Siguiendo sus instrucciones, encontramos la casa enseguida. Nos habíamos fijado en ella de todas formas, porque en comparación con el resto del pueblo, brillaba como una patena. Relucía de puro encalada; el jardín de delante estaba muy bien cuidado e, increíblemente, un verda-

dero sendero de grava, cuidadosamente barrido conducía hasta la casa. Decidí que si era la casa del tonto del pueblo, estaba deseando conocerle. En respuesta a nuestras palmadas, apareció una mujer menuda y morena que parecía italiana y admitió que era la mujer de Coco, pero dijo que él no estaba en casa: durante el día trabajaba en el aserradero local, que se oía zumbiar en la distancia como si todas las abejas del mundo hubieran decidido reunirse. Luna le explicó cual era mi misión, y la cara de la mujer se iluminó.

— Ah —dijo—, voy a mandar a uno de los chicos a buscarlo. Si se quedara sin conocerlo a usted, no me lo perdonaría nunca. Por favor vayan a la parte de atrás y esperen. Vendrá dentro de un momento.

El jardín de detrás de la casa estaba tan cuidado como el de delante, y, para sorpresa mía, tenía dos pajareras espaciosas y bien construidas. Me asomé a ellas optimista, pero estaban las dos vacías. No tuvimos que esperar mucho a que apareciera Coco. Venía trotando enérgicamente por el camino del aserradero, y al llegar, respirando profundamente, a donde estábamos nosotros, se quitó el sombrero de paja. Era un hombre bajo, de buena complexión, con el pelo negro como el carbón y rizado (cosa poco corriente en Argentina), y una espesa barba negra y un bigote cuidadosamente recortados. Sus ojos oscuros brillaban con vehemencia mientras nos tendía, a Luna y a mí, una mano morena y bien formada.

— Bienvenidos, bienvenidos —dijo—, disculpen, por favor, mi inglés... No tengo mucha oportunidad de practicarlo, y por eso no lo hablo bien. .

El hecho de que hablase inglés me sorprendió.

— No sabe usted lo que esto significa para mí —dijo con vehemencia, estrujándome la mano—, hablar con alguien interesado por la naturaleza... si mi mujer no me hubiera avisado, nunca la habría perdonado... Cuando el chico me lo dijo no lo podía creer... un inglés a verme a mí, y además, por cuestiones de animales.

Me sonrió, con expresión todavía ligeramente anonadada ante el milagro que había ocurrido. Se diría que había ido a ofrecerle la Presidencia de Argentina. Me quedé tan abrumado al verme recibido como un ángel recién bajado del cielo, que casi no supe qué decir.

— Bueno —dijo Luna, obviamente convencido de que había cumplido con su obligación poniendo en contacto a un lunático con otro—, me voy a trabajar y los veré más tarde.

Se marchó, tarareando para sí, mientras Coco me cogía del brazo suavemente, como si fuera el ala de una mariposa y lo pudiera estropear, e insistió en que subiera al cuarto de estar de su casa. Allí su esposa había servido una espléndida limonada muy dulce, hecha con limones frescos. Nos sentamos a la mesa y bebimos mientras Coco hablaba. Lo hacía tranquilamente, vacilando de vez en cuando en su inglés y diciendo alguna frase en español, esto sólo después de darse cuenta de que sabía bastante como para entenderle. Fue una experiencia extraordinaria, como escuchar a un hombre que hubiera estado mudo durante años y recobrada de repente el habla. Había estado viviendo durante mucho tiempo en su mundo aislado, porque ni su mujer ni sus hijos ni nadie en aquel pueblo infecto podía comprender sus intereses. Para él yo era la increíble respuesta a una oración, un hombre que salía repentinamente de la nada, que entendía lo que él quería decir cuando afirmaba que un pájaro era bellísimo, o que un animal era interesante, un hombre, en resumen, que podía hablar ese lenguaje que había estado tanto tiempo encerrado dentro de él y que nadie comprendía. Mientras hablaba me miraba continuamente con una expresión embarazosa, mezcla de admiración y miedo: admiración de que yo estuviese allí y miedo de que pudiese desaparecer súbitamente, como un espejismo.

— Estoy estudiando especialmente los pájaros —dijo—, ya sé que los pájaros de Argentina están catalogados, pero ¿quién sabe algo de ellos? ¿Quién sabe algo de sus pavoneos en la época de celo, sus tipos de nido, cuántos huevos ponen, cuántas polladas tienen, si migran? No se sabe nada de eso, y ahí está el problema. En este terreno trato de ayudar en lo que puedo.

— Ese es el problema en todo el mundo —dije—, conocemos todos los animales que existen —o la mayoría de ellos—, pero no sabemos nada de su vida íntima.

— ¿Le gustaría ver el sitio donde trabajo? Lo llamo mi estudio —explicó modestamente—, es muy pequeño pero es lo único que puedo permitirme.

— Me encantaría verlo —dije.

Me llevó afanosamente afuera, a una especie de ala diminuta añadida a la casa. La puerta de entrada estaba fuertemente cerrada con candado. Mientras sacaba una llave de su bolsillo para abrirlo me sonrió.

— No dejo entrar a nadie aquí -me explicó simplemente—. No me entienden.

Hasta ese momento Coco y su evidente entusiasmo por la vida animal me habían impresionado. Pero ahora, al ver su estudio, me quedé más que impresionado. Me quedé sin habla.

El estudio tenía unos ocho pies de largo por seis de ancho. En un rincón había un armario, que me enseñó, donde guardaba su colección de pieles, de pájaros y pequeños mamíferos, y huevos de diversos pájaros. Luego había una mesa larga y baja en la que desollaba a los animales, y al lado, una tosca librería con unos catorce libros de historia natural, unos en inglés y otros en español. Bajo una ventanita había un caballete, y en él una acuarela, a medio terminar, de un pájaro, cuyo cadáver yacía al lado en una caja.

— ¿Esto lo hizo usted? —pregunté incrédulo.

— Sí —dijo tímidamente—. Verá, no puedo darme el lujo de comprar una máquina de fotos, y ésta es la única manera de dejar constancia del plumaje de los pájaros.

Contemplé el cuadro a medio terminar. Estaba muy bien hecho y tenía una finura sorprendente en la línea y el color. Digo sorprendente porque dibujar y pintar pájaros es una de las cosas más difíciles en el terreno de la historia natural. Su trabajo estaba casi a la altura del de los mejores pintores modernos de pájaros que yo había visto. Se notaba que era la obra de una persona sin preparación, pero estaba hecha con exactitud meticulosa y con cariño, y el pájaro resplandecía sobre el papel. Al tener el ejemplar muerto en la mano, yo podía comparar, y vi que el dibujo era mucho mejor que muchos de los que había visto publicados en libros de pájaros.

Sacó una gran carpeta y me enseñó otros trabajos suyos. Tenía unos cuarenta dibujos de pájaros, representados generalmente por parejas si había diferencias según el sexo en el plumaje, y todos ellos eran tan buenos como el primero.

— ¡Pero si son estupendos! —dije—. Tiene que hacer algo con ellos.

— ¿Usted cree? —preguntó dubitativo, mirando los dibujos—. He enviado algunos al hombre que dirige el Museo de Córdoba, y le gustaron. Dijo que deberíamos publicar un libro pequeño, cuando tenga suficientes, pero me parece difícil porque ya sabe usted lo cara que puede ser una publicación.

— Bueno, yo conozco a los encargados del Museo en Buenos Aires —dije—. Les hablaré de usted. No le garantizo nada, pero quizá ellos puedan ayudarle.

— Eso sería magnífico —dijo con los ojos brillantes.

— Dígame —le pregunté—, ¿le gusta su trabajo en el aserradero?

— ¿Gustarme? —y repitió incrédulo—, ¿*gustarme*? *Señor**, es un trabajo inhumano. Pero me da bastante para vivir, y ahorrando cuidadosamente me queda bastante para comprar pinturas. También estoy ahorrando para comprar una máquina de cine pequeña, porque por muy hábil que se sea pintando, hay ciertas cosas que hacen los pájaros que sólo pueden captarse en cine. Pero esas máquinas de cine son muy caras y me temo que aún tardaré mucho en poder comprarla.

Habló durante una hora más o menos, atropelladamente, entusiasmado, diciéndome lo que había conseguido y lo que esperaba hacer. Yo tenía que recordarme constantemente a mí mismo que éste era un hombre — un campesino, si se quiere— que trabajaba en un aserradero y que vivía en una casa en la que, aunque inmaculada, ninguno de los llamados «obreros» en Inglaterra querría vivir ni vivo ni muerto. Haber encontrado a Coco en las afueras de Buenos Aires quizá no me hubiera parecido tan increíble, pero encontrarle en este lugar remoto e improbable era como encontrarse de repente a un unicornio en el centro de Piccadilly. Y aunque me explicó las dificultades que tenía para ahorrar con el fin de comprar pinturas y la máquina de cine de sus sueños, en ningún momento hubo la más leve sugerencia de que pudiera proporcionarle ninguna ayuda económica. Sencillamente hablaba de sus problemas con la ingenuidad de un niño, a alguien que podía entenderle y apreciar lo que hacía. Debía parecerle un millonario, y, sin embargo, yo sabía que si le ofrecía dinero, dejaría de ser su amigo y me convertiría en una persona semejante a los demás habitantes del pueblo, una persona que no comprendía. Lo máximo que podía hacer era prometerle hablar al Museo de Buenos Aires (porque no se encuentran así como así buenos dibujantes de pájaros), darle mi tarjeta, y decirle que si necesitaba algo de Inglaterra, que no pudiese conseguir en Argentina, me lo dijese y yo se lo mandarían. Cuando, finalmente, Luna volvió y tuvimos que irnos, Coco nos despidió con tristeza, como un niño al que han permitido jugar con un juguete nuevo y luego se lo quitan. Cuando arrancamos, se quedó en el centro de la calle polvorienta y desigual, mirando al coche y dando vueltas a mi tarjeta entre sus manos, como si fuera una especie de talismán.

Desgraciadamente, en el viaje a Buenos Aires perdí la dirección de Coco y no descubrí la pérdida hasta que llegué a Inglaterra. Pero él tenía la mía y estaba seguro de que me escribiría y me pediría que le mandase un li-

bro de pájaros, o quizá pinturas, porque esas cosas son difíciles de conseguir en Argentina. Pero no tuve noticias de él. Luego, cuando llegaron las Navidades, le mandé una tarjeta reiterándole mi ofrecimiento de enviarle cualquier cosa que necesitase. Envié la tarjeta a Charles, a Calilegua, y él, amablemente se la llevó a Coco. Entonces Coco me escribió una carta encantadora, en la que pedía disculpas por su mal inglés, que de todas formas, él creía que estaba mejorando algo. Me contaba cosas de sus pájaros y sus pinturas. Pero no había ni una sola petición en su carta. Así que a riesgo de ofenderle, hice un paquete con los libros que pensé que le serían de mayor utilidad, y se lo mandé. Y ahora, cuando estoy descontento con mi suerte, cuando estoy irritado porque no puedo comprar algún animal nuevo, o un libro, o un artilugio para mi máquina de fotos, recuerdo a Coco en su diminuto estudio, trabajando con tanto entusiasmo con instrumentos inadecuados y con poco dinero, y eso produce en mí un efecto muy saludable. En el viaje de vuelta a Calilegua, Luna me preguntó qué pensaba de Coco, ya que todo el mundo creía que estaba *loco* *. Le dije que era, en mi opinión, uno de los hombres más cuerdos que había conocido y desde luego uno de los más admirables. Espero tener algún día el privilegio de volver a encontrarle.

A la vuelta hacia Calilegua, paramos brevemente en otro pueblo donde Luna había oído que tenían un *bicho* *. Para alegría mía, resultó ser un pécarí macho totalmente adulto, mansísimo, el compañero perfecto para Juanita. Su amo le llamaba Juan, así que lo compramos, lo metimos, gruñendo muy excitado, en la parte de atrás del coche y volvimos triunfantes a Calilegua. Juan, sin embargo, era tan grande, patoso y vehementemente manso, que pensé que sin querer, podía hacer daño a Juanita, que era sólo la cuarta parte de su tamaño y muy frágil, así que me vi obligado a enjaularlos por separado hasta que Juanita creciese lo suficiente. De todas formas, se tocaban los hocicos a través de los barrotes y parecían encantados el uno con el otro, así que no perdí la esperanza de arreglar algún día un matrimonio feliz.

Por fin llegó el día en que tuve que irme de Calilegua. No tenía ninguna gana de marcharme, porque todo el mundo había sido amabilísimo conmigo. Joan y Charles, Helmuth y Edna, y Luna, el ruiseñor humano, me habían integrado a mí, un extraño total, en sus vidas, me habían permitido perturbar su rutina, me habían colmado de atenciones y habían hecho lo posible por ayudarme en mi trabajo. Pero, aunque al llegar a Calilegua yo era un extraño, fue tal la amabilidad que me mostraron que en cuestión de unas horas me sentí como si hubiera vivido allí durante años. Decir que sentía dejar a esos amigos sería muy poco.

Mi viaje iba a ser, en las primeras etapas, algo complicado. Tenía que llevar la colección en el trenecillo que iba de Calilegua hasta la ciudad grande más cercana. Allí tenía que pasarlo todo al tren de Buenos Aires. Charles, al darse cuenta de que me preocupaba el asunto del transbordo, insistió en que Luna viajase conmigo hasta la ciudad. El, Helmuth y Edna (Joan estaba todavía enferma), irían en coche y se reunirían con nosotros allí, para resolver cualquier dificultad que pudiera surgir. Protesté por las molestias que eso les acarrearía, pero me hicieron callar a gritos y Edna dijo que si no la dejaba ir a despedirme, no me daría más ginebra esa tarde. Su terrible amenaza sofocó mis protestas eficazmente.

Así que el día de la partida por la mañana llegó a la puerta de la casa de Charles un tractor arrastrando un enorme remolque plano y las cajas de los animales fueron amontonadas en él y llevadas lentamente a la estación. Allí las apilamos en el andén y esperamos la llegada del tren. Me sentí notablemente menos alegre cuando examiné las vías del tren. Estaban gastadísimas, y era evidente que no se habían cambiado hacía muchos años. En algunos tramos, el peso del tren había hundido en la tierra las traviesas y los rieles de tal forma que, desde algunos ángulos, daban la impresión de desaparecer totalmente. Había una abundancia tal de hierbajos creciendo por toda la vía, que, de todas formas, era bastante difícil distinguir donde empezaba ésta y donde terminaba la hierba. Calculé que si el tren viajaba a más de cinco millas por hora por esa vía, tendríamos el descarrilamiento del siglo.

— Esto no es nada —dijo Charles con orgullo, cuando protesté por el estado de los rieles—. Está muy bien, comparado con otras partes de la vía.

— Y yo que creí que el avión en que vine era peligroso —dije—, pero esto es puro suicidio. Ni siquiera se las puede llamar *vías*, están tan torcidas que parecen un par de serpientes borrachas.

— Bueno, hasta ahora el tren nunca ha tenido un accidente —dijo Charles. Y con estas buenas noticias tuve que contentarme. Cuando el tren apareció por fin, resultó tan alarmante que me hizo olvidar el estado de las vías. Los vagones eran de madera y parecían los que se ven en las películas antiguas del Oeste. Pero lo más chocante era la locomotora. Era evidentemente muy vieja, también sacada de una película del salvaje Oeste, con un gigantesco quitapiedras delante. Alguien, claramente disgustado por su apariencia arcaica, había intentado darle un poco de vida, y la había modernizado con láminas de metal pintadas con anchas bandas de color anaranjado, amarillo y rojo. Era, por decir lo mínimo, la locomotora más alegre que he visto; parecía recién salida de un carnaval mientras se nos acercaba majestuosamente a veinte millas por hora, con la hierba cubriendo la vía de tal forma que parecía que viniese a campo través. Rugió al entrar en la estación con un chirrido de frenos y luego lanzó orgullosa una nube de pestilente humo negro que nos envolvió a todos. Empujamos a toda prisa las

jaulas al interior del furgón de carga, Luna y yo nos buscamos un asiento de madera en el compartimento de al lado, y luego, con un gran tirón y un estremecimiento, el tren arrancó.

A lo largo de la mayor parte del camino, la carretera discurría paralela a la vía, separada de ésta solamente por una maraña de hierbas y matojos y una baja alambrada de pinchos, así que Charles, Helmuth y Edna siguieron con el coche paralelamente a nuestro vagón, gritándonos injurias e insultos, agitando los puños y acusándonos a Luna y a mí de una gran variedad de crímenes. Los otros pasajeros se quedaron sorprendidos al principio, pero luego, cuando se dieron cuenta de que era una broma, se unieron al alborozo entusiasmados y hasta nos sugirieron unos cuantos insultos escogidos para que les gritásemos. Cuando Helmuth acusó a Luna de tener una voz tan suave como la de un burro con laringitis, la naranja que Luna le lanzó desde el tren pasó a una pulgada de la cabeza de Helmuth. Aquello era infantil, pero muy divertido, y todo el tren participó. En cada uno de los numerosos apeaderos en los que teníamos que parar, los tontos del coche se adelantaban y nos esperaban en el andén para ofrecernos un enorme ramo de flores marchitas, después de lo cual yo pronunciaba un largo y apasionado discurso en griego moderno desde la ventanilla del tren, con gran desconcierto de los pasajeros que acababan de subirse a él, y que obviamente creían que yo era algún político de visita. Así que nos divertimos de lo lindo hasta llegar a la ciudad donde yo tenía que cambiar de tren. Allí amontonamos cuidadosamente la colección en el andén, dejamos a un mozo de estación a cargo de ella para impedir que la gente molestase a los animales, y nos fuimos a comer, porque había que esperar varias horas a que viniese el tren de Buenos Aires.

Cuando volvimos había anochecido, y el tren de Buenos Aires entró en la estación, resoplando y retumbando, en medio de una impresionante nube de vapor y chispas. Pero no era más que una locomotora normal y no se parecía ni por asomo al reluciente y bamboleante dragón que tan noblemente nos había traído desde Calilegua. Helmuth, Luna y yo apilamos cuidadosamente a los animales en el furgón de carga que yo había alquilado y que resultó ser mucho más pequeño de lo que esperaba. Charles, mientras tanto, había encontrado mi compartimento y había metido mis cosas allí. Iba a compartirlo con otras tres personas, pero de momento estaba vacío, así que lo único que me cabía esperar era que fuesen interesantes. Luego, sin nada que hacer más que esperar la salida del tren, me senté en los escalones que bajaban del vagón y los demás formaron un corro a mi alrededor. Edna revolvió en su bolso y sacó algo que relució con las suaves luces de la estación. Una botella de ginebra.

— Un regalo de despedida —dijo, sonriéndome maliciosamente—, no podía soportar la idea de que hicieses un viaje tan largo sin alimento.

— Helmuth —dije, mientras Luna se iba en busca de agua tónica y vasos—, tienes una mujer como hay pocas.

— Quizá —dijo Helmuth lúgubrememente—, pero sólo hace estas cosas por tí, Gerry. Nunca me da ginebra a mí cuando me voy de viaje. Me dice que bebo demasiado.

Así que, de pie en la estación, brindamos. Yo acababa de terminar de beber cuando sonó el silbato del jefe de estación, y el tren empezó a moverse. Todavía agarrando sus vasos, los otros corrieron al lado del tren para estrechar mi mano. Casi me caigo fuera al besar a Edna. El tren fue adquiriendo velocidad. Les vi formando un grupo bajo las tenues luces de la estación, levantando los vasos en un último brindis antes de perderse de vista, y me fui tristemente a mi compartimento con los restos de la ginebra.

El viaje en tren no fue tan malo como yo había temido, aunque, naturalmente, viajar por Argentina con cuarenta y pico jaulas de animales, no es tan sencillo. Mi principal temor era que durante la noche (o el día) en alguna estación, cambiasen mi vagón de animales a un desviadero y se olvidasen de volverlo a enganchar. Esta horrible experiencia la había tenido una vez un amigo mío que coleccionaba animales en Sudamérica; para cuando se dio cuenta de la pérdida y volvió a toda prisa a la estación en un coche alquilado, casi todos los animales estaban muertos. Así que decidí que siempre que parásemos, de día o de noche, yo bajaría al andén y me aseguraría de que mi preciosa carga estaba a salvo. Mi extraordinario comportamiento, consistente en saltar de mi litera en mitad de la noche, sorprendió considerablemente a mis compañeros, tres futbolistas jóvenes y encantadores que volvían de Chile donde habían estado jugando. Sin embargo, tan pronto como les expliqué por qué lo hacía, se preocuparon mucho por la cantidad de sueño que estaba perdiendo e insistieron en turnarse conmigo durante la noche, cosa que hicieron concienzudamente durante el resto del viaje. Todo el proceso debió parecerles absurdo en extremo, pero trataron la cuestión con gran seriedad y me ayudaron considerablemente.

Otro problema era que sólo podía ir a ver a mis animales cuando el tren llegaba a una estación, porque su furgón no estaba conectado por el pasillo al resto del tren. Aquí es donde el mozo del coche-cama entró en acción. Me advertía diez minutos antes de que llegásemos a una estación y me decía cuánto rato íbamos a parar en ella. Esto me daba tiempo a adelantarme por el tren hasta que llegaba junto al furgón de los animales, y cuando el tren paraba, yo saltaba y me ocupaba de ellos.

Los tres vagones que tenía que recorrer para llegar al furgón de los animales eran los de tercera clase. Sentados en los bancos de madera había una sólida masa humana rodeada de bebés, botellas de vino, suegras, cabras, pollos, cerdos, cestas de fruta y otros objetos imprescindibles en un viaje. Cuando esta multitud alegre, exuberante y con olor a ajo, se enteró de la razón de mis constantes y curiosas peregrinaciones al furgón de detrás, unieron sus esfuerzos para ayudar. Tan pronto como se paraba el tren, me ayudaban a bajar al andén, me buscaban el grifo más próximo, mandaban a sus hijos corriendo en todas las direcciones a comprarme plátanos, pan o cualquier cosa que necesitase para los animales, y luego, cuando yo había terminado mis tareas, me alzaban cariñosamente a bordo del tren que se movía lentamente, y me hacían preguntas interesadas sobre la salud del puma, o cómo aguantaban el calor los pájaros, o si era verdad que tenía un loro que decía «*hijo de puta*»*. Luego me ofrecían confituras, bocadillos, vasos de vino, o pucheros de carne, me enseñaban sus bebés, sus cabras, sus pollos o cerdos, me cantaban canciones y me trataban en todo como a uno de la familia. Eran tan encantadores y tan amables, tan simpáticos, que cuando por fin entramos lentamente en la enorme y resonante estación de Buenos Aires, casi me dio pena de que se acabase el viaje. Apilaron los animales en un camión, cien personas estrecharon mis manos, y salimos estrepitosamente a llevar a los animales —todos los cuales soportado el viaje muy bien— a reunirse con el resto de la colección en el enorme cobertizo situado en los terrenos del Museo.

Me enteré con horror de que un buen amigo mío daba esa noche un cóctel para celebrar mi regreso a Buenos Aires. Odio los cócteles, pero no podía rechazar ése sin ofender a mi amigo. Así que, cansados como estábamos, Sophie y yo nos engalanamos y asistimos a él. A la mayoría de la gente no la conocía, ni tenía especial interés en conocerla, pero encontré allí un puñado de viejos amigos que hizo que la fiesta valiera la pena. Estaba yo tranquilamente hablando con un amigo de nuestras cosas cuando se me acercó un tipo al que detesto. Es el inglés típico que parece, como una horrible mala hierba, florecer mejor en climas extranjeros. A éste le había conocido ya, y no me había gustado. Ahora se cernía sobre mí, llevando, como si quisiera irritarme aún más, la vieja corbata del colegio. Tenía una cara sin expresión, como una mascarilla fúnebre mal hecha, la voz desdeñosa y esa forma de arrastrar las palabras que se supone que demuestra al mundo entero que, aunque seas retrasado mental, estás bien educado.

— Tengo entendido —dijo condescendiente—, que acaba usted de volver de Jujuy.

— Sí —contesté lacónicamente.

— ¿En tren? —preguntó con una ligera mirada de disgusto.

— Sí —dije.

— ¿Qué clase de viaje tuvo? —preguntó.

— Estupendo... muy agradable —dije.

— Supongo que en el tren habría una multitud de gente ordinaria —dijo con conmiseración. Le miré, con su cara de torta y sus ojos vacíos, y recordé a mis compañeros de viaje: los corpulentos futbolistas que me habían ayudado con las guardias de noche; el viejo que me había recitado *Martín Fierro*, hasta que, en defensa propia, me había visto forzado a comer también algo de ajo, entre la estrofa trece y la catorce; la encantadora y gorda viejecita con la que había chocado haciéndola caer hacia atrás en su cesta de huevos, y que se negó a dejarme pagar el estropicio porque, según me dijo, hacía años que no se reía tanto. Miré a aquel insípido representante de mi clase, y no pude resistirlo.

— Sí —dije tristemente—. Era un grupo de gente muy ordinaria. ¿Sabe usted que sólo unos cuantos llevaban corbata, y que ni uno solo sabía hablar inglés}

Luego le dejé para ir a buscarme otra bebida. Sentí que me la había merecido.

Capítulo 9 Las costumbres del país

Cuando se tiene una gran colección de animales que transportar desde un extremo del mundo al otro, no se puede, como parece pensar mucha gente, cargarlos simplemente en el barco más cercano y partir con un alegre saludo. Es un poco más complicado. El primer problema consiste en encontrar una empresa naviera que acepte transportar animales. La mayoría de los empleados de las navieras, cuando les mencionas las palabras «cargamento de animales», palidecen, e imaginan vividas escenas en las que el capitán es destripado en el puente por un jaguar, y el primer oficial lentamente triturado por los anillos de una enorme serpiente, mientras una multitud de repulsivos y feroces animales de diversas especies persigue a los pasajeros desde un extremo al otro del barco. Los empleados de las navieras, en general, parecen tener la impresión de que uno quiere viajar en sus barcos con el único propósito de dejar sueltos a todos los animales que ha tardado seis laboriosos meses en reunir.

Sin embargo, una vez superado este obstáculo psicológico, quedan aún otros problemas. Hay que consultar al jefe de camareros sobre cuánto espacio del frigorífico puede uno utilizar para llevar carne, huevos y pescado, sin por ello matar de hambre a los pasajeros; hay que consultar con el primer oficial y el contraalmirante sobre dónde y cómo apilar las jaulas, y sobre cómo hay que asegurarlas por si hay tiempo borrascoso, y sobre cuántas lonas del barco puedes utilizar. Luego hay que hacer una visita formal al capitán y, generalmente, mientras se toma una ginebra, decirle, casi con lágrimas en los ojos, que uno va a causar tan pocos problemas a bordo que él ni siquiera se va a enterar de que está ahí —una afirmación que ni él ni uno mismo se cree. Pero, lo que es aún más importante, generalmente hay que tener la colección lista para embarcar unos diez días antes de la fecha que tenga el barco fijada para la partida, porque pueden ocurrir muchas cosas en un puerto, por ejemplo que adelanten la fecha de partida, o, lo que es más fastidioso, que la retrasen, y uno tiene que estar allí para recibir órdenes. Si hay algo como una serie de huelgas en los muelles que retrasen la salida, puede uno pasarse un mes o más cruzado de brazos, mientras el apetito de sus animales parece crecer en proporción directa a la disminución de sus recursos. El final del viaje es, pues, la parte más desoladora, irritante y aterradora. Cuando la gente me pregunta sobre los «peligros» de mis viajes, siempre tengo la tentación de contestar que los «peligros» de la selva son insignificantes en comparación con los de encontrarse desamparado en un remoto lugar del mundo con una colección de ciento cincuenta animales que alimentar y el dinero acabándose.

Sin embargo, parecía que ya habíamos superado todos esos obstáculos. Habíamos conseguido un barco, las conversaciones con la gente de a bordo habían sido satisfactorias, se había encargado comida para los animales y todo parecía marchar sobre ruedas. Fue en ese preciso momento cuando Juanita, la pequeña pécarí, decidió alegrarnos la existencia cogiendo una neumonía.

Los animales, como ya he dicho, estaban en aquel momento en un enorme cobertizo propiedad del Museo, que no tenía calefacción. Aunque esto no parece preocupar excesivamente al resto de los animales (aunque era el principio del invierno argentino y estaba empezando a hacer cada vez más frío), Juanita decidió ser diferente. Sin siquiera una tos preliminar para prevenirnos, Juanita sucumbió. Por la mañana estaba llena de vitalidad y se zampó la comida con avidez y por la tarde, cuando fuimos a tapar a los animales para la noche, tenía un aspecto decididamente raro. Por de pronto, estaba *inclinada* contra el lado de su caja, como si necesitara apoyarse, tenía los ojos medio cerrados, y la respiración rápida, y hacía un ruido raro con la garganta. Abrí la puerta de la jaula apresuradamente y la llamé. Hizo un esfuerzo temblando, se puso de pie temblorosa, vino tambaleándose hacia la salida de la jaula y se derrumbó en mis brazos. Lo hizo de acuerdo con la mejor tradición cinematográfica, pero fue bastante aterrador. Mientras la sostenía, oía su respiración silbando y burbujeando en su diminuto pecho, y su cuerpo estaba flácido y frío en mis brazos.

Para ayudarnos a economizar fondos, dos amigos de Buenos Aires nos habían invitado a Sophie y a mí a alojarnos en sus respectivos pisos para poder ahorrarnos el hotel. Sophie estaba instalada en casa de Blondie Maitland-Harriot y yo ocupaba una cama de campaña en el piso de un tal David Jones. En el momento en que descubrí el estado de Juanita, David estaba conmigo. Mientras la envolvía en mi abrigo, pensé con rapidez: El animal necesitaba calor, y mucho. Pero yo sabía que no podíamos dárselo en aquel cobertizo de lata, aunque encendiéramos una hoguera como el Gran Fuego de Londres. Blondie ya tenía uno de mis loros, que estaba enfermo, mordiendo meditabundo el papel de la pared del cuarto de baño de su casa y pensé que era abusar de su amistad preguntarle si podía meter también un pécarí en su bien decorado piso. David acababa de volver a paso ligero del Land-Rover, donde había ido a buscar una manta para envolver al cerdo. En una mano llevaba una media botella de coñac.

— ¿Sirve esto de algo? —preguntó mientras yo envolvía a Juanita en la manta.

— Sí, estupendo. Mira, calienta un poco de leche en el calentador de alcohol y mezcla una cucharadita de coñac con ella, ¿quieres?

Mientras David hacía esto, Juanita, casi invisible en su capullo hecho a base de manta y abrigo, tosió alarmantemente. Por fin estuvo a punto la leche con coñac, y conseguí meterle en el cuerpo dos cucharadas, aunque fue difícil porque estaba casi inconsciente.

— ¿Podemos hacer algo más? —preguntó David, lleno de esperanza, porque, como yo, había tomado mucho cariño a la cerdita.

— Sí, tenemos que ponerle una inyección colosal de penicilina y necesita todo el calor y toda la ventilación posible.

Le miré esperanzado.

— Vamos a llevarla al departamento —dijo David, como yo esperaba. No perdimos más tiempo. El Land-Rover voló por las calles brillantes de lluvia, a una velocidad peligrosa y fue un milagro que llegásemos intactos. Mientras yo corría escaleras arriba con Juanita en brazos, David fue corriendo al piso de Blondie, porque allí es donde Sophie tenía nuestro botiquín con la penicilina y las jeringuillas hipodérmicas.

Tumbé a Juanita, ya totalmente inconsciente, en el sofá de David, y, aunque el piso tenía calefacción central, encendí también la estufa eléctrica, y luego abrí todas las ventanas que no creasen corrientes.

David volvió en un tiempo increíblemente corto y, rápidamente, hervimos la jeringuilla y puse a Juanita la dosis de penicilina más grande que consideré que podría aguantar. Casi fue a curar o a matar, porque nunca había usado penicilina con un pécarí, y no sabía si no serían alérgicos a ella. Luego, durante una hora, nos sentamos a vigilarla. Al cabo de ese tiempo, me convencí de que su respiración era algo más tranquila, pero estaba todavía inconsciente y yo sabía que estaba aún lejos de recuperarse.

— Dime —dijo David cuando yo había escuchado el pecho de Juanita por enésima vez—, ¿sirve de algo que estemos aquí sentados mirándola?

— No —dije de mala gana—, no creo que haya ningún cambio hasta dentro de tres o cuatro horas, si lo hay. De momento está bien, pero debe ser efecto del coñac.

— Bueno —dijo David con mucho sentido práctico—, vamos a comer algo a Olly. No sé si tendrás hambre, pero yo sí. No vamos a tardar más de tres cuartos de hora.

— Bueno —dije desganado—, supongo que tienes razón.

De modo que, después de asegurarnos de que Juanita estaba cómoda y de que la estufa eléctrica no podía prender fuego a sus mantas, nos fuimos al Bar Musical de Olly, en la calle 25 de mayo, que es la que corre paralela a lo que era antes la zona portuaria de Buenos Aires. Es una calle bordeada de pequeños clubs, algunos con nombres deliciosos, como «Mi Deseo», «Sala de Bellezas La Luna Azul» y, quizá algo más misteriosamente, «La Tremenda Exhibición de Joe».

No era el tipo de calle en la que podría verse a un hombre respetable, pero hacía mucho que había dejado de preocuparme por la respetabilidad. Con varios de mis amigos, había visitado ya la mayoría de aquellos bares diminutos, oscuros y llenos de humo, había tomado copas de tamaño microscópico a un precio colosal, y había observado a las chicas de la barra ejerciendo su antiquísimo oficio. Pero de todos los bares, el que preferíamos

era el Bar Musical de Olly, y siempre hacíamos una escala obligada en él. Nos gustaba por muchas razones. Primero, por el propio Olly, semejante a un nogal arrugado, y su encantadora mujer. Segundo, porque Olly, no sólo te daba una buena cantidad en el vaso, sino que frecuentemente te invitaba él mismo a una copa. Tercero, porque el bar estaba bien iluminado, de forma que podías ver a tus acompañantes; en otros bares tenías que ser un buho o un murciélago para ver con claridad. Cuarto, porque a sus chicas no les estaba permitido fastidiarte sugiriéndote constantemente que las invitaras a una copa, y quinto, porque había dos hermanos, un hombre y una mujer, que cantaban y tocaban la guitarra deliciosamente. Y finalmente, y quizá esto fuera lo más* importante, he visto a las chicas del bar de Olly, una vez acabado su trabajo nocturno, besar a Olly y a su mujer con tanto cariño como si fuesen sus padres.

Así que David y yo bajamos las escaleras del bar y fuimos recibidos con alegría por Olly y su mujer. Una vez que explicamos la causa de nuestra depresión, todo el bar se llenó de compasión. Olly nos invitó a un gran vaso de vodka y las chicas de la barra se reunieron a nuestro alrededor diciéndonos que estaban seguras de que Juanita se curaría, y, en general, tratando de animarnos. Pero mientras nos tomábamos los bocadillos y las salchichas calientes y bebíamos vodka allí de pie, ni siquiera los alegres *carnavalitos** que los hermanos tocaron y cantaron especialmente para nosotros, consiguieron aliviar mi depresión. Estaba seguro de que Juanita se iba a morir y me había encariñado de una forma absurda con ese animalito. Finalmente, cuando hubimos comido y bebido, nos despedimos y subimos las escaleras que llevaban a la calle.

— Vengan mañana a decirnos como está el animal —gritó Olly.

— *Sí, sí** —dijeron las chicas como un coro griego—, vengan mañana a decirnos como está la *pobrecita* *.

Cuando llegamos al piso, yo estaba convencido de que encontraríamos a Juanita muerta. Al entrar en el cuarto de estar, miré el montón de mantas que había sobre el sofá y tuve que forzarme a mí mismo para acercarme a mirar. Levanté un pico de la manta suavemente y un ojo oscuro centelleante me miró cariñosamente, mientras que un hocico rosa en forma de desatrancador se arrugaba y un gruñido débil, muy débil, de placer, salía de la enferma.

— ¡Dios mío! está mejor dijo David incrédulo.

— Un poco —dije cautelosamente—. Todavía no está fuera de peligro, pero yo creo que hay esperanza.

Como para darme la razón, Juanita volvió a gruñir.

Para asegurarme de que no se destaparía por la noche y se pondría peor, la acosté conmigo en el sofá. Se tumbó muy tranquila cruzada sobre mi pecho y durmió profundamente. Aunque su respiración todavía era sibilante, había perdido el sonido raspante que acompañaba al principio a cada inspiración. A la mañana siguiente me despertó una nariz fría y como de goma que se me metía en el ojo y oí los sibilantes gruñidos de salud de Juanita. La destapé y vi que era un bicho diferente. Tenía los ojos brillantes, la temperatura normal y, aunque todavía le silbaba la respiración, la tenía mucho más regular, y, esto fue lo mejor de todo, incluso se mantuvo de pie un instante, tambaleándose. A partir de entonces, no dio marcha atrás. Mejoró a pasos gigantados, pero cuando mejor se encontraba, peor paciente resultaba. Tan pronto como pudo andar sin caerse cada dos pasos, se empeñó en pasar el día trotando por la habitación y estaba de lo más indignada porque la obligaba a llevar una manta pequeña atada con un imperdible bajo la barbilla, como una capa. Comía como un caballo, y la colmábamos de golosinas. Pero era por las noches cuando la encontraba particularmente difícil. Consideraba que lo de dormir conmigo era una idea estupenda y, aunque eso era muy halagador, yo opinaba de forma distinta. Parecíamos tener ideas diferentes sobre las razones por las que uno se va a la cama. Yo iba a dormir, pero Juanita pensaba que era el mejor momento del día para un retozo glorioso. Los colmillos y las pezuñas de un cachorro de pécarí son extremadamente afilados y su hocico es duro, elástico y húmedo, tener esas tres armas aplicadas a la anatomía de uno mientras intenta dormirse pacíficamente, es, como poco, molesto. A veces bailaba una especie de tango porcino, con sus afiladas pezuñas sobre mi pecho y mi estómago, y otras se perseguía la cola en redondo hasta que yo empezaba a sentirme como la infortunada víctima de *El pozo y el péndulo*¹. De vez en cuando interrumpía su danza para venir a meterme la nariz húmeda en el ojo y ver si estaba disfrutando. En ocasiones parecía obsesionada con la idea de que yo tenía oculta sobre mi persona, en algún sitio, una rara golosina. Podrían haber sido trufas, no sé, pero fuera lo que fuera, ella buscaba concienzudamente con la nariz, los colmillos y las pezuñas, gruñendo estridente y malhumoradamente al ver que no encontraba nada. Sobre las tres de la madrugada se sumía en un tranquilo profundo sueño. Luego, a las cinco y media daba un rápido galope, de arriba a abajo, sobre mi cuerpo para asegurarse de que me despertaba en forma. Esto duró cuatro noches agónicas, hasta que pensé que Juanita estaba suficientemente recuperada, y la desterré a dormir a una caja, con profunda y clamorosa indignación por parte de ella.

¹ *The Pit and The Pendulum*.

Había sacado a flote a Juanita justo a tiempo, porque tan pronto como se sintió mejor, recibimos recado de que el barco estaba listo para zarpar. Por nada del mundo habría querido yo emprender un viaje con Juanita tan enferma como había estado, porque estoy seguro de que hubiese muerto.

Así que, en el día señalado, nuestros dos camiones cargados de equipo y jaulas, seguidos por el Land-Rover, rodaron hacia el muelle donde empezó el prolongado y agotador trabajo de elevar a los animales a bordo y de colocar las jaulas en su sitio sobre la cubierta. Este es siempre un momento que crispa los nervios, porque cuando las grandes redes con las jaulas apiladas en ellas se remontan en el aire, siempre estás convencido de que se va a romper una cuerda y tus preciosos animales van a ser depositados en el mar, o en abigarrado montón sobre el muelle. Pero, al atardecer, la última jaula estaba a salvo en el barco y el último objeto del equipo almacenado en la bodega, y pudimos descansar.

Todos nuestros amigos habían ido a despedirnos, y si en los ojos de una o dos personas había una expresión medio reprimida de alivio, cómo podía reprochárselo si los había hecho mártires a todos de una u otra forma. No obstante, estábamos todos agotados pero tranquilos, trabajándonos laboriosamente una serie de botellas que yo había tenido la precaución de encargar que llevaran a mi camarote. Todo estaba a bordo, todo estaba a salvo, y todo lo que teníamos que hacer ahora era tomarnos unas copas de despedida, porque dentro de una hora el barco estaría navegando. Justo cuando volvía a llenar los vasos para el quinto brindis, un hombrecillo con el uniforme de la Aduana apareció en la puerta del camarote, haciendo crujir un fajo de papeles. Le miré afectuosamente, sin ninguna premonición de peligro.

— ¿El Sr. Durrell? —preguntó cortésmente.

— ¿El Sr. García? —pregunté yo.

— Sí —dijo ruborizándose de placer de que yo supiera su nombre—, soy el Sr. García de la Aduana.

Fue Marie la que olió el peligro.

— ¿Pasa algo? —preguntó.

— *Sí, sí, señorita **, los papeles del señor están en orden, pero no los firmó un *despachante **.

— ¿Qué diablos es un *despachante **? —pregunté.

— Es una especie de hombre —dijo Marie preocupada, y se volvió al hombrecillo de la Aduana—. ¿Pero es absolutamente necesario, *señor "I*

— *Sí, señorita ** dijo él gravemente—, sin la firma de un *despachante ** no podemos dejar salir a los animales. Tendrán que descargarlos.

Sentí como si me hubieran sacado el estómago en un trozo, porque nos quedaban unos tres cuartos de hora.

— ¿Pero no hay aquí un *despachante "* que nos pueda firmar? —preguntó Marie.

— *Señorita **, es tarde, se han ido todos a casa—, dijo el Señor García.

Estas situaciones son de las que le quitan a uno veinte años de vida. Me imaginaba la reacción de la empresa naviera si ahora íbamos a decirles que, en lugar de soltar amarras alegremente, camino de Inglaterra, dentro de una hora, tendrían que retrasarse unas cinco para descargar todos mis animales de la cubierta, y lo que era peor, mi equipo y el Land-Rover que estaban al fondo de las entrañas del barco. Pero mis amigos, infortunadas criaturas, ya estaban acostumbrados a crisis semejantes e inmediatamente entraron en acción. Mercedes, Josefina, Rafael y David fueron a discutir con el Jefe de Aduanas de guardia, mientras Willie Anderson, otro de nuestros amigos iba con Marie a la casa particular de un *despachante ** que conocía. La casa estaba en las afueras de Buenos Aires, así que tendrían que conducir como posesos para regresar a tiempo. La alegre fiesta de despedida estalló como una bomba y todos nuestros amigos volaron en distintas direcciones. Sophie y yo no podíamos hacer otra cosa que esperar sin desesperarnos, mientras yo ensayaba mentalmente como decirle al capitán que teníamos que descargarlo todo sin resultar gravemente mutilado.

Al cabo de un rato, el grupo que había ido a discutir con el Jefe de Aduanas volvió desanimado.

— No hay nada que hacer —dijo David—, es inflexible. Si no hay firma, no se sale.

— Es exactamente lo que tú llamas un estúpido corneta¹ —dijo Josefina, y luego, extrañada por la idea—, Gerry, dime ¿qué quiere decir eso de corneta? Miro el diccionario y todo lo que dice es que es un hombre que toca la corneta. Eso no es insultante ¿no?

Pero yo no estaba en condiciones de ayudar a Josefina con sus traducciones de inglés. Nos quedaban veinte minutos. En aquel momento oímos un coche frenar en seco con un chirrido, fuera en el muelle. Nos amontonamos en la cubierta, y allí, subiendo por la escalera del portalón, sonriendo triunfantes, estaban Marie y Willie agitando los documentos necesarios, todos ellos con la preciosa firma del que debía ser el mejor y el más noble *despachante** en el oficio. Así que en los diez minutos que quedaban nos tomamos una copa. Incluso invité al Sr. García.

El mozo asomó la cabeza para decir que íbamos a soltar amarras de un momento a otro y salimos en tropel a cubierta. Nos despedimos y nuestra tribu de amigos bajó al muelle. Soltaron las amarras y lentamente el trecho entre el barco y el muelle se fue ensanchando hasta que sólo vimos el reflejo tembloroso de las luces del muelle en las oscuras aguas. El barco adquirió velocidad, nuestros amigos se perdieron de vista, y sólo vimos el gran montón de luces multicolores que era Buenos Aires.

Cuando nos alejábamos de la barandilla y nos dirigíamos a nuestros camarotes, recordé las palabras de Darwin, escritas un siglo antes. Hablando del naturalista que viaja, dijo:

«descubrirá cuántas personas verdaderamente bondadosas hay con quienes nunca había tenido contacto antes, y nunca más volverá a tenerlo y que, no obstante, están dispuestas a ofrecerle la ayuda más desinteresada».

* En el original: *buggler*.

Avance

Aquellos que estén interesados, encontrarán aquí una relación puesta al día de los animales que trajimos. Claudio el tapir, al que yo podía coger en brazos —a riesgo de rompérmelos— es ahora del tamaño de un pony y espera impacientemente una compañera cuando podamos comprarla.

Mathias y Martha, los coatíes, han sentado la cabeza y formado un hogar feliz. Han tenido dos carnadas de cachorros. Mientras escribo esto, Martha está otra vez en estado de buena esperanza.

Juan y Juanita, los pécaris, también han tenido dos carnadas de cachorros y esperan la tercera.

Luna el puma, el ocelote y el gato montes están florecientes, más gordos cada día que pasa.

Blanco, el loro amazona, todavía dice **Hijo de puta** pero ya muy bajito.

Todos los demás pájaros, mamíferos y reptiles están igualmente bien y muchos de ellos dan señales de querer reproducirse.

Dicho esto, sólo me queda una sola cosa que decir, con lo que espero evitar que la gente me siga escribiendo: mi zoológico es privado, pero está abierto al público todos los días del año excepto el día de Navidad.

Así que vengan a vernos.

Agradecimientos

Como siempre ocurre después de una expedición, hay una serie de personas hacia las que se siente una gratitud tan inmensa que no hay forma adecuada de expresarla. Todo lo que puedo hacer es reiterar una vez más cuánto les agradezco su ayuda y su estímulo.

Buenos Aires

Toda la familia de Sota, toda la familia Rodríguez, nuestra querida amiga Bebita Ferreyra, Lassie Greenslet, David Jones, Josefina Pueyrredón, Dicky de Sola, Brian Dean, Bill Partridge y Willie Anderson.

Todas estas personas nos ayudaron de innumerables formas, aconsejándonos y ayudándonos a pasar nuestro equipo por la Aduana, agasajándonos con generosidad y haciendo de conductores, guías, carpinteros y cocineros para nosotros.

Las personas cuya paciencia pusimos a prueba, y cuyas casas y lugares de trabajo plagamos de animales, son Blondie Maitland-Harriot, Mrs. Dorothy Krotow y el Dr. Mario Teruggi. A todos ellos les estamos —nosotros y nuestros animales— muy agradecidos.

Al Dr. Carlos Godoy le doy las gracias especialmente por su gran eficacia, por ayudarnos tanto con nuestros permisos para capturar animales y proporcionarnos cartas de introducción para muchas personas por toda Argentina.

El Dr. Caberra nos ayudó enormemente dándonos información respecto a la fauna argentina.

El Sr. Salmón, de Bovril, Ltd., fue muy amable y servicial. El Sr. Blackburn de Chadwick Weir hizo lo necesario para el transporte de toda la colección desde Argentina, una empresa colosal.

Puerto Deseado

Nunca podremos expresar adecuadamente nuestro agradecimiento al Sr. Huichi. El Capitán Giri fue quien nos presentó al Sr. Huichi y quien nos ayudó a encontrar las colonias de pingüinos. Por las dos cosas le estamos muy agradecidos.

El Sr. Bateman, el vice-consul británico, y su esposa nos ayudaron en todo lo que les fue posible, lo mismo que el administrador de correos de la localidad, y su esposa, Mr. y Mrs. Roberts. todos ellos hicieron lo imposible para que nuestra estancia en Deseado fuese agradable.

Puerto Madryn

El director del Hotel Playa, no sólo nos proporcionó alojamiento, sino que también nos prestó dinero, envió telegramas de nuestra parte y nos ayudó en todo lo que

pudo.

Jujuy

Charles y Joan Lett, Edna y Helmuth Vorbach, Luna, un buen amigo, y todos en Caülegua me aceptaron entre ellos e hicieron todo lo posible por ayudarme a incrementar mi colección de animales, a filmar y a arreglarlo todo para alivio y salvación míos. Sin todos ellos, yo hubiera estado perdido.

Mendoza

El Dr. Menoprio fue muy amable con nosotros de muchas maneras.

Gran Bretaña

Mr. Peter Newborne de C.A.P. que fue tan atento como siempre e hizo todo lo que pudo por ayudarnos en las complicadas cuestiones de aduanas, etcétera; el Dr. D. Alberto Candiotti, antiguo embajador de Argentina en Londres, que dio a la expedición su bendición oficial y nos estimuló en todo. Mr. Lawton Johnson de Bovril hizo lo necesario para que visitásemos las diversas propiedades de Bovril en Argentina, lo que, desgraciadamente, no pudimos hacer; Mr. Flack y Mr. Aggett de Blue Star Line, nos consiguieron pasajes a todos. La South American Saint Line, amablemente aceptó transportar toda mi colección y todo mi equipo desde Buenos Aires a Inglaterra, y a este respecto quisiera dar las gracias al Capitán y a la tripulación del M.V. St. John por hacer posible que el viaje de regreso fuese tan fácil, lo que se debió por completo a su ayuda y amabilidad.

Los siguientes fabricantes británicos nos proporcionaron diferentes tipos de equipo, sin los cuales la expedición habría sido un completo fracaso. La *Rover Company* nos proporcionó el Land-Rover, en el que viajamos por toda Argentina, y Mr. Baldwin y Mr. Bradley, del Departamento de Ventas y Publicidad de la Compañía, fueron muy amables y de enorme ayuda al permitirnos usar ese vehículo.

Los directores de la William Smith (Poplar) Ltd., la *British Nylon Spinners Ltd.*, y *Greengates & Irwell Rubber Co. Ltd.*, siguen mereciendo nuestra más profunda gratitud por las estupendas lonas y las jaulas de animales que nos dieron en un viaje anterior. Estos artículos, que se utilizan constantemente, han resultado absolutamente inapreciables.

Finalmente, queremos dar las gracias a todos aquellos que, tanto aquí como en la Argentina, nos ayudaron en muchas pequeñas cosas y sin cuya ayuda la expedición no habría sido un éxito.